

**El tiempo entre los inga de Bogotá
una experiencia etnográfica**

encuentros

colección mejores trabajos de grado
Facultad de Ciencias Humanas

El tiempo entre los inga de Bogotá una experiencia etnográfica

Luis Alberto Suárez Guava



encuentros

El tiempo entre los Inga de Bogotá. Una experiencia etnográfica.
Serie *Encuentros*. Tesis laureadas, Facultad de Ciencias Humanas.
© La presente edición, 2003
© Luis Alberto Suárez Guava. lasgua1@tutopia.com

Universidad Nacional de Colombia. Sede Bogotá, D.C.
Facultad de Ciencias Humanas
Ciudad Universitaria, Bogotá, D.C., Colombia
Coordinación de Publicaciones F.C.H.
Tels: 316 5149 - 3165000 Ext. 16208
www.humanas.unal.edu.co

Carlos Miguel Ortiz Sarmiento
Decano
Facultad de Ciencias Humanas

Ovidio Delgado Mahecha
Vicedecano Académico
Facultad de Ciencias Humanas

Coordinación editorial
Nadeyda Suárez Morales

Diseño y diagramación:
Julián R. Hernández
(gothsimagenes@hotmail.com)

Imagen contracarátula:
Collage. Miguel Moreno Lancheros. mikememol@yahoo.com

Impreso en Colombia-Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional.

Contenido

Agradecimientos	7
Capítulo cero	9
Historia con nombres inventados	13
Historia de fuentes cruzadas o el problema de la diferencia o mis consecutivas voces	29
Una colcha es una cobija de restos de ropas	53
De vidas y de mares, de ríos y de muertes, del tiempo entre los inga de Bogotá	67
Anexo	97
Bibliografía	103

Agradecimientos

Por su apoyo a mi mamá, a Daniela, a mi familia. Al Cabildo Indígena Inga de Bogotá en cabeza de Don Isidoro Jajoy. A la familia Quinchoa Tisoy. A Don Benito a Doña Conchita a Alejo a José, por su amabilidad. Por su generosidad a Gloria Garay, Carlos Pinzón, Francois Correa. A Miguel Moreno Lancheros por la diagramación del primer texto, las fotografías y su tiempo. Por su atenta lectura a Roberto Pineda a Luis Guillermo Vasco a Kenny Javier Calderón a Diana Gómez a David Pinilla a Jazmin Rocío Pabón. Por sus estimulantes visitas a Gilberto a Lucía a Omar a Pedro a Miguel. Por su disposición a Don José Chasoy a Víctor Jacanamijoy y a Rosa, su esposa. A quienes permitieron las fotografías.

A nosotros por darme razones ajenas a la razón.

Prólogo de Arturo Balbuena

Yo doy fe de que él se puso y releyó esas hojas con el afán de liberarlas de cualquier cursilería en la que, por su natural inclinación, pudiese haber incurrido. Yo sé que por las noches anduvo apenándose y sobreponiéndose a la vergüenza. Yo sé que leyó sus palabras hasta que se le perdió el sentido: ya no entendió lo que escribía y ya no sintió lo que quería hacer sentir. Estuvo dándole vueltas a las palabras y tratando de conciliar (lo curioso es que justo ahora me está pasando a mi lo mismo) las sensaciones con las palabras. Es cierto que no lo consiguió.

Quizás por eso acudió a mí, que tampoco soy reconocido en ese mundo de intelectuales en el que le dio por meterse, para que prologara sus divagaciones. Su esperanza, intuyo, fue que le expusiera a los no tantos lectores, con un erudito gesto, las fuentes escritas, los objetivos y las conclusiones de un texto que nació devolviéndose; y que llegó hasta donde las fuentes eran de momentos sin escritura. Sé que renegó de muchas debilidades debidas a las fórmulas que sus desfavorables maneras le dictaban cuando la rigidez etnográfica lo abandonaba. Sé que renegó de una introducción que pretende estar siendo reemplazada ahora, con un prólogo. Sé un número grande de circunstancias que no atino a discriminar para ilustrar justamente.

Creo descubrir que una de las intenciones del permiso de mi escritura en este texto académico, fue la de facilitar una lectura académica del mismo. Pero exigiendo algo más del lector. Baste recordar la confusión del título del Libro del Desasosiego de Bernardo Soares, que es un libro de Fernando Pessoa; baste recordar que Pessoa es persona.

Debo decir que como no sabía cómo empezar, empezó escribiendo que empezaba. Ese le pareció un acto de honestidad, pero en muchas,

demasiadas líneas, lo atrapó. Era la veracidad etnográfica exacerbada; era la reflexividad vuelta un ovillo. Era, también, la libertad de escribir de sí con descaro (eso lo admitió); pero, y ahí está la gracia, quiso escribir de otra manera.

La intuición le llegó en una buseta. Pensó que un instante es la revelación de la eternidad; se dio cuenta de que lo que escribiría ya lo había leído o lo leería. La intuición, él escribió que el delirio, se refería a la sospechosa posible relación de un símbolo con muchas vidas. Él fue de las vidas al símbolo y después al teclado y le salió ese texto. Es particular que se llame El Tiempo Entre los Inga... si se lleva muchas letras discurriendo sobre la escritura y otras circunstancias como la vida y la rabia de un proyecto de etnógrafo. La pretensión que está en el subtítulo que acompaña a esta edición, deberá ser medida por los lectores. Yo sólo puedo desearle suerte.

En principio le pareció que no había orden en el hablado de los inga. Al cabo de un tiempo no muy largo, le pareció que había demasiadas reiteraciones. Sin ponerse cuidado pensó que hablaban como si estuvieran devolviéndose. La veracidad etnográfica, o la veracidad de la etnografía (el texto), debería dar cuenta de eso. Por ello, también fue vulgar; sobre todo, quiso ser vulgar. No le fue caro descubrir que lo era.

Aprovechó, entonces, su mediocre condición, la vulgaridad de sus palabras, lo medio medio de su vida, incluso su calidad de hombre académico medio, que medianamente despotrica de la academia. Luego encontró más razones en las sinrazones del cuerpo, pero esa fue una sentencia teórica que debió heredar de algún idealismo. Al cabo comprendió que no era lo juicioso como para buscar todas las citas, así que se resignó a ser monótono y a darle la vuelta a algunas palabras.

Imperdonable fue omitir la lectura de Gombrich, aunque no dejó de lado las clases de Páramo. Imperdonable fue no desarrollar la crítica antiposmoderna de Vasco. Pero Vasco comprenderá. Como todos los que amaron y odiaron a Borges, él amó y odió a Borges. Sólo que incluso Borges era más juicioso con las citas, debe ser porque comprendió más justamente eso de que en algún momento de su vida un hombre es todos los hombres. También estuvo Saramago, para intentar el reverso de las palabras. Vallejo, para escribir con rabia. Su mamá, para escri-

bir con el corazón en la garganta. Y su muñeca de manos descuidadas, para escribir con culpa y esperanza.

Al tiempo que leyó, bajó y subió la loma de Los Laches todos los días. Y empezó a escribir allá, como para desvirtuar a Geertz. Y en contra de sus deseos, aunque en concordancia con sus principios, se emborrachó más de una vez. También se purgó. Y todo eso cuenta. Pero lo que más cuenta, lo que contó desde el principio, desde cuando un esencialismo pernicioso para algunos gustos le dictó la idea de un tiempo inga en Bogotá, es que las cosas no pasan por fuera de la vida, porque de vidas se trata. Una etnografía debería hacernos comprender esas cosas.

Comprender en un sentido muy sentido. Esa es la primera excusa para tan experimental puesta en escena. Pero no a lo post, que explora sensibilidades post (no sobra recordar que algo de esa sensibilidad ha permitido esta publicación), sino más bien con una alta fe en las posibilidades de la etnografía. Creyendo en la posibilidad de la veracidad etnográfica. Creyendo en que es posible aprender cosas de la gente. Y acudiendo a recursos cercanos: él escribió que las maneras son las costumbres de las manos, yo diré que sus palabras fueron los frutos del empecinamiento de su pensamiento en una manera; mejor, en la materialización escrita de la manera: hacer de una manera un escrito o hacer un escrito con la disposición de las manos que tejen chumbes.

Este libro fue escrito en medio de cúmulos de olores, sonidos, imágenes y deudas que se precipitaban sobre la blanca hoja del monitor, pasando por tres o cuatro dedos, según dictaba la ocasión. Este libro quiso ser un río, como el río de los chumbes, con la intención de comunicar orillas, como una experiencia etnográfica, con esa intención fue escrito. Por eso empieza en la muy probable infancia del etnógrafo y termina en un meandro cualquiera, como los ríos que conocemos por pedazos, mientras los remontamos o nos dejamos llevar por su cauce hasta un lugar del que no pasamos, no porque el río no siga, sino porque nosotros somos otro río. Sólo que nos llevamos el rumor de esas aguas, las voces de esas piedras que ruedan y ruedan y se vuelven redondas, el embotamiento de las aguas que remolinean y emborrachan. Este es el rumor de un otro río, de un otro tiempo, posiblemente menos devorador, menos fugaz, un tiempo que siempre tiene presente, un río que está hecho de devuélvase, como la vida.

Este libro fue escrito con cierta incertidumbre, con muchas oscilaciones de los estados de ánimo, valga decir, oscilaciones de temperamento; fue escrito en medio de tempestades, en medio de soleadas mañanas y tardes, en medio de noches oscuras y noches iluminadas, valga decir, en medio de muchos estados del tiempo, todos igualmente determinantes en la elección de las palabras, pero más aún, en la eferescencia de los sentidos que se cruzaron dejando señas, como el que se esconde.

Arturo Balbuena

CAPÍTULO CERO

Aquí podría contar las anécdotas (no todas, ni muy pocas de ellas han sido consignadas con fidelidad) que me han sobrevenido y cuya distancia del tiempo desde que acontecieron hasta el momento no bien medido en que fueron escritas, me hacen volver sobre los temas que me llevaron a plantear la cuestión del tiempo inga y de la narrativa que lo sostiene. Deberé escribir con otras, y más largas frases, algo de lo que en esa sentencia oscura, por su propia timidez, he escrito. Razones de simple gusto por la literatura fueron causa de un marcado interés por la forma muy propia en que los inga que viven en Bogotá (y con quienes he hablado o a quienes he escuchado) cuentan las cosas que les han pasado; no tan triviales han sido las consideraciones teóricas que de ese gusto inicial extraje. No es que me haya dedicado a aprender inga porque de lo mucho que en ese idioma he escuchado sólo he aprendido a decir "pai mamita" "pai señor", pero sí he aprendido a responder para continuar una conversación y a entrever una forma posiblemente zigzagueante de narración (cosa que no es ni mínimamente precisa porque lo que ellos hacen es devolverse todo el tiempo sin que el relato se vea atrapado); que es una manera de relatar que capta el interés de quienes comparten esa manera de contar y a quienes esa manera parece adecuada y respetuosa. Es una elaboración de lo acontecido que, según creo, obedece a una forma especial de vivir una serie de hechos (que son acontecimientos culturalmente significativos) y que por eso tiene una forma narrativa propia, rica y compleja. Más preciso: además de ser una manera propia de organizar acontecimientos en la narración, es una manera de comunicación que también relaciona juicios, sitios, nombres, aspectos, personas, descripciones, etc., de acuerdo a la ma-

nera que, en principio, fue apreciada en las narrativas. El devolverse no es sólo entre acontecimientos, también es entre los demás aspectos que la comunicación exige.

También debería incluir las meditaciones que sobre la escritura ya he tenido, los enamoramientos y las desilusiones y los abandonos. He vivido mágicamente por instantes, royéndome en el delirio del esfero que escribe la observación última que me dirá todo, y escribiendo en largas y repensadas letras la más grande de las trivialidades; en ambos casos encerrándome. También he dejado el lápiz para comer carne de marrano en caldo con huevos a las ocho de la mañana y para ir a la universidad a buscar el dinero para el arriendo y para ir a cine y para nada porque han pasado semanas sin escribir diario de campo; sólo disfrutando los momentos de comunión y de risa con don José y doña Rosita, su esposa, con quienes viví durante tres meses; y también repitiéndome que aquí no hay nada que decir porque esta es la más falaz de las interpretaciones de simbolismo alguno. Lo más importante ya está escrito porque la escritura no es decir sino escribir; y lo escrito es la ilusión del pensamiento que se fijó en una fijación del escritor. Y lo más honesto para el que quiere mostrar una forma narrativa alternativa, será empaparse de ella y dejarla empapar el texto en sorprendentes digitaciones de oralidad (de una especial oralidad o de la manera de la oralidad) de cuyo éxito no estoy seguro.

Las actividades que relataría se remiten a encuentros no bien aprovechados con el conocimiento de la oculta verdad sobre la forma en que los inga de Bogotá asumen la organización de los acontecimientos centrándome en la manera especial que ellos tienen de organizarlos en su narrativa. Eso sería un punto de llegada para volver sobre la consideración de la identidad cultural y de la relevancia de un estudio etnográfico para, en el académico ámbito que es el de estas líneas, discutirla. No es una crítica de autores, es más bien un hallazgo en mi vida, porque cosas como estas se han escrito y se han dicho antes, pero han ocurrido en otras vidas; y es también una búsqueda (fórmula poética) de la dimensión de las cosas implícitas en los comportamientos. No serán, pues, relatadas aquí las anécdotas, tampoco durante los cuatro capítulos que siguen y que usted leyó. El intento narrativo ha empezado. Y no es circular.

Esto se escribió después de pensarse. La verdad ha sido hija del tiempo y ha sido el relato de la vida. El primer capítulo se llama Historia con Nombres Inventados. Es una historia con los nombres inventados, como todas las otras. El segundo tiene por título Historia de Fuentes Cruzadas o el Problema de la Diferencia o Mis Consecutivas Voces; puede leerse a la manera de una historia con fuentes de diversos y cruzados orígenes; aborda, en alguno de sus párrafos, la cuestión de la diferencia en la discusión en torno a la identidad, también discute el término “performativo”. Intenta voces de los que hemos sido. El tercer capítulo es una colcha de palabras. El cuarto es una alucinación que desvela lo alucinantes que han venido siendo todas las palabras. Todos los capítulos hacen parte de un viaje místico por el que el presente es eterno. El tercer capítulo aborda la cuestión de la identidad cultural. El primer capítulo discurre con descaro sobre una casa con nombre propio. El cuarto capítulo vuelve sobre la muerte. La muerte se disfraza en todos los capítulos con una guadaña y un velo que le cubre el rostro. El tiempo discurre y se transforma y se prende de sus no pocas ocasiones. El río es río cuando es y cuando es río, río es. Todas las veces kutey significa devuélvase. Muerte es muerte a veces y a veces, también, es tiempo. La mentira se viste a la moda. La apariencia. En ningún presente aprendí inga. El conocimiento es, casi siempre, engreído. Las palabras sufren, siempre, de su profundidad y mi hastío. El segundo capítulo muestra algunas condiciones que desde el primero son condiciones. Todas estas palabras guardan lo que decir no quieren. La violencia simbólica también a mí me violenta. El capítulo cero se leerá al final porque al cabo las cosas se aclaran o se disuelven. El primer capítulo explica la importancia de los tintos y de las aguas por las que los tintos ocurren. El trabajo empezó buscando ritmos. El tercer capítulo habla de unos talados árboles. El tercer capítulo aborda la naturaleza del tiempo. En todos los capítulos son esquivas las naturalezas. En algún capítulo son las maneras, costumbres de las manos. En todos los capítulos hablé con los inga en español. Quevedo tiene cuatro versos. En todos los capítulos las maneras son las costumbres del cuerpo. En el tercer capítulo hago de las maneras un concepto. En todos los capítulos hay referencia a los otros. En todos los capítulos nos veremos. En el primer capítulo ha sido navidad. En el segundo capítulo me acuerdo del perro. El académico modo

no deja de serlo. En el segundo capítulo hay mucho ñero. En el primer capítulo la casa es de inquilinos y la escuela es de niños. El tiempo inga en Bogotá está fragmentado. En el cuarto capítulo hay mucho chumbe. En el capítulo cuarto hay diarias ventas y cinematográficas escenas. En todos los capítulos están las huellas de la amistad con algunos inga. El tiempo de los relojes terminó siendo una excusa. En todos los capítulos hay buenas intenciones. La escritura es la condición de la relación con el lector. En todos los capítulos está quien más entenderá. Todos los capítulos son etnográficos intentos. En el capítulo que se llama De Vidas y de Mares, de Ríos y de Muertes, del Tiempo Entre los Inga de Bogotá, intento abordar esos temas. Las conclusiones no tienen un lugar reservado. En el segundo capítulo me quedé dormido. El trabajo pretende proveer elementos de juicio en torno a la discusión de la identidad en el ámbito académico mediante la descripción de la manera en que un grupo de personas inga en Bogotá asume el tiempo. En el tercer capítulo descarto el ritmo y rescato a Rosaldo. Fácil será para quien hable inga, confirmarme. En el cuarto capítulo se callaron algunas voces, debió ser por lo ciegas y sordas de las alturas de la abstracción. En base cuatro cuatro es uno con cero a la derecha. En todos los capítulos se sobreentiende que sí existe identidad cultural no atada al río de Heráclito. El tercer capítulo se llama Una Colcha es Una Cobija de Restos de Ropas. En algunos capítulos está Saramago y en otros Borges. El tiempo de los inga está relacionado con los chumbes desde el primer capítulo. La intención es la de hablar de identidad indígena; de ella escribo en los capítulos dos tres y cuatro y en el primero también. Las conclusiones están por todos lados, aquí también.

HISTORIA CON NOMBRES INVENTADOS

Ahora que estoy trabado con tinto negro de nescafé, que es del que yo hago porque ellos (los inga), como mi mamá, hacen tinto de águila roja, ahora que estoy trabado con mi tinto de nescafé (o colcafé será), y que estoy solo en esta casa ruda y fuerte, voy a empezar a escribir un capítulo de tesis que tendrá por tema el sur oriente de Bogotá, sitio de mi infancia, si eso es decir de mis cinco años a mis 22 años. Mi infancia y mi adolescencia en calles peligrosas y oscuras y frías en las noches, pocas noches, de fiestas. Y también en las otras noches.

Bien, eran las navidades un acontecimiento decembrino, como siempre han sido, y el barrio San Cristóbal sur parte alta se incendiaba con voladores pitos totes mechas mosquitos y otros artificios de fuego verdadero que pasaban silbando y gritando y soplando por todos los alrededores de nuestros cuerpos de personas comunes que en estos barrios viven. Los niños tomábamos vino con galletas en las piezas de La Pajarera, los grandes también pero sin galletas y con cerveza y aguardiente, tomábamos vino Z con galletas Caravana y salíamos a comprar pólvora. Comprábamos pólvora en los puestos improvisados que se inventaba la gente para satisfacer nuestro afán de fuego, o nuestros ojos endemoniados y pirómanos. Comprábamos pólvoras menores, que los voladores eran para los grandes, y yo ya no seré grande porque a los 27 no he echado el primer volador de gente grande, me quedé en los pitos y ya ni eso porque la última vez me tocaron las chispitas, ¡qué vaina no crecer! o crecer para comprobar que es prohibido lo que era un anhelo. Echábamos, pues, los pitos y los totes y las mechas y uno que otro osado dejaba que los mosquitos nacieran zumbaran y se murieran mientras ellos (alguna vez fui uno) sostenían el bicho entre sus dedos índice y

pulgar, o corazón y pulgar, en un acto de valentía que en principio fue apreciado, pero que como todas las valentías que se repiten con mucha frecuencia, dejó de ser un espectáculo. Y no era mucha la pólvora que se podía comprar con los escasos recursos que obteníamos de nuestros progenitores; o progenitoras, porque los padres a veces resultan escasos por no estar o por nunca haber estado. Así que no debía durar mucho, pero duraba; en esos años eran largas las navidades y los añonuevos, eran largos días en que la fiesta y el regocijo se sentían en el aire y en el color de las cosas. ¡Huele a navidad! Este verde de los árboles de espinas es un verde de árbol de navidad, es un verde precioso. Y el olor de esa pólvora... huele a puro añonuevo... ¡sí o qué!. Esas cosas no se decían pero hubieran podido haberse dicho.

Párrafo largo para mi nuevo trabajo nocturno de escritor de etnografías, párrafo largo y sensiblero que no se diga que no me acuerdo y que no me dan saudades, o no me vienen o no las sufro. Ahí están mis saudades, más para mí si vuelvo a leerlo que para usted señor(a) lector(a) de documentos académicos. Alguna razón habrá que dar para explicar este permisivo acto de literaria licencia en tan serio escrito y para tan seria institución¹; debo decir que son muchas y que son todas. Será que estamos embarcados en un viaje místico o que inevitablemente a donde vayamos iremos siempre con nosotros, esa es la razón. Debo decir también que lo que aquí se queda es lo que recuerdo que no es lo que pasó pero que si lo miramos con detenimiento y consideramos la naturaleza de lo recordado y de sus consecuencias sobre el esquivo presente, lo recordado, no solamente lo aquí escrito sino lo recordado en todos los presentes en que puede ser recordado y de todas las formas en que puede ser recordado, eso es lo que pasó. Fórmula que no considera lo que propone considerar porque las naturalezas son esquivas y la reflexión o el embotamiento del pensamiento pensando no pueden ser escritos. Más de esto será dicho cuando dicho sea. Por ahora volvamos (los dos, o vuelva usted que yo ya volví) al párrafo extenso de la descripción añoradora del mundo que me recibí; de la Bogotá que conocí.

¹ Porque siempre hay que dar explicaciones, este es nuestro afán de conocimiento, un afán de conocimiento endemoniado, el que nos trae a casas de gente que de otra manera no existiría y el que nos hace leer cosas que de otra manera no leeríamos, este es nuestro afán de explicación y es la razón de las explicaciones. Esta, como todas, es la religión del conocimiento. El conocimiento que nos llevará a donde no antes hemos estado. Esta es la fe en las palabras.

Largo corredor, pasillo o carretera peatonal dividía La Pajarera. Carretera de madera vieja, con listones de madera rotos, con huecos donde debía haber madera. Por ahí caían pequeños tesoros que aguardaban en el, ¿cómo se llamará eso?, que sería el zarzo si la casa estuviera patas arriba, pero que no estando así la casa, no lo es, y que por ahora será el espacio entre el suelo de tierra, que así son todos, y el suelo de madera, este sí es un artificio, sitio donde aguardaban juguetes variados y envejecidos y rotos y vejados por el mugre, juguetes que atesoraba el subsuelo de la casa, a la espera del valiente que se atreviera a desafiar la oscuridad, ese nunca fui yo. Ahí quedaron muchas bolas de cristal de las de jugar al toco o al cuadrito o a tres huecos; ahí quedaron muñecas de plástico, no Barbies, de esas con ojos que se cierran y se abren como en una película de terror, pero con las cuencas vacías o con un solo ojo y sin brazos o calvas o con los cabellos quemados; ahí quedaron carros de plástico también (¡qué coincidencia!) carros irreconocibles por lo vetustos y sucios; pero todos tesoros apreciados y guardados así fuera para que volvieran al lugar del que fueron rescatados porque los accidentes en estos huecos donde debía haber un piso de madera, eran comunes. Los huecos del suelo, donde debía haber un piso de madera. Estos huecos, donde debían haber pisos de madera en buen estado para que los quince o veinte niños de la casa no extraviaran los juguetes que sus padres, o sus madres, con mucho esfuerzo y poco dinero, les compraban.

Así nombrada por mi madre, La Pajarera tuvo muchos inquilinos a lo largo de sus innumerables años como casa de inquilinato, nunca fue otra cosa, no lo fue al menos para mí. Casa terrible con delincuentes y empleadas del servicio y prostitutas y desempleados y miserables y rusos, no de Rusia, y celadores y zapateros y vendedores de pomadas verdes y de perfumes para la felicidad y borrachos y lavadoras de ropas y trapeadoras de pisos y barrenderos y ni un solo gerente, todos con sus hijos, y nosotros ahí porque del campo siempre se llega a esos sitios. Porque éramos de los mismos, y lo somos. Nosotros: mi mamá y yo y mis tíos que también allí vivieron, vivieron con mis primos y primas y con sus mujeres intercambiables, y todos los que fueron mis amigos de más inocente infancia; mis amigos y yo, los que nos asustábamos en las noches y llevábamos piojos en la cabeza.

Allá vivía doña Gloria, una mujer bonita con el pelo largo y la piel blanca, con la nariz delgada y con los ojos negros. Vivía con sus hijos, con Víctor, con Jhon y con los otros, también con el marido. Jhon en unas vacaciones fue conmigo a la Aguadita, a la que era la finca de mi abuelita, a donde mi querida tía Adela. Jhon, niño moreno con oscuros ojos saltones; pelo negro y malas palabras. Jhon amigo de lo ajeno; Jhon 17 años bala en la espalda. Víctor, el pequeño esquivo y llorón, fue un soldado caído en combate; seis millones para la madre que los prestó, a sus hijos y al dinero. A ninguno le han devuelto.

Escribo acerca de una casa que hace más de veinte años no piso, acerca de una casa que ya no podré pisar. Porque estos no son mis pies de entonces, cinco años con pantalón largo (porque a mi mamá no le gustaba comprarme pantalones cortos y yo no usaba pantalonetas, niño serio) y con barriga inflada por innumerables llenuras de no adecuada alimentación, golosinas y pan, un café con cien de pan (la astronómica cifra de diez panes por cien pesos, y yo me los comía todos y me sobraba café en el pocillo); y también porque la casa fue derribada, demolida o se cayó de tantas conciencias que cargó y de tantas hambres que vio. Entonces mis pies ya no podrán volver a pisar los pisos de madera de las piezas, ni los pisos de cemento de la gran cocina compartida y del pequeño baño, ni el piso de tierra de la tierra que rodeaba la casa. Una casa alta con palomas grises viviendo en el zarzo, una casa rosada con grandes ventanas de madera a los lados y al frente, una rosada casa alta con las tejas de una forma y un color que no recuerdo. Una casa con su propio panal de abejas y con sus propios chamizos de árboles que nunca crecieron lo suficiente como para cargar niños; con un lavadero gigante en la parte trasera, donde también había un patio en el que a veces nos bañábamos.

Como usted ya se leyó la Antropología de la Pobreza no le voy a contar la historia de los televisores, sólo aclaro que allí no cobraban, pero también eran televisores comprados a crédito, y los programas eran los que acá daban: el chavo, el hombre nuclear, la mujer biónica, la maravilla, Tarzán de los monos y otros, que no tengo que acordarme de todos.

Pasando la calle polvorienta y empinada, como deben ser las calles en el sur oriente, empinadas a más no poder para que los carros destaralados hagan el mayor ruido posible, estaba el tierrero. Luego llamado

cancha del Maracaná, allí aprendimos a decir vulgaridades² (chino malparido) y a jugar bolas y tarrito y trompo y demás juegos arrebatadores (porque nos arrebataban) de los que volvíamos no limpios. El tierrero era parte de la misma loma en que quedaba la casa y otras casas, que no eran todas de inquilinato, era un lote alargado despoblado de arbustos, flanqueado por una quebradita, por la carretera y por la fábrica de ladrillos, próspera en ese tiempo, abandonada hoy. Al otro lado de la quebradita de cuyo nombre no puedo acordarme había un matorral que se agarraba con furia a una más pronunciada loma. Arriba de ella, la carretera nuevamente, la carretera que va para la Ye y luego para Villavicencio, antigua vía, y luego para más allá; y arriba de la carretera, la Escuela Distrital Pantaleón Gaitán Pérez.

(Escribo que se agarraba el matorral con furia, porque los pirómanos ojos y manos de los niños y jóvenes que por ahí jugábamos nunca evitaron acercar la candela a las matas de espinas; ellas se dejaban quemar y después volvían a su verde color y nosotros a los fósforos; estas matas de espinas son resistentes, no quieren soltar esa loma. Y el pasto tampoco.)

En ese lote del tierrero hacían de vez en vez, quién sabe en qué fechas, bazares. En esos días íbamos al bazar, no al tierrero; íbamos a ver al man que tocaba el himno nacional con los sobacos, que era el mismo que instalaba una ruleta de madera en la que apostábamos irrisorias sumas, y que era el mismo al que le decían El Cura, hombre flaco, peinado y de traje sucio, hombre pálido. Charlatán también debió ser pero a mí no me charló. Íbamos a ver el espectáculo de la vara de premios, palo flaco y altísimo, engrasado y con un canasto amarrado al extremo más lejano del suelo, al que nadie parecía poder ganarle hasta que un valiente se sobreponía a la grasa de motor y al vértigo y al balanceo amenazador del palo, y en un acto heroico desamarraba el canasto para disfrutar del vino, del aguardiente, de las galletas y de los enlatados que contenía el canasto, ¡el premio era una ancheta! Íbamos a buscar la manera de jugar entre toda esa gente.

Aparte de los juegos (la ruleta, la rana, el tejo, el pin ball de madera que llevaba otro tipo, el juego de las argollas que deben caer alrededor

² Que siendo delicados los espíritus que esto leen no será menester aquí escribir en su prolongada totalidad. No obstante, por ser consideradas palabras de mal gusto, estando aquí escritas (porque el tono es lo que ofende), podrán leerse (y esa debe ser su disposición de lector) con la antropológica mirada que le ha sido concedida, así lo del gusto no debe ser considerado. Chino malparido es de lo más barato si atendemos a lo costosas que pueden llegar a ser otras ofensas. Solía responderse, Malparido su mario.

de cuadros de madera con billetes pegados) también estaban los puestos de comida, los campeonatos de minitejo, las chicherías trasladadas a carpas de plástico, el parlante de los organizadores a todo el volumen que la cosa daba y la música estridente. Los bazares eran bien, diría yo hoy, y en ese tiempo también. Los bazares se prolongaban en las noches y el ruido, que entonces no me era molesto, acompañaba mis últimos minutos despierto, cuando me acostaba cansado, con los pies hormigueando, aún con el impulso de las carreras de un día de fiesta.

Esta noche³ no hay tinto porque no hay fósforos, unas cosas dependen de otras⁴, como esas cosas que escribí hoy, quizás por haber sido domingo, día de bazares, y por haber estado donde estoy; escuchando a la gente que grita al son de las jugadas de quienes compiten en las canchas de fútbol de este barrio Santa Rosa de Lima, a las once y cuarto de un domingo, muy tarde, mucho frío. O porque como siempre estoy conmigo termino relacionando todo, o empiezo relacionando todo, esa es la causa de que estemos embarcados en un viaje místico, cosa que parece lo mismo que antes había escrito, y puede que lo sea; sin embargo nada se pierde con darle la vuelta⁵.

A treinta minutos de pasos moderados está el barrio en que vivo del barrio en que escribo. Aquí también ladran los perros en las noches y borrachos perdidos y ladrones eufóricos y ansiosos sufren el frío de las calles igualmente empinadas y, ahora, igualmente pavimentadas. Aquí también se escuchan historias de robos de electrodomésticos y de muertes violentas publicadas en El Espacio, porque ya no está El Bogotano. Aquí también se compran los regalos en San Victorino y se ponen citas en Sancho Panza, aquí también estamos cerca del centro; y eso nos enorgullece. Sin embargo, no es este aquí el que ahora me ocupa, me ocupa el pasado o el presente que de él se ocupa que es otro aquí; un aquí en un día cualquiera en el barrio San Cristóbal sur parte alta, hace tantos días como los que veinte años tienen.

³ Usted comprenderá que esta noche no es la misma que era esta noche, eso es parte del delirio de las palabras o de las circunstancias del conocimiento, que sufre la avería que significa reducir la realidad para que nos quepa en la cabeza. También comprenderá que habrá otras noches y otros ahoras.

⁴ Esa relación no es tan simple aunque me sirva de pretexto para lo que sigue. El pretexto va antes del texto. No siendo esto último lo que seguía, no hay pretexto para la frase anterior, puntada sin dedal.

⁵ Habrá quienes sentencien que esta es una cuestión de matices; pero esta fórmula ya no me complace porque es demasiado fórmula. Pensamiento rebelde que se revela contra los rebeldes, como para no quedarse atrás. Concordemos en que las palabras se gastan, y que por eso los refranes ya no se entienden, aunque lo último no venga al caso, pero ya vino.

Segundo grado de primaria en la ya nombrada escuela, clase por la tarde, levantarse a las once y media para bañarse la cara y a estudiar, clase de doce a cinco con la profesora Lourdes, profesora de todas las materias, licenciada en matemáticas, profesora fea con el pelo corto y a mí no me gustaba ver mujeres con el pelo corto. Tampoco parecía que yo le gustase porque un día tuve que aguantarme el reglazo en la mano derecha, ese que había visto en otras manos derechas, y por el que nunca me preocupé hasta cuando me tocó. ¡Qué piedra! Así que nunca fui su alumno consentido, siendo hijo único consentido, el hijo de mi mamá, tuve que no ser el principal por primera vez.

La escuela no tenía los linderos claramente establecidos: jugábamos desde las tres en un potrero grande que estaba a la izquierda de la entrada, jugábamos atrás, en unos matorrales rebosantes de las ya conocidas matas de espinas (esas pocas veces las quemamos, debe ser porque allá, tan escondidas, nadie podía apreciar la obra del fuego), y al lado derecho en otro potrero, más pequeño pero con mejor pasto para rodarse, potrero que lindaba con la quebradita de cuyo nombre aún no he podido acordarme. Esos sitios eran un gran patio sin cercas, sin muros; a veces podíamos, los que vivíamos cerca de la escuela, ir a nuestras casas a tomar onces. Yo no iba porque mi mamá me llevaba crema de naranja con ponqué gala, todo un manjar. Eso no pasaba siempre, a veces ya no me gustaba.

Había quienes vivían lejos de allí, más arriba, casi en el campo, más allá de La Gran Colombia, en donde también había escuela, pero en todo caso iban a estudiar a la Pantaleón niños de por allá. Y esos eran los más desjuiciados, no aprendían, pero en general pocos aprendíamos porque los otros parecían estar ocupados en cosas, que no en las tareas. Tenían que cuidar vacas y terneros o tenían que llevar leña o madrugar a hacer oficios o tenían pereza, como Gleydis, que cuando yo iba en quinto continuaba en primero; ella cada año y medio tenía un nuevo hermanito para cuidar; luego se fue a vivir con alguien y no empezó a tener sus propios hijos.

También estaba Rafael, que era el único que me podía ganar en las notas (en segundo grado) a quien yo respetaba porque era grande (tres años más que yo tendría) y porque ya trabajaba y tenía plata y porque descubrió mis habilidades como arquero; Rafael era tan avisado que

hacia sus propios carros esferados para tirarse loma abajo y para trabajar en yo no sé qué. Rafael no terminó quinto grado para ser un ruso notable y un borracho famoso.

Richard, mi primer mejor amigo, un día empezó a no crecer, al contrario de su hermano, Jairo. Y tampoco siguió estudiando después de cuarto grado. Él hablaba como un vaquero, y después como un vaquero enano; él leyó mi primer cuento, antes de que la profesora Lourdes lo desechara. También se volvió ruso, y tampoco me hablaría si me lo encontrara. Ahora todos ellos son grandes y yo sigo haciendo tareas. Hombre de la academia, frase no mía⁶, como ninguna; hombre encerrado en las razones de la razón.

Antes de seguir diré, con estos labios de hueso y carne que no dicen sino escriben, que un nuevo ahora en una nueva noche (y el que quiera que saque sus cuentas) me acontece. Nuevo tinto nuevas manos nueva boca porque nadie hace dos tintos con las mismas aguas. O sí porque las aguas aguas son; o no porque las aguas no son las aguas. O no importa, porque un tinto siempre pasa cuando el tinto ocurre, es decir que no importa el pasado ni las aguas sino que el tinto exista. Diez de la noche entre el tinto y los perros callejeros y los perros caseros.

Fuimos al centro con Glaydis, con William y con doña Rosa, la madre de ellos; había otro niño, el chitín, así le decían, que después llamaron Oscar (¿o Carlos?). Fuimos a conocer la plaza de Bolívar, y conocimos otras palomas y olvidamos la estatua y tenemos fotos de telescopio guardadas en un carriel de paisa que no sé por qué razón llegó a nuestra caneca de hacer masato, en donde guardamos vejeces varias. Esa plaza era una inmensidad, en las fotos se ve; sólo que yo no recuerdo haber estado sin dientes, y mi mamá no se parece a ella. Para llegar a la plaza había que subir por la calle once (porque arriba es siempre hacia los cerros, o sea que nuestro norte es el oriente porque allá volvemos), calle con tiendas de ropa de primera comunión, de matrimonio o de bautizo; calle con tiendas de sombreros, donde mi tío compraba sus sombreros cuando joven, después compró cachuchas y ahora no compra, o sea que no ha vuelto a comprar cosas para la cabeza aunque no es improbable que haya vuelto por los billares San Miguel. También se podía subir por la décima y el panorama no cambiaba mucho.

⁶ Homo academicus, dice Bourdieu.

Mi mamá era devota de San Judas Tadeo, santo que inauguró su iglesia en la décima con doce, al lado del Tía, frente a San Victorino, pasando la décima. Allí íbamos cada vez que íbamos al centro, a la iglesia, a rezarle al santo mi mamá y yo a prender las velas que se apagaban, a mirar temeroso las figuras doloridas, a escuchar, asustado y somnoliento la misa, a mirar a los lisiados que pedían limosna en la entrada, a aburrirme. Allí iba yo, colgado de la mano de mi mamá, saliendo de la iglesia a comprar el sahumero (yo le decía desaumerio), iba con las narices hinchadas por el olor de esas cosas, olor que era sólo de ese sitio y que disfrutaba, no sin las complicaciones inherentes, mientras duraba la compra que hacía mi mamá. Otras veces compraba ella el linimento chino (yo le decía nilimento), para aspirar cuando dolores de cabeza, dolores que entonces yo no padecía pero ella sí, o para aplicarse en las muelas huecas, a manera de calza, también para el dolor. También para friccionarse en la frente pero ahí si no me acuerdo qué cosa curaba el remedio. Ahí, a la salida de la iglesia de San Judas, me compró mi mamá mi primer anillo, una calavera plateada que pasó de mi dedo anular al meñique y de ahí al carriel de paisa, después se perdió, pero mi mamá reemplazó el viejo anillo de niño con otro que se encontró y asegura que es el mismo. Igual hace con otras reliquias, como con mis primeros patines, zapatos de lana que nunca se apoyan con firmeza en el piso dado el precario estado de las piernas de su dueño, un nené. Sobre la carrera décima, al costado de la iglesia, contra la pared de la iglesia y contra el límite occidental del andén, numerosas casetas sobrecargadas de productos casi todos desconocidos para mí, eran atendidas por las personas de los olores de ese sitio, personas extrañas de raro hablar y entre quienes los hombres usaban como faldas o vestidos largos y coloridos, y las mujeres unos chales grandes y todas eran gordas; ellos, me decía mi mamá, son los indios.

Lo decía con cierto respeto, como encendiendo una alarma, con el tono que ponía en la voz cuando quería que yo no fuera necio, porque a veces lo era. Pórtese bien, que estos son los indios, parecía decirme. Y yo me asustaba y trataba de no mirarlos muy fijamente, me quedaba muy cerca de mi mamá, apurando el trago lo mejor posible y queriendo que se acabara rápido, a pesar de que disfrutaba el olor, en todo caso para eso compraban el desaumerio. "Porque estos indios pueden ser

malos". No era lo mismo que cuando mi abuelita, en Fusa, hablaba del indio de mi tío, o del indio ese del Didacio, un primo que como casi todos los de su generación, dejó la casa a los doce o trece años para irse a recorrer el pequeño mundo de los pueblos de la zona del Sumapaz, a recorrer campos, a coger café o lo que fuera, que también eran malos por lo poco ajuiciados, pero no eran malos de malos sino de malos. A estos indios se les trataba con respeto, al menos mientras se les compraba. Cosa rara, porque a nadie de mi familia le gustaba ser llamado indio; si así se le llamaba, no era en su presencia o no era en serio, porque en serio era una ofensa. Pero es que estos sí eran raros, con esos ojos con ese hablado y con esa pinta; hasta borrachos parecían. Doble naturaleza de sensaciones o de pensamientos impulsaba a mi mamá a comprarles cosas a esos indios malos, que con las cosas que vendían podían traer el bien. El sahumero es para sacar los malos espíritus y para que huelga bueno, eso decía mi mamá.

No siempre que íbamos a la iglesia nos quedábamos a comprarle a los indios, pero para ir al Tía tocaba pasar por entre ese poco de casetas, yo le apretaba la mano a mi mamá. Duro. En el Tía, nombre de almacén que yo asociaba con mi tía Adela, la más querida, mi mamá me compraba gelatina, antes tocaba preguntar si le alcanzaba la plata; comía -¿o bebía?- gelatina verde o roja sentado frente a una mesa larga y angosta, comía encaramado en una silla flaca mientras mi mamá daba vueltas por el almacén y el celador me miraba cada nada porque mi mamá lo había dejado encargado de mirarme. Ella volvía con bolsas plásticas y nos íbamos a la sección de juguetes a mirar, yo siempre quería un balón. Varias veces nos tomamos fotos a la salida del Tía, contra los vidrios de las vitrinas, cortando por un momento el flujo de gente que pasaba de sur a norte y de norte a sur. Eran las veces en que más bravo me ponía porque no me compraba el balón; en realidad casi siempre eran fotos sólo mías. Ahora no tengo balón pero sí un montón de fotos perdidas otras regaladas otras entre el carriel y otras que deben estar refundidas en los archivos del local a donde había que ir a cobrarlas tres días después.

Cuando había que comprar ropa o zapatos, siempre para mí, nos pegábamos la patoniada. Empezábamos por el Golpe, en la calle 12 con décima, seguían el Caravana, y los otros ahí para arriba que no recuerdo cómo se llamaban. Ahí no comprábamos. Tocaba pasar la décima, me-

ternos a San Victorino, a dar vueltas preguntando y volviendo a preguntar, a pedir rebajas, a obtenerlas y a no comprar. Así le gusta a mi mamá, dar vueltas para volver al primer sitio en que preguntó. ¿Ya volvió madre?, decía el vendedor con una sonrisa que aún me fastidia.

Sábado, con el agua a punto de hervir, agua para tinto del que yo preparo, que es más rápido, porque el tiempo se va volando, se gasta como el agua entre las manos, o porque yo estoy de afán, el afán de sentarme a no dejarme escapar el momento de la escritura; en fin, el agua a punto de hervir, el agua para el tinto que preparo para mí y para ellos que ya casi llegan, cinco y 48 en mi reloj que se adelanta. Yo sigo en la casa fuerte, casi amurallada y sin una planta viva.

La Pajarera, casa rosada con niños estremeciendo las viejas tablas del corredor, a las seis y media de la tarde. Mujeres en la cocina sirviendo platos con maíz pira, en el que nunca pude vislumbrar paloma alguna, pero sí caras deformes y papas blancas, con plátano frito y con arroz. La comida, mi abuelita le decía la cena, eso era en Fusa, aquí era la comida, de los niños. Sentados en el piso con las piernas abiertas, con la espalda contra la pared y las manos recién mojadas en el lavadero, esperábamos a que nos fueran repartidos los platos. Y después el agua de panela (la agüepanela). Y después a esperarlas a ellas, las mamás, que se quedaban lamentándose y sacando cuentas y monedas de sus bolsillos descosidos. Esperarlas jugando un último juego, no muy brusco para no rebotarse, del estómago.

Dormir con los más pequeños o los más grandes, pero no solos, que las camas no sobran. Yo dormía con mi mamá; Glaydis con sus hermanos; Jhon con Víctor; doña Gloria con el marido y los hijos pequeños; doña Rosa con el hijo más pequeño y con don Manuel; y así todos. Hacinados pero tibios. Esas piezas nunca durmieron vacías, nadie sufría de insomnio, los que trabajaban porque trabajaban, los que jugábamos porque jugábamos, los que dormían plácidamente porque así lo hacían. En las mañanas había quienes revisaban las trampas para ratones, quienes encontraban evidencia de sus fechorías, quienes madrugaban tanto que nunca se les veía, quienes no habían llegado. Más no sé porque pocas veces madrugaba; entre más dormía mejor me iba en la escuela.

Cuando alguien no llegaba, ese era un marido o un hijo mayorcito (de más de 14) que se había quedado tomando por ahí. Borrachos hay

en todos lados, también en La Pajarera había, ahora se sentarán en el andén de lo que fue la casa, y quien pasase dirá que ese borracho se sentó en el andén del parqueadero, y tendrá toda la razón porque eso es un parqueadero. Eran comunes los que seguían después del fin de semana, dele a la tomata, que eran violentamente reclamados por las mujeres (que así se le dice a las esposas) y que por eso o por otras razones que nunca están claras, las golpeaban. Eso era un espectáculo para los niños, si no eran los hijos de los protagonistas, Vamos que don Manuel le está pegando a doña Rosa, y allá íbamos, a ver a don Manuel⁷ con la cara rasguñada y a doña Rosa tapándose el rostro, cada uno en una esquina del cuadrilátero, que después sería la pieza, esperando la ofensa próxima que desencadenara un nuevo round. Nosotros esperábamos. A veces llegaba el nuevo a veces no; él se iba con la furia en los ojos, empujando niños indiscretos a su paso, rebuscándose el último peso en los bolsillos del sucio pantalón, con la borrachera pasmada, a justificarse con los amigos que siguieran en la tienda o a dormir quién sabe dónde; ella lloraba y maldecía su suerte, levantaba las sillas caídas, cuadraba la cama, se aplicaba algo en el rostro para la hinchazón y recibía las caricias de alguno de sus hijos, que también lloraba.

Había largos ratos de silencio en la casa cuando eso pasaba. Había vergüenza ajena y propia. Había comentarios a media voz. Después, un día o dos, venían las disculpas y los perdones. También ocurría que no se decían nada el don Manuel y la doña Rosa, él llegaba del trabajo y se sentaba en la cama y ella le llevaba el tinto y después la comida y no hablaban más que lo necesario hasta que el rasguño empezaba a ser uno más, y el negro de los ojos⁸ podía ocultarse con un poco de base.

Cuando invariablemente no tomaban o lo hacían en cantidades menores, Una pa' la sé, era en Semana Santa. Cuando las mujeres de la casa seguidas por algunos niños y sus poco religiosos maridos visitaban los monumentos, iban a misas, a procesiones y demás. La Semana Santa, cuando estaba prohibido jugar, brincar, bañarse, lavar o barrer. El fin de semana más largo del año, según dicen los periodistas. También en Se-

⁷ Él había ido a jugar tejo o a jugar rana, había bebido muchas cervezas, olía a cigarrillo, a pólvora y tenía las manos sucias de greda o ennegrecidas. Bebió desde las diez del domingo, cuando lo llegaron a invitar, eso estaba "casado", después se fueron para otra tienda porque allí ya iban a cerrar. Amanecieron en otro sitio, del que después tuve conciencia, a donde las niñas, no sus hijas, y continuaron después para desengayabar, Este lunes tocó no trabajar, algo diremos mañana.

⁸ El negro de la piel que los ojos rodea, que no el de los ojos negros de esas mujeres de ojos negros (las que oscuros los tienen) y manos maltratadas.

mana Santa íbamos a la iglesia de San Judas, ella era uno de los monumentos. Mamá con tenis y pantalón caminando en busca de iglesias.

Aquí bajan los vientos furiosos, vienen corriendo a hacer rugir los árboles del otro lado del río Fucha, el mismo que baja crecido; es de noche y hasta aquí, hasta la casa con tejas imprecisas, se oye el rodar profundo de las piedras que de tanto rodar se redondean. Pero lo que nos da miedo es el viento helado y esos árboles que al otro lado del río parecen irse a partir. Y las tejas de las casas de más arriba que pasan gritando estrepitosas. Un día, o una noche, mejor, de tormenta. Tormenta que baja imponente del páramo. Viene a causar estragos en las casas a medio construir, que son casi todas; aunque a favor de los dueños podré aducir que nada está terminado.

Eso es también una excusa para escribir líneas acerca del rumbo (del norte o del oriente, nuestro norte) de tantas palabras, las que antes de estas han sido escritas. A qué horas pondré fin a este capítulo, no largo, acerca de lo que ha venido discurriendo, porque estamos condenados a discurrir, como aguas de un río de meandro en meandro, de piedra en piedra, a qué horas dejarán de discurrir las palabras para dejar a otras palabras mostrarse en la fila que las palabras forman y que deben formar para ser leídas. La pregunta formalmente dirigida no se pregunta por las horas, pero es que la costumbre es lo más difícil de evitar, ni siquiera la pregunta se pregunta cuándo, talvez se pregunta hasta dónde, tras qué tema serán medianamente mostrados los temas que quieren ser mostrados. Párrafo que explica el chiste o que introduce la discusión que será cuando ella sea. No aquí. Porque estas palabras no dicen más de lo que escrito está, que es todo lo que escrito está; lo escrito es la ilusión del pensamiento que se fijó en la fijación del que se fijó en la escritura que él mismo tendrá que releer para recordar. Eso por una parte; por otra (¿o por la misma?), tendré que resignarme a no escribir más de lo que escriba.

Un día domingo es un día de fritanga, de cerveza, de fútbol en el tierrero (campeonato de banquitas), de sol, de peleas de borrachos, de hijos extraviados en un pastel aledaño a la tienda. Un día domingo hace tantos minutos como los que tienen tantas horas, estuve perdido de la casa en el extenso pantano de más allá del tierrero, cogiendo ranas y fabricando represas de barro en la quebradita, mientras lejos, en la cancha, los futuros ebrios de las seis de la tarde competían en el campeo-

nato. Recuerdo que sólo pone de presente la existencia de amplias zonas ajenas a la acelerada colonización de los terrenos de más arriba, en sectores aún más marginales de la ciudad. A donde seguíamos llegando del campo y de los pueblos. Más niños para más inquilinatos y para nuevas casas a medio construir en lomas reseca cuando sol y resbalosas cuando lluvia.

Barrio popular. Popular es escribir todo lo que está escrito y lo que no. Hará falta lo que se le ocurra. La basura acumulada en las esquinas o congelándose en las orillas del río, o de la quebrada, o rodando fácilmente por las cuestas en las que aún no hay casas de cartón o de madera o de ladrillos o de barro, porque de todo se ve en la villa del señor. ¿O en la viña? Perros de penúltima moda porque siempre ocurre que cuando llegamos a la moda, la cambian. Camiones destartados encaramados en un andén mientras hombres mujeres y niños lo llenan de ladrillos de segunda o de un trasteo de última hora (porque todo lo que está ocurriendo es de última hora); la ventana abierta por donde sale la música de Diomedes, Luis Alberto Posada, Vicente, El Charrito Negro, Olimpo, Oscar Agudelo, Cuco Sánchez, José Alfredo y todos los otros, que hay para todos los gustos que hay; la mujer asomada a la ventana en una corta interrupción de sus oficios. Ya no tendrán que ocurrírsele estas cosas, puede agregar las otras.

Aquí estamos, no todos ni muchos de nosotros, vamos de mi mano, de mis dedos. Nosotros, los que tenemos amigos esperándonos en la esquina; los lisiados; los que tomamos de más los fines de semana; los que usamos ruana para salir al centro; los que espiamos desde la ventana a los recién llegados; los que no leemos; los que escupimos después de gargajear; los que miramos con rabia; los que nos ganamos la pata; los que queremos irnos; los que tenemos un hijo atracador; los que trabajamos en la rusa; los que lavamos pisos en un hotel del centro; los que llevamos bozo y patillas y cachuchas; los que cuidamos a la abuelita; los que nos acostamos con las mujeres de acá; los que si; los que hacemos tareas; los que de vez en cuando fumamos marihuana; los malparidos; los que los saludamos; los que usamos piedras y tablas en los tejados para que los ventarrones que bajan del páramo no nos dejen con las estrellas sobre la cabeza; nosotros, los que regalamos sancocho; los agripados; los que evitamos el callejón; los vendedores

de lotería; los gonorreas; los que tenemos dos hijos muertos; los que tenemos un hermano asesino; los que nos fuimos; los apostadores; los que tenemos una niña de ojos azules; los que tenemos un dedo de más; los hijueputas; los que preparamos masato; los que nos asustamos cuando los vemos en la esquina; los emprendedores vendedores de licho; los que en un callejón atracamos; los que vemos amanecer con los ojos soñolientos; los que nos acostamos con las mujeres del centro; los que leemos Condorito; los que metemos perica; los que asoleamos las cobijas para quitar el olor a orines; los que buscamos la suerte en el pocillo; los que hacemos el chance; los que tenemos apodo; los que tenemos una abuelita en el campo; los que organizamos fiestas en la casa de un vecino; los que cocinamos con gasolina; los que sorprendimos a la mujer con otro; los que no; los embaucadores; los que tomamos chicha; los del apodo en la invitación al entierro; los que bailamos; los que tenemos cinco hijos que alimentar; los que no; los que vimos el Dai Apolón; los que tenemos los segundos pisos inacabados y los primeros inundados; nosotros, los que no escribimos ni hablamos de la manera en que estoy escribiendo; nosotros los que no tendremos voz en la escritura que me está ubicando en el rito del desprendimiento. No más para no caer en la confesión que debió ser lo primero, Pirobo hablamierda pirobo hijueputa, yo lo atiendo gonorrea⁹.

Estas son las condiciones del conocimiento, esta es la ilusión de las palabras.

⁹ ¿Será que tanta vulgaridad hace parte de las razones del cuerpo que la razón ignora? Debe ser porque parece ofendido el que habló. Este universalismo que me es permitido por empezar a ser investigador social, voluntariamente autoinvestigado, destructor de un pedazo de mi pasado, condenándolo a esas líneas..., este universalismo tiene algo de cinico. Si escribo que confrontar Bourdieu y usted va, es posible que encuentre que no haya dicho eso cuando dijo del universalismo de los etnólogos; a mi me quedó esa sensación, más ahora que releo y corrijo y cambio notas de pie de página y me siento... pero no debería sentirme porque he decidido esconderme tras esta desnudez.

HISTORIA DE FUENTES CRUZADAS O EL PROBLEMA DE LA DIFERENCIA O MIS CONSECUTIVAS VOCES

Nueva página nuevas palabras nueva excusa para su flagrante desfile. Las palabras que dirán lo que escrito quede sobre el mundo en el que los indígenas inga de esta ciudad sobreviven. No porque haya quienes mal viven, que los hay, sino porque este mundo tiene la brecha de la que se aprovechan, es cuestión de estrategia. No la estrategia en el sentido de la jugada razonablemente planeada, no es un negocio ni es un juego, sino en el sentido de la acomodación dentro de un espacio y un tiempo que nos constriñen dejándonos un marco de posibilidades para la ac-



Foto 1: La Brecha, Junto a la droguería, Tronco viejo y águila negra, médicos tradicionales.

ción y de las que escogemos (o serán ellas las que escogen por nosotros) las más rentables¹⁰.

Las palabras que escritas dejarán en el papel lo que escrito quede sobre las condiciones en las que ha sido posible hablar con los inga en esta Bogotá suroriental, sitio de la ya mencionada infancia del preparador de tintos y escritor nocturno que he sido. Las palabras.

Trabajo para la clase de Vasco, identidad indígena, el tema del fin de siglo, el tema del principio de siglo, el tema de las condiciones de la época que transitamos, el tema de los países que reconocen los derechos de las etnias que los habitan. Indios en la ciudad que se escondían de nuestros antropológicos ojos que sólo se los imaginaban, en el sentido estricto de imaginar, hacer de una idea una imagen, en las selvas y en las montañas, conviviendo armónicamente con el paisaje. Identidad indígena en la ciudad, en Bogotá, latifundio epistemológico de sociólogos y antropólogos urbanos que de indios no quieren saber. Esos no son indios. El indio no es sin la tierra. Pensamiento telúrico; que hasta no hace mucho relacionaba con telas de araña en un rincón, telas de araña colonizando altos techos. Encontrar indios en la ciudad y hablar de identidad, eso fue sin esas palabras.

En fila india por el largo pasadizo que es la entrada -el largo pasadizo poblado de plantas que ese día miraba con la curiosidad de quien va al jardín del curandero-; blancos de roja sangre en fila india buscando indios. Así, después de saludar a gritos y ser invitados a seguir, entramos a la casa del cabildo; personajes vestidos como los parceros de mi antiguo barrio estaban tomando el sol blanco amarillo de esa mañana soleada, cuando todo era claridad, en un principio. Chicha en pocillo de plástico, de los mismos que eran usados en La Pajarera, chicha con olor extraño y poco agradable; casa vieja transitando sus meses últimos¹¹. Chicha para todos en un pocillo de plástico y bebedores indígenas impacientes. Que no está el gobernador, pero que vengan a la posesión allí

¹⁰ Ahora, cuando se ha escrito algo que me inspiró la lectura de Bourdieu, pero que no podría asegurar que lo haya escrito él, aunque ciertamente de la noción de estrategia habla, deberán ser reconocidos legítimamente los oscuros derechos del autor, decir que en la página 88 de la edición española de las *Meditaciones Pascalianas*, Bourdieu discurre acerca del malentendimiento de la palabreja, que sin embargo no dice esto pero lo que dice y lo que pienso del tema que me atañe que no es la noción aunque la use, ha ocasionado una serie de choques eléctricos cerebrales que me llevaron a escribir lo que fue, no tan largo como la explicación, y que en todo caso no me hacen autor de tan elemental organización de palabras. En lo sucesivo, la cita será dispuesta de la manera acordada, como para que un lector riguroso no me saque del juego. No evitaré, sin embargo, pensar lo que se me ocurra.

¹¹ La casa, de tipo colonial, muy vieja, se derrumbó un sábado, a finales de marzo del año 2000. Los dos salones en que funcionaba la escuela quedaron inutilizados. Los servicios con los que contaban -seguridad, aseo, equipos- les fueron retirados.

en la plaza de Bolívar, en la alcaldía. A las seis. Bueno, debí decir yo. No recuerdo y no tengo una apreciación justa de lo que debieron decir Fabio y Juliana. Este es mi egoísmo o mi ausencia de oídos.

Trabajo bases socioeconómicas de la identidad indígena, ajenación del mundo, lejos de nuestros sentidos los sentidos, teórica discusión y observaciones obvias. Trabajo escrito en dos escritorios al menos, el de Vasco y el de Víctor Jacanamijoy, gobernador de esos meses. Frases cortas, cortantes sentencias, poema ausente de artículos, comas y más comas. Enumeración. Enumeremos el mundo a ver si se organiza. Del orden más fue escrito, no aquí sino adelante.

Ahora, cuando la permanencia en la plaza de San Victorino, en donde un monumento, o será una escultura, de metal, ocupa el viejo sitio de las ventas de calzado, trajo a mi mente otras permanencias, de las que fueron palabras escritas, las no todas palabras que han sido escritas y las no todas que se puedan escribir, tomo asiento e inténtome. Ahora resulta más cómodo escribir un texto que, como ese, el texto de las bases socioeconómicas de la identidad, pretenda abordar las condiciones en las que un indio de la ciudad es indio en la ciudad. Tengo más espacio y más lengua, si lenguas son las partes gordas de los dedos que están debajo paralelas o encima de las uñas, eso depende.

Quisiera pensar que esa es la condición primera de mi cuaderno de notas aguardando en la maleta mientras miro Monserrate y Guadalupe desde la silla de cemento en la que nos sentamos los que allí vamos. Que la condición primera es mi condición de condiscípulo de vivencia, o de lejano hermano que para vernos ha vuelto. Que la condición primera es la de haber sido niño colgando del brazo de su madre que había salido al centro. Pero la certeza de que la escritura reflexiva no va más allá del papel el esfero y la mano, y, ahora, del teclado y el monitor, me aleja de ese querer que es más artificial teniendo que estar aquí tan lejos, para organizar con palabras mi haber estado allá. La condición primera es la del requisito que estas líneas cumplen. Otras habrá que son adicionales. El cuaderno mismo, lo que me ubica por fuera para anotar el descubrimiento, que es la prueba material y simbólica de mi condición de investigador a la cacería de evidencias de indicios de pistas. El dinero de mi madre y el que he recibido en calidad de préstamo para cuando la inversión rinda, el dinero que me permite transportarme y gastar almuerzo

en restaurante barato. Y el tiempo que por el dinero mismo puedo no ocupar en el trabajo de todero que también tuve. Y las demás, las que no atino. También está la condición que es mi convicción de no dejarme perder de usted, la de estar presente en los párrafos que voy escribiendo con estos dedos de gordos nudillos. Yo tan yo como puedo serlo, enfilando palabras para sus ojos.

“Ahora son las cuatro y cuarenta, como cuatro 40, y no eran las cuatro la mañana, sino las 4:40 de la tarde, esta misma tarde, y otro fallido intento de socialización: Yo soy Luis Alberto Suárez, estudiante de antropología de la Universidad Nacional y estoy empezando (aún no) un trabajo con el cabildo; ya tengo el permiso pero me falta el papel que me lo van a dar mañana, y quiero hablar con usted un rato, saber quién es y qué hace por aquí; y me responderían si todo eso hubiera dicho, ¿Qué qué?, pero no dije todo eso; sólo dije, Buen día, y me dijo, ¿Cómo? ¿qué quiere?, Nada, que buen día. Y seguí caminando, casi no había parado, y fui a dar otra vez al puesto número 9 y allí, que como no lo estaba buscando sí estaba, estaba el gobernador (don Isidoro) con esposa y todo, los dos mayores de la familia del niño que siempre me decía que el gobernador no estaba y que no sabía cuándo iba a estar. Pero ahí estaba. Me saludó y noté en su habitual poco entusiasmo un dejo de reconocimiento y sincero pequeño gusto de verme. Sería porque después de cuatro meses de haberlo conocido y haberle solicitado el permiso para trabajar con ellos en mi proyecto de tesis, finalmente tenía el papel que decía que yo estaba autorizado a hablar con los inga de Bogotá. Así que me mostró el papel con su firma y me dijo que me lo entregaría mañana y que el viernes había-habría asamblea general en la sede de la ONIC y que fuera que iba a presentarme formalmente con la comunidad y, Allá voy a estar, dije yo. Entusiasmado porque este no ha sido un mal día además veré a quien voy a ver, salí del Caravana, y entre el ruido los olores y el sol de las dos y 30 de la tarde en la cra 10 con 12, caminé. A lo largo de la iglesia, callados unos o hablando entre ellos, otros, los inga exhibían sus collares y sus capisayos y sus chaquetas de cuero y sus anillos bebedizos y riegos de los que aún no sé y no sé si llegue a saber.”¹²

Ese día, el viernes, reunión prolongada en la sede de la ONIC, el primer sitio que hacía tantos meses, más de doce, póngale quince o

¹²Diario de campo, miércoles cuatro de abril de 2001.

veinte, habíamos visitado para encontrar unos indios en Bogotá con los cuales hacer el trabajo para presentar el papel. Un hombre que por nombre tenía Edilberto nos reveló la existencia de un grupo de indígenas que estaban organizados en cabildo que vivían aquí en Bogotá y con la sede en el centro a unas cuatro cuadras del sitio en que nos encontrábamos. Eso, tanto tiempo atrás. Muchas vueltas al reloj de arena, tantas que casi olvidamos cuántas, tantas que ya no importan. A las seis y media empezaba la asamblea en la que me darían la firmada carta, la que no me entregaron al otro día del día del diario transcrito, la que contenía la autorización, yo llegué casi a las siete y la reunión empezó después de las siete y media; tercer piso, suelo de tablas, pequeño cuarto con ventanas que a la calle daban. Ventanas altas, de madera, como otras a las que me asomé, también para ver la calle, en una noche igualmente iluminada por altos bombillos amarillos de alumbrado público.

En un ágil oprímimiento de las teclas indicadas fueron de aquí borradas las líneas que faltan o que sobran; como todo, eso depende. Porque como ya escribí, más adelante, en este escrito debe quedar escrito lo que me parece y esas líneas no me parecieron. Así que de la manera en que escrito quedó, fueron sacadas del universo. Punto final para las líneas que se murieron. Otras se escriben mientras usted las lee.

Eso no es tema de este capítulo, lo del arrepentimiento del escritor o lo de la insatisfacción literaria, porque de lo que este capítulo debe hablar es de cómo hice para hablar con ellos y de cómo llegué a la casa verde con terrazas paralelas pero no dispuestas en el mismo plano, a la casa con un perro al que le pesa la cabeza. No ha sido fácil estar en la casa en que estoy. Punto. Eso decían más largamente las muertas letras. Y conocí a personas entrañables. Punto. Qué hijueputas, si el diablo me sigue regalando insomnios. Y los insomnios como todos sabemos, están repletos de palabras. Otras serán, pues, las que queden. Estas. Y las que siguen, incluyendo por supuesto las anteriores. Este es el juego: cuando acabe, es decir cuando llegue a la reflexión final de lo que este capítulo habla, aunque como dicta la reflexión, este capítulo no habla (dejémonos de güevonadas, porque los que hablan tienen boca y este capítulo tiene tinta de fotocopidora y papel blanco), si quiere descubrir el orden cronológico de las letras venga a leer desde “En un ágil oprímimiento...”. Eso es sólo un juego. La cosa es que como usted ya

sabe que todo esto es más artificio ahora que se enteró de que me tumbé unas líneas por no imaginarlas dignas, debemos asumir la rudeza del juego del conocimiento. Aquí hay tantas líneas en blanco como líneas con palabras como líneas mutiladas y bla. Todas hacen parte del viaje místico; por eso no me preocupo tanto por el orden, porque el orden soy yo. Y no soy tan novedoso como para escribir durante un mes o un poco más sin caer y recaer en los temas que me atañen. Sabrá que mágicamente como suele ocurrir todo en esta clase de escritos, al terminar el párrafo del futuro, usted se verá transportado(a) al pasado.

Día martes, porque no hay que olvidar que el tiempo transcurre, que este, como ya quedó escrito, es un trabajo nocturno, que el tinto pasa cuando el tinto ocurre, que las naturalezas son esquivas, que la experiencia es las maneras de registrarla o que lo que pasó son todas sus memorias, que la escritura reflexiva, en rigor, es una trampa, que busco un nuevo sentido para el transcurrir del tiempo o que quiero ocuparme del tiempo (de la relación entre los acontecimientos), que las maneras son las costumbres de las manos, que las palabras tienen que ponerse unas antes que otras (lo que es lo mismo que escribir que tienen que ponerse unas después de otras) y que la violencia simbólica¹³ es una boleta. Hoy, no tinto. En los martes ni te cases ni te embarques. Así que no me embarco, sigo navegando con el planeta pero no dentro de él¹⁴. Pura inercia para continuar el tratado de los bajos mundos. Bueno, no tan bajos porque más profundos sí hay; bajos para estas académicas alturas.

“Los inga habitan este mundo de lisiados y condenados de pobres harapientos de sucios de desarreglados de crueles cruces de la sociedad que sobreviven de hambre en hambre de enfermedad en enfermedad de falsa esperanza en falsa esperanza, que las únicas esperanzas son las hijas así nombradas y que por eso dejan de serlo, no hijas sino esperanzas. Porque las condenas de su destino así son y así serán. Es un mundo de pesados rosarios avemarías y padres nuestros, de pesadas culpas sobrellevadas por las circunstancias de traiciones, puñaladas, gritos rencorosos y hambres, sobre todo hambres. Hambres del cuerpo que se ven burladas, pero no aquí, que aquí todos necesitamos y pedimos y nos untamos perfumes baratos con costosas dosis de fe.

¹³Ver Bourdieu, 1999 [1997] página 111.

¹⁴En Saramago, La Balsa de Piedra, alguna página. Debió decirlo José Anaico.

Hambres aplazadas hasta la muerte y ni allí saciadas, hambres que terminan en entierros de quinta categoría y arreglos florales y sufragios (si los hay) sin categoría o con la única e inconfundible categoría de la pobreza y el desamparo, Ampáranos señor que no queremos morir para siempre, ampáranos del abandono de las tumbas y de las lágrimas lastimosas de la frustración.”¹⁵

Que si algún dejo de resentimiento es posible leer en esas líneas, enhorabuena. Porque la rabia rabia es; porque en nombre de la ciencia no se debe ocultar. Porque si discutimos conceptos acaloradamente y acusamos estrechez de frente, estamos ocupándonos de cosas por las que nadie muere. Líneas escritas durante una misa en la iglesia de San Judas Tadeo, el santo para los casos más berracos. El santo para los casos desesperados, note que no está mal ubicada su iglesia.

Es preciso, no exacto, escribir que los hay también en todos estos barrios, en todo ese centro, que sí tienen. Casa, carro, ¡todo!, diría don José. La rabia no está ciega, sólo brava. La rabia es babosa y por eso babosea lo que cerca de ella está. Cosa por la que no hay que censurarla. Que tenga rabia, qué le hacemos. Así es la rabia. Y no olvidar que entre los que no piden tanto están los que cansados de pedir en grande empezaron a robar en grande, funcionarios, apartamenteros, funcionarios; y los que se volvieron mulas y llegaron un día soleado con una vieja de lo más boleta, pero hasta buena sí estaba, con pinta de cuero blanco apretado, y todos embambados, en severa burbuja. También de esos hay, esos ya no piden, o sí piden, más trabajo. Y los que tras veintipico de años de arduos trabajos y costosas privaciones tienen su casita bien armada finalmente, una casa terminada y con el estuco y las paredes intactas, con el baño limpio y espacioso y con las matas en sus materas sobre un iluminado corredor; pero por ya no tener el trabajo que les exprimió la vida tienen que arrendar el primer piso y vivir cuidando de las paredes que con tanto esmero se empeñan los niños en rayar y los adultos en llenar de puntillas.

“¿Será que pescamos en los ríos revueltos de todas las que son fe? Estos mismos viejos achacosos y estas mismas mujeres de niño de brazos en los brazos y estos mismos desempleados con carpeta de hojas de vida en el regazo, todos en la misa del lunes santo, saldrán al

¹⁵ Diario de campo, Lunes 9 de abril de 2001.

amparo del olor del incienso a comprarse la contra, el riego, el azabache para el niño, que no le dé mal de ojo, el anillo con la calavera o la promesa del bienestar en el chocolate o el café.”¹⁶

A don José lo buscan aquí, en su casa verde con terraza de dos pisos y perro parecido a una foca, y en su local, que queda frente a la plaza de San Victorino, en el centro comercial SHIRLEY. Lo buscan sus clientes de hace mucho tiempo y los nuevos, como mi mamá y mi primo, que también puso restaurante y necesita remedios para las ventas. Don José es una persona respetada por quienes en él confían, Si tiene fe... le vendo, dice él. A muchos, como queda insinuado, les funciona; así que tienen fe y don José, satisfecho, Yo soy indio, yo soy José... a mí me conocen en Venezuela Méjico Panamá todo esos partes porque yo soy profesor.



Foto 2: Los hijos de Saturno, Aquí estamos, no todos ni muchos de nosotros, quietos en la foto, congelados.

¹⁶Diario de campo, lunes cinco de marzo de 2001.

Don José, cual Buda, en su banquito, chiquito y bajito como a ellos les gusta, sentado, que diríase que está acurrucado, espalda contra la pared de al lado de su puesto, ríe ruidoso. Así como él ríe. Buda sabelo todo que escucha con sincera atención las quejas los dolores y los requerimientos de sus clientes, don José muchas veces no entiende. Hay que repetirle, intentar con gestos y con palabras; finalmente la comunicación se establece, queda uno a veces con la duda de si estuvo hablando de lo mismo. Él se viste con pantalones de dril, de los que usaba mi tío Cristóbal, de quien supe a corta edad que no era el mismo Cristóbal Américo Rivera y que tampoco fue Cristóbal Colón, sólo era mi tío; pantalones de esos usa don José, con camisas ajustadas a su protuberante barriga y tenis Reebok negros, bien embolados, con medias de rombos de las que yo uso y que por eso doña Rosita a veces entra las mías y tengo que ir a buscarlas en el cuarto de las ropas, en donde se secan las yerbas para poderlas cocinar el domingo. No le gusta usar el sayo aunque recientemente compró dos hermosas ruanas de esas con rayas negras y blancas, será la proximidad del antropólogo que le pregunta por épocas que recuerdos le traen, o será que con el sayo se parece mucho a esos sinchis del bajo Putumayo. Yo soy médico tradicional, dice él. Y muestra el carné del cabildo, Él es medico tradicional.

“Saqué el papel para escribir de la tristeza de los habitantes de los espejos. Pero se han sentado junto a mí a discutir, Que no ponen un hijueputa ladrillo, y que no ayudan para la luz, Toca pagar el impuesto, que pa eso de tener casa es mejor pagar arriendo. Son hijueputas que no les gusta sino que le tenga desayuno posada..., Que se emborracha y se la pone de ruana a pegarle a los hijos, Deje'e ser chismoso llave, parlas com'un hijueputa, Si se pone a pedir pues pague, ¿Cuántas cervezas?... borracho hijueputa, Y entoes las cervezas que yo pagué no es plata, Pero qué hijueputa, qué'sa chimbada.

“Hablan de la cerveza y de la plata y de las peleas sin darse cuenta de los olores puercos que despiden y que me ofenden, pero que mi ética antropológica soporta. Tienen unas lonas con qué sé yo. Hay qué belleza... desde las dos de la tarde unoaquí teniendo paredes. Son la cinco y cinco. Hablan de peleas conyugales, de destrozados muebles aporriados, ...Una parla y no la suelta es nadie... Unos esposos de 50-60 años con un hijo 28-32 años y otro que no sé qué será, 30-35 años. ...Un

carro viejito y compra chatarra... la pelea fue quel man le dijo que se acostara... pumpumpum... la encendió, Quieren hacer y que no les hagan, ...Le dan en esa mala le dije... así le dije. El otro es hijo.”¹⁷ Blancos, no indios, en la plaza de la Mariposa hablando sus vainas. Etnógrafo sin grabadora pescando boronas del mundo bajo. El sitio es la plaza de San Victorino, no tan limpia como en la foto del directorio telefónico, sí más grande y sin agua alrededor de la mariposa y con menos gente de fiesta y con más gamines y con uno que otro capisayo coloreando el paisaje mientras su portador se pasea con la tabla de los anillos y azabaches y cadenas; lo que vería es todo lo que pudiera ver, es decir la enumeración que me ahorro; esto, como quedó escrito, es una borona; acéptelo como si fuera la ñapa, la misma que dadas las circunstancias está poniéndose de moda otra vez. Esos personajes, de los que anotadas fueron algunas frases, de ropa vieja y sucia, de zapatos embarrados y cabellos despeinados, esos personajes sin dientes y con risas escandalosas, se marcharon como a las cinco y veinte.

“De nuevo en la iglesia. Sin ladrones a la espalda. Danos la paz; a nosotros los de cabezas gachas y altas jorobas dedos huesudos flacas esperanzas. A nosotros, los que pedimos limosna con todas las mañas de las que a bien tuviste rodearnos. Danos la paz que nosotros nos damos las manos manchadas de mugre. Y nos decimos, La Paz. Y en esta de San Judas podemos encender veladoras verdaderas que en su agonía estallan en llamaradas alegres y humos plásticos, veladoras ciertas y no el engaño eléctrico, y cirios ciertos con débil flama agonizante y malnacida o llamarada vivaz orgullosa y pecadora que con insolencia lanza su tizne hacia la cúpula, hacia el tizado crucificado que domina la iglesia...

“No siempre es ruido en esta iglesia. A veces milagrosamente se apaga la casetera enorme del vendedor de música pirata y el vaso ruidoso del limosnero deja en paz a las cuatro monedas que venían golpeándose con furia en la condena de los claustrofóbicos y los buses no pitan y los motores rugen bajito y tan pronto alguien se da cuenta del hechizo la primer moneda brinca hambrienta en el vaso, el play ansioso suena la voz de Rafael Orozco y un viejito tose y otro lo acompaña y el cura desafinado estrella su canto contra el micrófono y olvidamos el momento sosegado para continuar en la montaña rusa que nos ha tenido de cabeza en la feria

¹⁷Diario de campo, lunes 15 de abril de 2001



Foto 3: Se arriendan piezas. Esta es una casa que debería ser porque aquí no están las cosas como son sino como deberían, así exigen las maneras.

de San Victorino. Y nos ha tenido de cabeza no sólo porque los que fueron ambulantes hoy son centro comercial y se salen a la calle con sus tenis escandalosos y mal pegados o con sus remedios sospechosamente indios, sino también porque el antropólogo ateo se arrastra hasta la iglesia para leer o para escribir una observación de último minuto y termina dando la paz y haciendo gestos por los gases de la niña que reemplazó al ladrón que en la misa anterior estuvo a sus espaldas."¹⁸

Como este aparato se ha comido un párrafo de lo que había escrito, tengo una fuerza poco común en los dedos que escriben lo que usted está leyendo y no está quedando de la forma en que usted lo lee porque escribo rápido y con rabia; habrá que intentar otra vez la escritura.

¹⁸ Diario de campo martes 23 de abril de 2001.

El párrafo decía más o menos que Víctor, el hijo mayor del matrimonio de don José y la señora Rosita, que así los llamaron, vive en una casa de inquilinato similar a La Pajarera, casa de la que ya debió leer algo, y que como La Pajarera, en esta casa en donde Víctor vive con la esposa y los cinco hijos, hay un administrador que en La Pajarera era mi tío Saturno, y que en esta es un señor que hecha candado a las once y que hace fiestas que duran tanto que no le es posible reclamar a los inga que allí viven cuando llegan a las dos de la mañana a armar peleas y a no dejar dormir. Casa en donde viven tres familias de paisanos de estas personas con las que hoy me he tomado cinco cervezas y de cuya conversación tengo una grabación de la que usted leerá apartes cuando el escritor, que transcriptor será, lo considere necesario.

El accidente del párrafo perdido y de la consecuente rabia y congoja reflejadas en el párrafo que quedó ocurrieron en la noche del jueves, transición a viernes. La casa de la que no bien he hablado entre otras cosas porque no la conozco, está ubicada o está simplemente en el centro, en el sur-centro, calle cuarta con cra once en el sector que alguien llamó de San Bernardo y las letras están esquivas lo que puede conducir a una paulatina merma de palabras escritas y a un repentino detenimiento de los dedos sobre la superficie del teclado.

No se preocupe si no le ve orden a la cosa que una guía didáctica y elaborada, es decir con las relaciones de antecedencia y consecuencia perfectamente encajadas o al menos justificadas, será dispuesta al inicio o al final del presente escrito, una guía que explicará incluso las referencias a la misma o los párrafos sueltos.

Ocurre que, según le comenté a Fabio (hoy que me lo encontré en la biblioteca y me preguntó, como hacemos todos, por la tesis –porque este escrito ha sido una tesis-, que si ya que si qué que de qué), compañero del primer trabajo, el que hicimos para Vasco, el tiempo sólo existe en relación con la existencia de compromisos sociales, o contingencias sociales o acontecimientos sociales que permiten que uno esté tarde para algo o temprano o no tenga qué hacer y en consecuencia, tenga tiempo. El tiempo no existe por fuera de miramientos exclusivamente sociales, es decir que depende de la forma en que han sido establecidas las relaciones sociales que lo exigen. Elaboración mía que si encuentro en el texto de alguno de los innumerables escritores que me

antecedieron, porque, y Cortázar ya lo advirtió, el mundo se está llenando de escritores, tantos que ya no habrá quién los lea, que si encuentro la sentencia, escribía, pues habré de poner la cita, Fulanito de tal año tal página tal, y mi riguroso lector no tendrá ocasión de sacarme del juego, que después con qué le salgo a mi mamá.

Eso no es el tema de este capítulo, lo del tiempo. Pero no queda mal ahí en donde nació. El tema de este capítulo, es el de la identidad étnica, de la que habló Barth. El mismo que hablaba en lo que escribía acerca de los grupos étnicos y sus fronteras, sentencia nada brillante porque como usted recuerda, ese es el nombre de su texto. La cuestión fundamental, como para ahorrar el tiempo, el que sigue transcurriendo sin sentido, es que la identidad étnica sólo es posible apreciar, o sólo sale a la superficie (se vuelve incontrovertible) en las relaciones sociales establecidas entre grupos étnicos que sólo a través de la diferencia notarán que son étnicos. Y esa diferencia es notoria no porque sea evidente sino porque al enfrentarse, para distinguirse, se marca. La identidad se muestra mediante los marcadores culturales fundamentales: la lengua y el vestido. Fundamentales porque son los más notorios, los que dan la posibilidad de identificar a primera vista, o a primer oído; los que podrían ser performativos¹⁹ porque ellos mismos son el testimonio de la diferencia, ellos son su significado intrínseco, lo que no significa que signifiquen solamente la adscripción a un grupo étnico sino que por ser símbolos, significan para quienes significan, y significan lo que significan. Ocurre también que los que los usan no sepan a qué se refieren los símbolos que usan, pero lo que no ocurre es que los que los usan no sepan establecer las relaciones sociales de la forma en que las relaciones sociales se establecen entre los que son parte del grupo. Los símbolos no son la cultura, sirven para adentrarse en lo implícito y entender los comportamientos. "Yo soy esta lengua" podría ser un enunciado performativo que no se enuncia, porque el que habla la lengua lo dice sin decirlo. Será performativo para el que así lo ve, que debe ser quien no está compartiendo lo que la lengua dice en su forma de decir. Por eso el que no entiende piensa que lo que se dice no importa, lo importante es que si es extraño, dice que extraño es. Ese entenderá las formas culturales como una manera de aislamiento voluntario, aislamiento

¹⁹ Del inglés performative: "Enunciado que constituye simultáneamente el acto al que se refiere".

estratégico (de la manera futbolística de la estrategia) y no como un sistema de relaciones que funciona²⁰ o que mientras él se extraña, significa.

Escribióse así el anterior párrafo: acordándose de las cosas que el escritor, y en ese momento pensador raudo, se acordaba de lo que otros decían. O inventándose el mundo a partir de los retazos de que disponía; de la misma manera en que las mamás de La Pajarera, con ropas en desuso, armaban colchas multicolores, multitelas. No olvido que la disquisición teórica que trató de tratarse en poco se parece al mundo, que más parecido tiene con otras imágenes que fueron pintadas con palabras en líneas que no son esta. Y no por no olvidar esto, resto importancia a lo que escrito fue; eso se refiere a cosas que en el mundo de la teoría justifican una ignorancia costosa (Vasco, 1999). El mundo de las cambiantes naturalezas, el mundo en el que la esencia se reduce al discurso que la postula, el mundo necio de la moda, es el que olvida los límites de su fuga, es el mundo que intenta ignorar que la condena es para todos y que nada nuevo, nada definitivamente nuevo, se cuece al calor del sol o al frío de la colección de invierno. Porque “todos los que nadie se baña dos veces en las mismas aguas se bañan nuevamente en las aguas del primero que repitió”²¹. No olvide, sin embargo, que los peros van y vienen.

Son cuestiones de elevado vuelo que no siempre estoy dispuesto a sobrevolar. Hay que dejarlas madurando para volver sobre ellas o para descubrir (no crear) un nuevo ángulo desde el que se pueden llegar a establecer nuevas relaciones. O no hay que volar tan alto dado que nuestras alas son de imprenta.

Por lo pronto, apunto mi decisión de distinguir entre la identidad étnica y la cultural. La étnica, entendida como la autoadscripción de un grupo de personas que se distinguen ya sea por rasgos culturales o por conformarse como organización de personas que se reclaman pertenecientes al grupo que conforman (cfr. Barth, 1976). La identidad cultural, como evidencia del sistema de relaciones con sentido que son compartidas por un grupo de personas esté o no organizado para reclamar derechos étnicos, sistema de relaciones que permanecen a lo largo de procesos

²⁰ Que un hecho social (a la manera de Durkheim) funcione, quiere decir que es pertinente en la vida social, en el desenvolvimiento de las relaciones que los grupos y los individuos establecen.

²¹ Diario de campo abril 26 de 2001

de duración, y que suponen elaboraciones de lo que en Durkheim son las categorías fundamentales del entendimiento; en otro sentido, más propio, la identidad cultural es identidad de *maneras*. Los elementos de la identidad cultural corresponderían a las formas en que establecen las relaciones entre ellos y el medio que los rodea, sus condiciones de existencia; relaciones que, dotadas de sentido, están vinculadas con el universo simbólico de quienes así se comportan. Así, el ámbito de la identidad étnica es el de las estrategias de un grupo de personas organizadas para alcanzar ciertos fines, es el ámbito de la autoidentificación y por tanto no se corresponde, forzosamente, con las formas culturales y el universo simbólico que sustenta sus comportamientos en la cotidianidad. Un análisis enfocado en la descripción de la manera en que los grupos étnicos marcan su particularidad para distinguirse como étnicos, es un análisis sociológico que deberá centrar su atención en las condiciones sociales que permiten u obligan las formas de organización y autoidentificación que se presentan. El análisis antropológico busca formas de captación de la realidad, busca poder entender un punto de vista para explicar comportamientos. Por otra parte, hablar de identidad performativa es reducir el análisis de los discursos a lo que ellos enuncian o a los intereses que involucran, los discursos deben ser además vistos como una evidencia antropológica de formas alternas de comunicación. Las palabras en un solo sentido no existen así como no existen los enunciados que constituyen simultáneamente el acto al que se refieren²². Como esta es la profundidad de las palabras, esta es, pues, una confesión.

“En los límites del evidente vínculo entre lo indígena y lo popular, o para restringir las palabras, entre lo inga y lo popular, siendo lo popular todo {lo que en San Victorino} no es inga {otavaleño tampoco} y siendo lo inga {también ecuatoriano} lo que no sé reconocer sino visualmente, está la superstición. No mal entendida o entendida en malos términos o términos peyorativos. La fe, la esperanza, la magia, la suerte. Ellos venden lo que la gente cree que funciona para atraer salud dinero y amor. Y el que tenga esas tres cosas que le dé gracias a Dios.

²² Eso en el mundo de la realidad que el mundo es. Es posible, frase que la reflexión me dicta, la reflexión es un hombre mirándose el ombligo por más de una vez, es posible, digo, que la frase “hablar mierda” sea una enunciación performativa. Un pero es que el que habla mierda no caga (el computador no conoce esa palabra, ¡como si no existiera!).

Que agradezca porque ese seguramente pidió; y el que no llora no mama, así que toca pedir. Pero también ayudarse y para eso están los amuletos, las contras, los riegos, los imanes, las patas de conejo y, quien sabe, también hasta las cabezas de mico o de perezoso.

“... el chumbe. Tejidos con un significado o varios, quién sabe. El chumbe, faja tejida tradicionalmente usada por las mujeres, pero que ya no usan, tiene unas figuras que representan. Habrá que mirar el libro {tesis de grado de Benjamín Jacanamijoy, en la que presenta algunos de los diseños del chumbe y los significados que tienen}. Porque lo que no está escrito no existe. Toca mirar el libro. No falta que tengan una figura que represente el tiempo y entonces ya tengo la tesis. Y en esa figura también el espacio y listo, está la disposición de los productos que venden {en los locales}, la manera en que caminan en grupos y la forma de organizar los discursos y los chistes que transgreden la lengua y {el modo en que disponen} las plantas en sus jardines”²³.

Eso escribí ese día, sin las reclamaciones entre corchetes. Y los inga no tienen jardines en sus casas porque lo que se necesita es espacio para meter a toda esa gente o porque de matas ya están hasta el codo, o porque estos barrios no se planearon con antejardín o postjardín, es más, no se planearon, porque nacieron siendo invasiones, invasiones que colonizaban las laderas de los cerros y que fueron subiendo y ya hay quienes van en la punta del mismo y sienten un frío muy frío en las tardes mañanas y noches de todos los días que es cuando al viento le da por soplar. Pero no de los barrios se ocupan estas letras que se quieren ir por donde les antoja, no señoras, aquí, en este párrafo, escribimos de las razones por las que los inga no tienen jardín. ¡Porque no les da la gana! Porque ya lo tienen, secándose al calor del sol o en una parte no húmeda de la casa, que no les dé a las maticas por seguir viviendo cuando las necesitan secas para hacer remedios. Cosa que pone de presente, en el presente que van siendo estas palabras siempre que se crucen, que cuando escribí las líneas del diario de campo, abril 10, no tenía idea de que en el librito de los chumbes sí iba a encontrar cosas y que en ese momento no me había atravesado por una casa en la que viviera una familia inga para apreciar la ausencia de jardín.

Tinto, será.

²³ Diario de campo abril diez de 2001

Tinto. Tenedor patas arriba. Botella de gaseosa sucia con vela blanca clavada en la boca. Así nos alumbramos cuando se va la luz. Así queda la botella, con la vela de mechón quemado clavada en la boca, sin posibilidad pronta de volver a ser gaseosa refrescante. Esos son pedazos de mesa con computador en proceso de envejecimiento, Tu equipo está caduco seis meses después de comprarlo, tienes que actualizarlo. La moda si incomoda, no da tiempo de acostumbrarse. Ya otra cosa ya otra cosa. Estas son las palabras que con los sentidos juegan para vislumbrar lo que los usos esconden. Oscuro. Una sabiduría simple, más bien práctica... eso será. Eso será.

Pinta de oficinista, Porque los sábados podemos ir sin corbata. Tinto fue. Es difícil apreciar los latigazos de inspiración etnográfica que un tinto puede hacernos sufrir. Más para usted que no sabe de lo que yo estoy hablando. Risa. Devuélvase a ver, que si no se devuelve no tiene sentido. También puede ser, Póngase en mi lugar. Establezcamos una relación, reciproquemos: yo escribo, usted lee y me cuenta. Y yo le respondo. Hasta podemos llegar a ser amigos y usted me regala alguno de sus hijos, no todos, yo le sirvo de padrino, yo lo(a) acompaño. El "será" es más difícil de explicar; será mostrarle cómo se usa. Más rato, luego vemos. Usted deberá decir, Ahhh buenobueno, miramos. Y dejamos el "será" para después.

Pongámonos de acuerdo en que las palabras se gastan. Eso ya fue escrito con ocasión de otro pretexto. No olvidemos tampoco que con el tiempo, con el diestro girar de las manecillas o con el continuo arrastrar de la sombra del sol, las cosas se aclaran o se disuelven, cosa también dicha, no todavía aquí, en la cantidad de líneas que lleva leídas, sino en otro lado, que no viene al caso recordar quien no pueda recordarlo. Espero que el tiempo que transcurra entre estas y otras líneas aclare las que no tienen ni ton ni son. De lo contrario serán un oscuro trabalenguas. Serán palabras que no alcanzaron a gastarse o que gastadas fueron escritas o así nacieron. -La oscuridad es la ocasión del tacto o la alada oportunidad del olfato.

Pero es que este no es el tema del que este capítulo se llena. En este capítulo se escribe de la fisura de la que el indio se aprovecha para sobrevivir siendo indio. Ah sí, el indio se aprovecha de que la gente cree que el indio sabe. Eso es. Y entonces sigue siendo indio así no sepa de

lo que la gente le pide; aprende, no a ser indio sino a hacer lo que la gente pide. Doña Pastora lee el tabaco las cartas la mano el cigarrillo el chocolate el tinto y se da cuenta si a usted lo están trabajando, ella sabe de eso, más oficios de gitana ejerce que de india; los de india también los sabe, pero es para cuando le piden remedios, de eso también sabe, sabe limpiar el cuerpo de espíritus y de males, sabe limpiar con aguardiente soplado, aguardiente con chonduro, que huele como a perfume, eso depende de la fe que el paciente profese; el tratamiento, no el olor del aguardiente con chonduro. Porque si no cree no funciona. Y muchas veces la fe depende de la lengua, Hay que charlarlos para que se den cuenta, dice don José.

Que, en bañándome los dientes, por las rutas de los hilos variados de pensamiento que en estas cosas me han ocupado los pensamientos, decidí que sería oportuno encender nuevamente el bicho este porque sí. Domingo, dicen los inga, hoy. Las líneas que siguen deberán versar sobre los profesores. Los profesores son los culebreros, Buenos hablar mierda pues, buenos pa la lengua, dice don José. Pero un indio es un indio así haya aprendido con los profesores, mi familia no los conoce como los profesores. Yo ya escribí del Cura, algo escribí. El Cura, hombre flaco de vestido sucio y peinado como engominado, hombre pálido, que, como usted recordará, pero yo lo recuerdo mejor, tocaba el himno nacional con los sobacos, hombre que charlatán debió ser, pero que, dada mi condición, aunque no se leyó El Sentido Práctico, no me charló a mí, lo hacía con otros. El Cura hacía el chance, adivinaba los números que en la lotería caerían, sabía en qué estaba usted pensando, y hacía trucos sorprendentes que congregaban jóvenes desocupados y niños curiosos, porque los niños siempre estábamos ocupados. El Cura fumaba cigarrillo y hablaba con los ojos entrecerrados, como dejando una rendija de pestañas, como escribió Bukowski que él miraba; el Cura era un vago. Y culebrero debió ser pero yo no lo vi.

Los profesores, hombres de lenguas sorprendentemente rápidas (los profesores que son los mismos culebreros aunque hay profesores que no tienen culebras sino pomadas quitamanchas y otros que venden el quereme que ligan al ser querido en tres días que le sacan los entierros que le atraen la clientela que le descubren enemigos que le salan al vecino hijueputa que le hablan mierda durante treinta minutos sin dejarlo

cerrar la boca para venderle el libro que tiene escrita la manera de usar adecuadamente las cáscaras de limón las conchas de caracol el tabaco en rama los imanes los hollejos de la papa el aceite quemado las oraciones y los santos que le dicen según la fecha de su nacimiento el número que debe hacer en el chance que le quitan esa caspa tan molesta que le dan el ungüento del amor que le dan el ungüento del desamor que le sacan una guaca que le dejó su tatarabuelo en la finca que vendió su abuelo y de la que usted no tuvo noticias que le mejoran la circulación que deje este paquetico así envuelto durante cuatro días debajo de la cama rodeado de cáscaras de limón en cascos al cabo de los cuales lo sacará usted de allí y verá lo que nunca nadie vio los profesores que no son los que usted está acostumbrado a identificar, que no se ofendan esos) y de pulmones extraordinarios y de zapatos embarrados de tanto caminar por los montes consiguiéndonos los remedios que nos harán la vida más agradable, sin ese mal aliento sin esos ojos amarillos y sin esos barro, para eso nos traen el purgante de hojas de boldo, el mismo que compran al por mayor a los indios de la décima, los inga que los venden como a cuatrocientos pesos la papeleta. Que no siendo ingenuos los espíritus que estas líneas leen, habrán de percatarse de que como los inga no sólo purgantes hacen, también los nombrados profesores compran riegos contras azabaches yagé reconstituyentes sahumeros y patas de conejo, que no hacen los inga pero que allá se consiguen, y demás que en otro párrafo tentado a la enumeración escribiré²⁴.

Los profesores, embusteros profesionales, culebreros, brujos, hierbateros y similares. De esos que en el centro eran fáciles de encontrar o los domingos, como hoy, al empezar la cuesta que a Monserrate va, allá conocí al primero que recuerdo. Esa gente es buena pero hablar mierda, dice quien dice, Allá saben estar comprando, Ay que si no me va'cer rebajita, saben estar diciendo, Eso la lengua le rinde, áhi la gente poniendo cuidao, eso es hacer propaganda, Eso es hacer propaganda, sí señora.

Doña Rosita. Señora de piel oscura y palabras arrebatadoras. Doña Rosita cocina lava barre prepara remedios contesta el teléfono, Habla con la Rosa, madruga y trasnocha y sale minutos más minutos menos a

²⁴ Y que como insinuado quedó que los inga, en general, hacen todos esos remedios, pues sí los hacen pero no todos; no todos los inga los hacen porque también hay quienes los compran al por mayor, una docena de purgantes o cinco frascos de reconstituyente, y los venden en los alrededores del cartucho, que también allí trabajan, o en la plaza de la Mariposa o en la casa amarilla, en donde vive la señora que nació y creció en las Cruces, pero que desde hace más de veinte años vive en Fontibón.

las nueve y siete de la mañana a coger la buseta que dice Puente Grande, la que la deja a una cuadra del puesto. Doña Rosita gusta de los colores vivos para sus faldas y sus sacos de lana, lleva el pelo largo adornado de largas y blancas canas y cuando por la calle camina con don José, para caminar con él, camina detrás. Pai mamita muchas gracias, Aaaahh bueno si señor mañana vemos ¿ya se vacostar? Haber será por favor que me lo puedechar seguro (mientras eso dice, entre sus dedos torcidos y ennegrecidos sostiene la cuchara y el plato esmaltado con la sopa que empezó a comer mucho después de nosotros, y empequeñece los ojos para mejor mirarme, que yo estoy en lo alto de la escalera, y cuando calla entreabre la boca y aprueba con la cabeza), Si señora yo echo seguro, que duerma que pase buena noche, Buenobueno mañana miramos, Mañana vemos si señora. Así, pero con las erres de cachaco y el tono de la voz de ella, la señora de historias embelesadoras. Después agacha la cabeza y coge la presa de pollo entre índice y pulgar y se queda mirando las rojas tabletas del piso del subterráneo de la casa, en donde funciona la cocina más grande que yo haya visto, en donde hace tres días se resbaló y se derramó una pailada de aceite caliente en el brazo derecho. Sesenta y siete años, seis hijos muertos.

Dejaré las rutas que he venido transitando, hagámonos a un lado que esto va demasiado rápido, tanto que ayer no supe qué escribir a continuación y me quedé acostado con los pies hormigueando porque, aunque no fue un día de bazar, que ni siquiera era domingo, estuve recorriéndome en varias de las vías que recorrido hube. Y a las dos de la mañana me abochornaron los pensamientos y no me dejaron dormir. Igual no seguí porque la ruta ardua nos puede llevar hasta el final, como para devolvemos y aún es pronto y las cosas pasan cuando pasan, no antes ni después. Y el tiempo de llegar a otro tiempo aún no es.

Hoy es martes, el día del planeta rojo, el del dios terrible combatiente, ea pues a pelear con las palabras que se niegan. Este capítulo trata de la cuestión que indaga por la diferencia. Escribiré que la diferencia está por todas partes. La diferencia es estadísticamente demostrable, cosa que la hace sospechosa. A la diferencia, no a la estadística que todo demuestra. La diferencia es la circunstancia que nos hace tontos, niños tontos, cuando queremos o demostrar lo igual o demostrar lo diferente. Porque todo es posible demostrar con los detalles elabora-

dos del elaborado detalle o con las cegueras máximas de la oscuridad o con la sordera máxima del sinsonido, O todo es cada uno o todo es cualquier cosa, diría quien lo dijera. Si en la diferencia de matices o en la de texturas o en la de rugosidades o en la de acentos nos fijamos, todo, por la razón que es la de buscar diferencias, es diferente, es cada uno. O todo es nada si de eso no nos ocupamos. La diferencia es la condición que cuestiona la posibilidad del conocimiento. El énfasis en la diferencia nos aproxima a la estupidez del dios Funes, con la mente enferma, finalmente ocupada en ella misma, en un instante de su mismidad. ¿Qué podemos llegar a conocer? El que no abstrae se arriesga a quedarse tumbado en el cuarto oscuro y callado recordándose el instante del rayo de luz. Por eso las palabras son el extremo ejemplo de la abstracción y la máxima ilusión del conocimiento. Porque el que conoce, palabras conoce y por palabras conocer, conociendo está lo que del mundo las palabras dicen. Consideraciones estas que, como todas las consideraciones, apuntan a apuntar algo. Alumbrar el tema de la identidad cultural con la luz del concepto de diferencia es caer en una trampa. Tantas culturas como dedos acostumbrados a sus costumbres propias. Y pocos (pocas), en proporción, son los (las) autistas. De manera que quien en la diferencia basa su discurso para distinguirse (étnica o culturalmente), lo hace por estrategia. Escrito.

Así que quedémonos en donde vamos porque según escribí, no aquí sino allá, este capítulo tropieza con la disertación sobre la relación ellos-nosotros. Esas rutas que esas cosas escritas tienen (las de la dirección del capítulo), ya me recordaron un libro de Cela, Camilo José, cuyo nombre como muchos hacen, no intento recordar. Pero ese libro oscilaba sobre el título posible del mismo y no sobre la variedad de tramas que mostraba. De manera que serán palabras acerca de la fundamental cuestión ellos-nosotros. La que es entre nosotros, los del barrio primero que trató el capítulo que fue y los inga, esos que aprendieron mañas de embustero y remedios de los que no sabían y los incorporaron, tantas mañas como remedios, que funcionan (que si no, no serían remedios), a un conocimiento sobre el que varios textos se han escrito²⁵. Esos manes si toman mucho, Será que tienen mucha, Nosotros no tomamos así, con

²⁵ Ver Argüello Sanjuán, Reineira & Romero, Graciela (1998), Congreso Nacional de Antropología (1989), Garay, Gloria & Pinzón, Carlos (1998), Pinzón, Carlos (1993), Solarte, J. & Büchely, M. (1997), Acevedo, A., Buitrago, B., Pérez, D. (1993) y otros.

esa repartidera, Que dele que devuelva el vaso que sirva que si ya tomó que repartamos que ofrezca, nooo qué complique. Y ese restoe comida, qué desperdicio, Áhi lecharán la madrea uno y sin entenderles pa revirar, Naaaa qué hijueputas no les haga caso al fin y al cabo gastan sí o qué, Son raros, si se pilla cómo se ponen de chimbadas, Pero saben, Ah claro esa gente sabe, Y huelen como a riego, Y las mujeres van detrás, Esas no le caminan al pié, atrás tienen que ir, Toditico lo que me dijo me salió, así, tal cual, Hacen fiestas como de ocho días, Y hablan un español áhi todo raro si o qué. No, esta mierda se me está volviendo como una colmena, ¡A callar! -A qué fuerza le teme este temor.

Ah bueno y entonces lo de la estrategia. Pues que cuando salieron de allá, o mejor, cuando los sacaron, les tocó buscarse la manera de vivir, y siendo indios que aprendían cosas que los indios aprenden y estando la gente necesitada de remedios para el cuerpo y el espíritu que estaba descuidado por los médicos, y siendo estos últimos costosos y razonablemente ignorantes de las necesidades del cuerpo que desconoce la razón, pues vea que ahí había quienes sabían de las cosas que debe saber el que de los males se ocupa. Bonanza para casi todo el que de allá salía, aprendía con los primeros y se independizaba, A colonizar Colombia. Las estadísticas, esas útiles chismosas, demuestran que los inga han ido creciendo aceleradamente en población durante los últimos cuarenta años (cfr. Muñoz, 1994 y Urrea, 1992) y que están dispersos por el territorio colombiano llegando a Centroamérica y Venezuela (cfr. Muñoz, 1994, Urrea, 1992, Garay & Pinzón, 1998 y otros). Es cuestión de acomodamiento, como las frenadas y las arrancadas del bus que sube al Dorado, al barrio de arriba de este que ya está arriba, en el cerro, las frenadas que acomodan a la gente que no se quiere correr, ¡Acomódense que le cabe más! Así pero no, usted entenderá que los símiles son sólo símiles, más completas las metáforas pero dejémoslas quietas. Escribo, pues, que ellos están ocupando el intersticial espacio que no se llena, están llenando una necesidad sentida.

Están brillando amarillos los bombillos amarillos de alumbrado público, de esos que han ido cambiando por los blancos, pero que siguen iluminando algunas de las calles empinadas y pavimentadas de este Santa Rosa de Lima, estas calles otrora polvorientas o embarradas, artificio mágico por el cual me remonto a un pasado seguro, debe ser

porque este es un viaje místico. El barrio de cinco meses de mi vida reciente. Dos meses solo en un sótano frío, tres de casa indígena con indígena familia, Costumbre'ndígena, diría don José. Bueno eso de no ser delicado, hay que saber comer sopa.

Casa verde grande encaramada a una de las innumerables cuestras, casa dos terrazas y perro parecido a Scooby, casa de don José, el mismo que nunca antes visto, me ofreció un rato de su día para hablar de lo que yo necesitaba, y abusivamente me tomé tres meses de su segundo piso y muchas horas de su trabajo, casa esta con olor al olor cuando el olor y olores de otros olores cuando ellos, casa de borrachera lúcida, casa de purgante arrebatador de tripas, casa de espejismos en las noches y despertares con tinto a la puerta y desayunos generosos, casa con altar en el subterráneo, casa que fui apropiando, casa de realizados sueños y de amargas amarguras, casa con anécdotas de otros y con anécdotas mías, casa verde menta toda ella y puertas metálicas todas ellas con llave, casa que me duele dejar. Hoy es miércoles, el tinto que hice fue consumido por cada uno de nosotros, que en sus ocupaciones ocupado estaba, en el silencio de los ruidos propios de cada oficio: ollas para doña Rosita, gorgoros estomacales y televisión para don José, enfermo después de una semana de borrachera en borrachera, gruñido de estabilizador y cpu acompañado de teclado para mí. Eso no es lo que importa, olvídelo si quiere, que lo que importa es que me siento dejándome en este cuarto grande con paredes verdes y piso rojo, me siento quedándome en la escalera que al baño da, me siento mirando la tarde que enrojece las casas de ladrillo y las de tabla y las de quién se que, me siento recostado contra el muro de la terraza escuchando a la gente gritar el gol de Córdoba, los escucho gritar tan contentos y brinco en la terraza y me siento bañado por la que alguien, de quien usted sabrá más que yo, llamó "la ternura de los pueblos". Y me pongo contento triste saudádico de ver tanta gente abrazándose en un barrio peligroso y marginado de esos a los que pocos quisieran irse a vivir. Un barrio de esos en los que vive la mayoría.

Este capítulo no debe decir de la casa, o sí pero de otra manera, Pero es que las maneras son las costumbres de las manos y las mías tienen las suyas, dejémoslas a ver qué pasa. Que sigan; que no se fuercen que se pueden herniar y quién ha padecido de una hernia en la línea de la

vida; yo tuve una según el doctor fulano de tal, de Fusa, hernia umbilical que fue cediendo pero me dejó el ombligo sucio o percutido será; mugre encarnado. Aquí mis manitas escribiéndome, allá sus ojitos leyéndome. Que no se diga que no hay espacio para la ternura. Si cupo la de los pueblos por qué no la de nosotros.

Alargándose está el capítulo, el capítulo buen título; porque a estas alturas, o a estas profundidades²⁶, ya título existe, y bueno, me parece. Como estas líneas impreso tienen mi parecer, los que quepan, no diré que eso no debe ir aquí, porque de lo que estas líneas deben discurrir es de lo que discurrieron y discurrirán.

²⁶Ya sabes que lo escrito escrito fue; pero si sirve que sirva.

UNA COLCHA ES UNA COBIJA DE RESTOS DE ROPAS

Documento uno capítulo tercero. El credo. Yo, pelos rebeldes, boca entreabierta, esperando palabras que me iluminen la noche en la casa en que estoy, lejos de donde estaba. Esto no es Santa Rosa de Lima; nuevas condiciones intentando las viejas palabras que serán mi credo y las sutiles historias que las confirmarán. Varias son las cuestiones de nosotros los que nos cuestionamos y buscamos las razones. Yo tengo un rompecabezas para compartir. No tan difícil. No bien armado. Apenas como para arroparme la observación, que no fue porque en sentido estricto no vi nada y por tanto no fue en un momento iluminado, o lo olfateado, que tampoco y por lo mismo no fue un momento de inspiración, o lo palpado, que no siendo así como fue no podría llamarlo un momento de éxtasis táctil, o lo gustado, que nada tenía en la lengua más que babas y por eso no podría escribir que fuera un momento de deleitación gastronómica, o ¿cuál me falta? La cosa es que tampoco fue el juego de los sentidos el que me llevó al hallazgo o a la relación de la que escribiré más luego. Estas líneas le buscan el abrigo, como para que no se sienta con mucho frío en el momento de exponerla.

Y como escrito quedó que el de la diferencia no era el tema del que yo quería hablar, o si lo era, no era la diferencia por ella misma, tendré que sumergirme en esa cuestión que por ser la primera en abordar será la cuestión primera. Escrito ya fue, pero no sobra volver a escribirlo, que como Saramago, autor inspirador, en un libro de cuyo título, como ya me ha ocurrido, no puedo acordarme, como él escribió, tecleaba, Nada hay que escribirlo una vez sola, y, en consecuencia, volveré al asunto de que la diferencia es diferencia para el que así lo quiera y que demostrarla o encubirla puede llegar a ser embustero y falaz. Y todo el asunto ese

del dios Funes, memorioso y perdido en su arrebatadora lucidez, arrebatadora porque lo arrebatava, como a nosotros jugando bolas en el tierrero, cuando no existían más cosas que los tres huecos y la posibilidad de salir a eliminar, enunciación que ahora me parece aterradora dadas, como siempre, las circunstancias, algo así pero doscientas treinta y cuatro mil veces (más) más precisos, los recuerdos vivencias de Funes, el inolvidable.

¿Entonces a qué me referiré cuando de la identidad cultural, esa que no es performativa, quiera escribir? No será un tratado sobre la diferencia cultural, que por diferencia ser, algunos podrían pensar que es una cuestión de identidad; pues la de la identidad no es cuestión de diferencias, que como su nombre lo indica, la identidad se refiere a lo que es lo mismo. Postulado que nos devuelve, porque si no se devuelve no tiene sentido, al problema del conocimiento, mal tratado en las líneas que van (y no maltratado a pesar de eso), y de las cosas que podríamos llegar a conocer. La identidad lógica no es posible; lo que es igual sólo es igual a eso mismo en ese instante porque la duración anula la identidad (Páramo-Rocha, 2000). Y de duraciones también discurre este escrito. Metámonos en ese río, el que va raudo por los senderos de las manecillas y por el gotear de los espejos de arena y por el de los espejos delatores de la vejez prematura y de la otra. En esa duración que es discurrir, fuga hacia lo futuro nuevo (en donde lo único perdurable es la locura-sensatez del tiempo), la identidad lógica es imposible. Entonces tampoco de identidad trataría este tratado que de identidad cultural quiere hablar.

Truco entonces, no voy a hacerme zancadillas. No escribiré que la duración en fuga permanente hacia el futuro no me ocupa y que por eso de identidades si podré hablar, no lo voy a escribir. No trazaré con los dedos tecladores las palabras que digan que no parto de la suprema diferencia sino de la suprema semejanza; en todo caso es de esa manera como aparece la diferencia, cuando, por costumbre, tratamos a todos como a todos tratamos y aparece la incoherencia; no voy a escribir eso. Si bien es cierto que el problema de la diferencia me parece un falso problema, si es tratado de la manera en que postulé que podría tratado ser, el de la identidad cultural, y esto ya fue escrito, deberá ser abordado porque supone ignorancias costosas o porque puede tener consecuencias molestas (Vasco, 1999), que a la verdad (la verdad aquí

es el relato de la vivencia, porque de vidas se trata) faltan. Supongamos que la experiencia existe por fuera de sus maneras de registrarse, entonces el problema de la identidad cultural es un problema de foco; entonces el problema de la identidad cultural es un problema de sintonía; entonces la diferencia cultural es una cuestión de simpatía; la cultura es una cuestión de las experiencias sensibles de las manos acostumbradas a sus costumbres; la identidad se refiere a los compartidos gustos por el gusto de los mutes u otras sopas igualmente apetecidas o aborrecidas; el límite del mundo es el límite de los sentidos pero los sentidos están domesticados. Eso partiendo de la premisa que fue la primera suposición pero que no es, como ya usted lo leyó en el primero de estos consecutivos capítulos que va leyendo, la convicción del escritor nocturno de desvarios varios, que esta noche tinto había olvidado pero que ya extraña, es la de que la experiencia no existe por fuera de las maneras formas talantes estilos géneros tácticas medios fórmulas guisas suertes sonos de registrarla. Eso hace menos justas las consideraciones acerca del asunto de la cultura, la cultura pasa de ser una cuestión de apreciación de la realidad a ser una forma de vida, y quien dice una forma de vida dice un mundo compartido por quienes de esa manera viven. Y un mundo es un mundo; en el mundo en el que todo es como es en el mundo, puede aparecer algo que no es de la forma en que debe ser; cuando eso pasa, cuando las maneras se extrañan, aparece la diferencia. La identidad cultural es identidad de maneras. Estas son cuestiones serias, tanto como para que el escritor se vea tentado a no revelar la aparición de que es tema este montón de palabras. No olvidemos la violencia simbólica que supone el universalismo de mis académicas maneras que pretenden atrapar las que trato de mostrar (Bourdieu, 1999). Por otra parte, soy yo quien la aparición tuvo; a ver quién puede experimentarla por el artificio literario que lo ocupa. ¿Usted?

Ellos, don José y doña Rosita o doña Rosita y Florentino o doña Rosita con ella misma, llegaban, eso dependía de quien con ella llegara, como a las siete menos cuarto o a las siete o a las siete y cuarto. Ese día, esa noche más bien, metí la llave verde en la ranura de la chapa extrañado por que siendo, como eran, las ocho y pico, no había luces encendidas en el corredor, más fue la sorpresa cuando me di cuenta que la segunda chapa también estaba echada. Ellos no estaban. Esa noche trasnoché

en el computador y dejando de aplazar lo que había decidido empezar el siguiente lunes, empecé escribiendo unas líneas sinceras de tintos y de casa ruda, que así le llamó Omar, y de capítulo primero de una tesis. Esa noche empezó la historia con nombres inventados y no hablaba de ellos y su ausencia era la excusa y su presencia era la excusa. Esa noche estuvieron de visita en donde la prima de la señora Rosita, la tía Pastora, que se había trasteado a Las Mercedes (el segundo de mis barrios en Bogotá) después de haber vivido en La Primavera y en Usme; trasladó con su cama y su estufa el centro de atención en cuestiones de salud y hechicería que la hizo famosa en Popayán y del que vive bien en Bogotá. Estuvieron visitándola y como una visita no debe rechazar lo que le ofrecen, tomaron aguardiente durante toda la noche y a las ocho de la mañana, minutos más minutos menos, me despertaron de mi trasnochado sueño mañanero. Esa fue la única noche que dormí solo en esa casa; solo, con el perro, las terrazas y el Taitico, que en el altar de su cuarto era iluminado por una veladora gigante, de esas que también en los puestos de los inga se pueden comprar, pero que ellos no hacen. Empezó el viaje místico por el que ellos se iban a transitar las calles de mi juventud mientras que yo, por las calles y corredores de mi niñez, buscaba sus huellas y encontraba retazos de colchas y pitos aullantes y nostalgias verdes, del color de los árboles de navidad que vestíamos mi mamá y yo con esqueletos de matas de espinas; verdes, como los días rojos de la navidad²⁷.

Habrán de venir mañana. Yo iré por ellos; vendrán a conocer la casa nueva que en arriendo tomó mi mamá; vendrán a por la cerveza y el aguardiente; por la comida; pero sobre todo, vendrán a visitarnos porque somos amigos. Si así no fuera, yo no podría haber vivido en su casa pagando una exigua suma por el arriendo de la pieza de paredes verdes y techo blanco y azul semblante. Vendrán porque somos amigos y nos hacemos invitaciones recíprocas de vez en cuando. Y pondré la música ecuatoriana que Florentino compró en Pasto cuando viajó, hace más de dos meses, a Santiago. Hoy es sábado. Siete días desde que ya no duermo en esa casa, siete días han pasado con sus noches minutos y horas, siete cenas siete desayunos siete medios días. Si ellos no volvieron a visitarnos así no sea en la misma casa, si yo no volviera a visitarlos al

²⁷Verdes como los días rojos de la navidad, vea usted. Daltónico y nocturno, póngale cegatón o cuatrojos hijueputa.

puesto o a la casa, no tendría sentido ese transcurrir que lo que ha logrado, siete días son poco, es acercarnos en las memorias que guardamos. Cosa distinta es que yo pueda llegar a contar mi estancia de la manera en que lo harán ellos. Todo esto es un intento de lo aprehendido, esto es un intento de acercamiento narrativo a una forma.

Las formas o serán las maneras o la costumbre será. ¿Cómo se llamará eso? Llamáronlo algunos el sentido común (Vico, 1995) y otros las propensiones a ser y hacer (Bourdieu, 1999) y otros las razones que la razón desconoce (Pascal, 1984); también, de alguna manera, las estructuras (Lévi-Strauss, 1970). Alguna de esas cosas será. A ver si de acuerdo nos podemos poner: existen actuaciones compartidas (actuaciones con sentido), unas conscientes otras inconscientes, existen símbolos²⁸ que condensan relaciones, relaciones entre actuaciones²⁹, que son finalmente, evidencias de las relaciones y relaciones ellas mismas; toda actuación es simbólica. Existen comportamientos, y pueden ser explicados como costumbres (ritos o herencia milenaria porque desde siempre ha sido así; como transportarse en buseta de un barrio a otro de la ciudad, y los barrios han existido siempre) o pueden ser explicados a partir de los símbolos compartidos por quienes así actúan, pueden ponerse en relación las actuaciones del cuerpo con las representaciones de la cultura en la que el cuerpo se haya inscrito. También pueden ser explicados como producto de las contingencias estructurales que sufren los grupos humanos; y ese, ya fue escrito, es un análisis sociológico. Ese análisis también deberá explicar el interés mío por mostrar que los indios, aún en ciudades como esta, sí existen y comparten unas maneras que son evidencia de mundos ricos y poco explorados y poco conocidos y que no todas esas actuaciones están sujetas a las contingencias. Las maneras, será el término que usaré para referirme a las disposiciones del cuerpo, son las costumbres de las manos y las costumbres de las bocas y las costumbres de las piernas y las costumbres de los cabellos y las costumbres de los brazos y las costumbres de los esófagos y las costum-

²⁸ Todos los símbolos relacionan metafóricamente conjuntos de cosas sociales. Todas las cosas sociales serán símbolos. Aquí me referiré a las representaciones que por su alto grado de abstracción relacionan aspectos varios de la vida social, serán símbolos especialmente reveladores. Pienso en los varios sentidos que para nosotros puede tener un reloj de arena, una palabra, una hoz, una espada, un arpa, unas alas, un ruiseñor. Un símbolo de esos será la ocasión de varias relaciones juntas. Y será la revelación de un sentido profundo o de una disposición de las representaciones del cuerpo culto.

²⁹ Actuaciones del cuerpo. Como hablar, como rascarse, como saludar, como invitar, como rechazar como trabajar.

bres de las narices y costumbres de los oídos y las costumbres de los ojos. Las maneras son relaciones de actuaciones y evidencias de relaciones. Las maneras no se acaban en las manos ni allí empiezan. Las maneras son las costumbres del cuerpo que desconoce la razón. Las maneras son aprehendidas. Las maneras son sus propias razones³⁰.

Las maneras son las disposiciones previas a los actos. O son los acuerdos implícitos. No son normas de etiqueta, esas han sido llamadas buenas maneras, yo hablo de todas. La manera del hombre pensativo es con la mano en la barbilla y la mirada perdida, la manera de ver un cuadro es la manera que el pintor previó, por eso el arte muchas veces satisface necesidades no abiertas a la razón. Como la oscura fuerza que nos lleva a escuchar algunas flojas canciones en algunas sombrías situaciones. La manera del llanto es previa a cualquier lágrima y a cualquier tristeza o alegría que la ocasiona, la manera del llanto es una invención socialmente acordada y nunca discutida. La manera del insulto es así y su efectividad depende de la buena puesta en escena de la manera. Las maneras son previas a su realización, previas a la risa y el chiste están todas las variaciones de la risa y el chiste. Todas las variaciones con sentido del acto son la manera anterior (y posterior) al acto. Las maneras son indiferentes a su realización, son eternas; paradójicamente, sin su realización las maneras no existen. Prefiero, por eso, el término "maneras" a los otros que enuncié, porque se refiere a la puesta en escena de las posibilidades de la manera. A eso es a lo que el etnógrafo puede acceder, a la realización de las maneras, que no llamo comportamiento porque pierde su carácter de relación. La puesta en escena de una manera, la actuación, es la evidencia de la relación de la manera representada por una de sus formas y de la manera en el sentido de testimonio de formas de realidad; por la reiteración de tipos de actuaciones accedemos a la abstracción que pretende la utilización del concepto *manera*.

Ahora, domingo o domingo, antes de irme por ellos, tomo asiento y a leer lo de las maneras. ¿Quién ha dicho eso antes? Ayúdeme lector leído. Otra cosa será escribir que las maneras, siendo costumbres, son de larga duración. ¡Braudel! O sea que duran mucho tiempo en el río del tiempo, como los escritos del Vallejo ese, manitronchado y delicado, se

³⁰ Cosa que no quiere decir que sean mecánicas las maneras. Como en el capítulo segundo fue escrito existe la acomodación dentro de un marco que constriñe, allí las maneras se fragmentan a veces pero a veces, también, persisten.

llaman. Ese es mi parecer acerca de las dos cosas: de Vallejo y de la duración de las maneras. Las maneras de los ríos son inteligibles en las formas que muestran. Los ríos son ocasión de pensarnos las duraciones o las relaciones entre acontecimientos. Yo sé de un río que, siéndolo, no es río del eterno devenir discurriente ni de la fuga irremediable; ese río del que noticias tengo, sin periodista ser y sin aspirar a serlo, sirve para comunicar las múltiples orillas que lo abrazan. Estando embarcados en el río de los espejos lunáticos y de las aguas esquivas, son las maneras costumbres de los cuerpos que duran largamente. También sé de una muerte, que siendo infinito mar no tiene orillas que comunicar. Esa muerte debe ser como un río de aguas quietas; mejor, como un río sin orillas, como un río con aguas de curso continuo.

Dejémonos de insinuaciones, esta es la historia escrita con lentitud para de igual manera ser leída. Las maneras son las costumbres de los ojos porque las ojeras son los ojos trasnochados. Las maneras son las costumbres de los ojos porque los ojos no ven todo lo que los ojos ven; alcanzan a ver sólo lo que sus maneras permiten; en otro sentido, lo que sus maneras permiten es todo lo que existe.

Lunes. Ayer sobraron los visitantes. Este párrafo debería estar en el capítulo anterior, por lo que dirá, pero está aconteciendo en este capítulo y no tengo intenciones de moverlo. Ayer hubo mucho sapo. Tengo la molesta sospecha de que los amigos de mi mamá buscaban rascarle la barriga al buda. Hijueputas. Nosotros, los que pescamos en los ríos revueltos de la ocasión, los que acechamos a la suerte. No más.

¿Qué es un acontecimiento? Un acontecimiento es porque unos historiadores así lo decidieron (Carr, 1984). O sea que la historia³¹ organiza una serie de acontecimientos y los relaciona con el fin de mostrar una forma en que esas relaciones son útiles para explicar el presente o el pasado como un todo coherente. Y el orden es el orden, es decir que unos acontecimientos van antes que otros y otros van antes que unos, se establecen relaciones de antecendencia y consecuencia. Y esa ilusión nos hace creer que el orden es orden causal o sea que los acontecimientos son continuos³² o sucesivos; y por así ser, su continuidad es en

³¹ Quisiera, para evitar ofuscamientos y malentendidos, referirme aquí a la historia episódica o acontecimental. Por otra parte, el interés en referirme a la Historia es el de recordar que su forma narrativa tiene elementos que por complacernos a la hora de explicar un suceso son etnográficamente significativos.

³² Cuando escribo continuidad me refiero a la persistencia de la forma del tiempo que es en fuga o que es río irremediable. O a la continuidad matemática que es posible vislumbrar en la idea de la línea.

el tiempo o su continuidad es la del tiempo; es, además, unidireccional. La continuidad del tiempo es sólo una idea, una manera de ver el sol y los ríos y los espejos y la muerte y la vida. En rigor, los hechos que muestra la historia, cuando decide la historia que son hechos, son discontinuos (cfr. Páramo-Rocha, 1979). Lo que hace que organicemos de cierta manera los acontecimientos en un relato que pretenda mostrar las cosas como pasaron, es que tenemos una manera de recordar o en nuestro mundo un hecho no es sin relaciones de antecendencia y consecuencia; no podemos relatar sin relaciones de continuidad cronológica. Los hechos históricos son discontinuos porque, siendo como ya fue escrito que la experiencia es todas las maneras de registrarla, y dependiendo las maneras de las maneras, o sea que la narración histórica está supeditada a la forma de narración de la historia, es decir que la historia es una forma narrativa que tiene sus presupuestos, los hechos que establece no guardan entre sí más relación que la que el narrador puede establecer. Los hechos no determinan la forma de presentarlos sino que son presentados de acuerdo a una manera. Por otra parte, y aunque de la idea de la continuidad del tiempo dependa la forma narrativa de la historia, el relato histórico va dando saltos de hecho en hecho de acontecimiento en acontecimiento, resaltando y enfatizando y pormenorizando unos momentos y otros no (cfr. Páramo-Rocha, 1979). El tiempo de la historia padece de ritmos; aceleración y desaceleración de la historia. Cosa que tampoco es la prueba de la discontinuidad del tiempo histórico y no lo es porque la idea de aceleración, positiva o negativa, presupone un sentido lineal más lento o más rápido o porque la sucesión sigue siéndolo y finalmente los discontinuos puntos que son los acontecimientos significativos para el historiador se pueden abstraer en la línea que es relato histórico acontecimental; más prueba será escribir que, dado que el historiador es un personaje ubicado, el relato histórico es un devolverse hasta un cierto punto desde la línea que sería el tiempo y que como consecuencia de la reorganización de los hechos con el fin de mostrar cosas que en ocasiones no fueron interesantes pero sí en el ahora que es el de la escritura de la historia, la continuidad del tiempo es quebrada. Toda narración es discontinua.

Siendo que ya el párrafo que antecedió a este, consideración que considera que usted lee en el orden en que yo le propongo, postula que la

historia tiene una forma narrativa que es evidencia de nuestra manera de ver los ríos y el movimiento del sol y bla, y el sentido de la vida finalmente, del tiempo, padre tiempo devorador de sus hijos, los que nos consumimos frente a los espejos y que invertimos porque el tiempo es oro, ya que eso pasó en el párrafo precedente, es esta la ocasión de proponer que en otras formas narrativas debe ser posible encontrar otras maneras de los ojos frente a los ríos y los mares; los mares que son el morir y las mares que la muerte son³³ (Quevedo, 1994). La historia muestra nuestra manera de enfrentar la duración; nosotros, los del reloj acosador. Esta debe ser la historia del problema de la historia o la historia de las que no son historia, pero no fue posible porque este no es un relato del poder.

Bien, este no será un párrafo de ideas desarrolladas y últimas noticias. Aquí acontecerán frases sueltas amarradas de mí. El presente no se nos escapa sino que es nuestra condena, el presente es lo irremediable. El presente es el conjunto de los pasados; el pasado no está pasado y en consecuencia no desaparece sino que aparece retomando formas. ¿Será por eso que todo ocurre en el presente? Lo que pasó es lo que podemos llegar a recordar y nosotros somos nuestros recuerdos o el presente es la total relación de los pasados. Lo único continuo es el presente pero el presente es tan delgado como una imaginaria línea y tan ancho como el redondo mundo. En un sentido la continuidad es una ilusión (no una mentira) y en otro la continuidad es todo. Lo único continuo es el presente pero, por ser instantáneo, el presente no tiene duración, es tan delgado como una línea imaginaria en uno de sus imaginarios puntos. Y por la presencia (consciente o inconsciente) del pasado, el presente es tan ancho como el mundo, es todo. Siendo el presente lo único continuo es también la única ocasión del pasado, los pasados sólo ocurren en el presente. Si los pasados sólo ocurren en el presente, esa circunstancia lo hace discontinuo. La continuidad es, entonces, una manera del recuerdo y es la ocasión de los proyectos. Si la continuidad es una manera del recuerdo, la continuidad es una idea y el presente es eterno. Cuando el tiempo se puede perder y vivir es estar muriendo, son los proyectos una forma de perder el tiempo y una obligación. Los pro-

³³ "...Antes que sepa andar el pie, se mueve camino de la muerte, donde envío mi vida oscura: pobre y turbio río que negro mar con altas ondas bebe..." (Salmo XVIII de Quevedo y Villegas, 1994, 27)

yectos son las relaciones que instauramos con el futuro. El futuro son todos los presentes que le caben. Y los realizados proyectos son una millonésima parte de los presentes que serán. La idea del futuro es una lágrima gorda que llora la fuga del tiempo. El presente es también la ocasión de las maneras que aún no son nuestras (por eso las maneras son aprehendidas); pero una vez aprehendidas, las maneras son eternas.

Dos días van desde que por última vez oprimí tecla alguna para organizar un documento que sería impreso. Dos días que por el anhelo de esta mañana me hacen ser un escritor diurno; yo tan acostumbrado a la nocturna ocasión de las palabras. De ocasiones discurro. La ocasión es alada, es la oportunidad, es el instante (Panofsky, 1972). Es alguno de los continuos presentes; no todos. ¿Y por qué aquí las ocasiones? Será que es esta la ocasión que llega ella sola y me llama a salir de la cama para ser anunciada con las palabras que me ha dictado. O debe ser un demonio mañanero que de la cama me sacó con las palabras que se perdieron mientras el aparato se despertaba y yo miraba la frialdad del día. ¿Será que ya se fue la ocasión de la ocasión? Quisiera escaparme de este tiempo juez que me señala por no hacer lo que debí; que por el tiempo devorador de sus hijos (nosotros, los hijos de Saturno), es ahora lo que debo. Otra será la ocasión de las deudas confesadas. Y será en esta hoja blanca virtual que de virtualidades se llena.

Es la ocasión otra lágrima gorda que llora el afán del tiempo, ¿Sí ve?, ya otra cosa ya otra cosa. Tanto es así que la ocasión no es; fue.

Que como de maneras hube hablado, por haber hablado de ellas las escribí. Que como de maneras hube escrito sobre ellas al lado de ellas o dentro de ellas habré de escribir más. Si las maneras son relaciones y evidencian relaciones ellas mismas, algo en ellas habrá de las formas de apreciación de lo que han llamado, Durkheim entre ellos, las categorías fundamentales del entendimiento. Tiempo espacio género causalidad sustancia (Durkheim, 1993). Ahí están y a las cosas hay que buscarles su ritmo como a las fórmulas lo que dicen y así poder destruirlas. Y cuando lo hagamos destruimos lo anterior o nos resignamos a las fórmulas o encontramos una que nos permita vivir encantados. En las maneras es posible vislumbrar, pues, la apreciación temporal o espacial o causal o bla. Es decir que hay que pasarse un rato viviendo entre la gente para medianamente hablar de lo que sus maneras significan o

relacionan. Porque esas cosas que significan o que relacionan o que no podemos llegar a entender hacen parte de las razones del cuerpo, que por la razón no son todas explicables. Nosotros, los que buscamos las razones.

Estas serán las tímidas líneas sobre la naturaleza del tiempo. Estas son mis ocurrencias al respecto. El tiempo es la manera de organizar los acontecimientos por la memoria; el tiempo es la manera de la memoria; las narraciones presuponen el tiempo de quien las narra, o sea que el tiempo es una oculta manera. Creo que el tiempo no depende de la manera de organizar la continuidad de los acontecimientos o de la manera de organizar los sucesos. Los sucesos son los que se suceden. Y creo que la del tiempo tampoco es una cuestión de duraciones porque la duración sólo existe dentro del tiempo que la registra. Me convengo, cada que sobre ellos vuelvo, de que el tiempo es la manera de relacionar los acontecimientos. Elías escribió que el tiempo no existe sin la comparación entre dos o más procesos de los cuales se toma uno como punto de referencia (Elías, 1989) pero yo creo que la idea de proceso, como secuencia, ya presupone una idea de tiempo. Yo creo que lo que se comparan no son procesos sino modelos de relaciones entre acontecimientos. Un reloj es un modelo de acontecimientos sucesivos y continuos; un tejido es un modelo de relación entre acontecimientos que pueden no ser sucesivos porque están en la misma línea de tejido, son simultáneos; y pueden no ser continuos porque se refieren al diseño de que son imagen, ya ocurrieron. O porque si así no se recuerdan, no fueron así.

Dentro de ellas mejor. ¿Cómo he de salirme de mis maneras?, Aprenda otras, Eso intento, Entonces el intento ya no son las tuyas, Mientras lo intento estoy vivo, Y eso qué, Que vivir es vivir con el cuerpo y las maneras son las razones del cuerpo, Allá usted.

La consideración de la forma en que un grupo humano asume el devenir de los acontecimientos o enfrenta la sucesión de acontecimientos que forma la vida diaria en la búsqueda de sus temporalidades, no supone maneras de apreciación temporal que no entiendan que los acontecimientos se sucedan como las aguas que nunca serán otra vez probadas. El tiempo no depende de la forma en que se asuma el flujo continuo de acontecimientos porque el flujo continuo de acontecimientos es ya una manera de apreciación temporal. Como el tiempo no se refie-

re a la manera de organizar el flujo continuo de acontecimientos, el tiempo se refiere a la forma de relacionar los acontecimientos que se dan o que se dieron en la vida, porque las cosas no pasan por fuera de la vida. Las maneras, ellas solas, no consideran otras maneras. Sólo las maneras de los estudiosos de las razones pretenden agotar las maneras todas, consignarlas y agotarlas y ser universales en todo el sentido del universalismo (cfr. Bourdieu 1999). La naturaleza de una manera de apreciación temporal no se muestra, se vive. Otra cosa es tener vidas tronchadas e insertas en condiciones que nos rodean de maneras contradictorias.

La naturaleza de los tiempos no se refiere a duraciones sino a relaciones entre los acontecimientos de una forma cualquiera de registro de la experiencia. Porque la experiencia se reduce a lo que de ella podemos llegar a recordar. Por eso la narrativa, no la poética, o sí si la poética es toda, es la relación de los hechos que la narrativa considera; la narración, que ella misma es la experiencia, es la manera de manifestación del tiempo. Eso sí quisiéramos abstraerlo por fuera de las vidas que lo viven. ¿Cómo asumen los indios tales los relojes en Bogotá? Pues no los asumen cuando no y sí cuando sí. Cuando el tiempo se devuelve no se está devolviendo, está experimentando la naturaleza del tiempo.

La gracia social ocurre en los momentos en que las normas se flexibilizan (Rosaldo 1991). Los inga de Bogotá viven todo en un estado permanente de gracia social, por eso es posible vivir el tiempo de los relojes al lado del tiempo de los chumbes; así lo voy a llamar porque por ahí llegué.

Dejemos eso. El estruendo de la caída de los árboles que en el jardín de esta casa hacían sombra y no daño, el estruendo de su caída, no me despertó. A nosotros no nos gustan los árboles sino las canchas de tejo. Debe ser eso lo que pasa o que las prácticas razones del dinero venidero no me satisfacen por no ser quien de la casa paga el arriendo. O que los cuerpos de mi mamá y Rolando, su marido, están hartos de los árboles que en su infancia estaban por doquier y que quizá por eso ningún encanto les merecen (debe ser, esto lo pienso en un ahora tan lejano -que casi mágicamente estará haciendo parte de su presente-, que esos árboles de café en filas interminables no tenían encanto alguno). En las casas de los inga tampoco hay árboles, ni matas en materas. En cambio, los inga de las matas viven, los inga viejos,

casi todos. Me dirá que eso no es preciso; y yo escribiré que así es; y yo diré que bueno.

En algún lado habrá de quedar mi inconformismo por cosas como esa, la de los árboles talados. Ahí quedó. Ellos llevan veinte años huyéndole al campo y yo llevo otros tantos queriendo ir allá de vacaciones. Tampoco quiere mi mamá tener noticias de La Pajarera. En ese sitio las mamás hacían colchas con pedazos de pantalones camisas camisetas chaquetas vestidos faldas y demás ropas que no fueran de lana o de un material igualmente muy flexible. Nunca usaban restos de calzones o calzoncillos ni brasieres. Cortaban rectángulos tirando a cuadrados y los cosían hasta obtener una cosa que se parecía mucho a una colcha. Luego se inventaban una arandela con alguna de las telas que sobraban; la arandela no circundaba completamente la cosa, quedaba sin arandela el lado que a la cabecera debería ir; para que si usted dormía con la boca abierta no se fuera a meter el trapo ese a interrumpirle los ronquidos. Después de la arandela y una vez tendida sobre las demás cobijas la cosa se convertía en una colcha. En rigor, una colcha de esas funcionaba siempre como cubrelecho. Alguna consideración estética hubo de por medio. También alguna económica.

La consideración de la colcha que leyó usted es la del sentido propio que debe tener lo que hago. O que no entiendo a veces lo que en los libros encuentro. O que me he dejado encantar por el narcisismo post. He pensado a veces que el colegio y la universidad me han castrado el pensamiento. Esta es, pues, mi colcha, que con la intención que fue la del primero de los párrafos de la colcha, fue cosida. Puede pasar que se lea soberbio, pero lo que creo es que son soberbias las palabras que quieren quedarse escritas, no el pensador boquiabierto que las pare. Para eso debieron inventarse las citas; para eso está la bibliografía y la conciencia de que nada nuevo ha sido dicho³⁴.

³⁴ Si consideramos "La Biblioteca de Babel" y pensamos en la sentencia esa de que "Hablar es incurrir en tautologías" (Borges, 1956) y en la no fantástica situación por la que todas las bibliotecas han de poseer libros en los que las variaciones posibles de los 25 símbolos ortográficos han sido agotadas, no deja de ser fantástico pretender textos completamente inéditos.

DE VIDAS Y DE MARES, DE RÍOS Y DE MUERTES, DEL TIEMPO ENTRE LOS INGA DE BOGOTÁ

Heme en el borde de un cerro desde donde el sur de la ciudad se ve; se ve bañado por un sol polvoriento. Heme aquí en las alturas ciegas a los detalles y abiertas al caos; y resignadas a la abstracción. Abajo las personas, diminutas, caminan las calles y se bañan los dientes y cocinan papas saladas que comerán con frijoles y arroz, abajo las personas diminutas se apresuran a coger buseta y a pedir rebaja, extienden sus mojadas ropas sobre las tejas de lata y escuchan emisoras de amplitud modulada. Abajo las personas diminutas no ven en la cima del cerro a

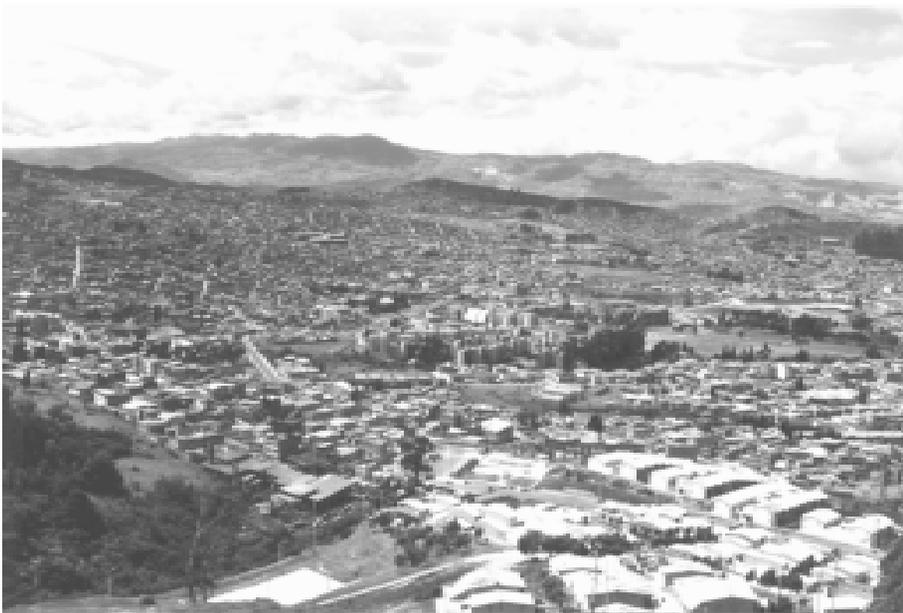


Foto 4: El sur, Alturas resignadas a la abstracción

un man despeinado que se abriga del viento que de más arriba nos manda Dios. Será la ocasión de los inga que por muchas de esas calles exhiben su indianidad acompañada de remedios. Serán, pues, ellos, como hasta ahora han sido, la excusa o la razón o la obligación de las palabras. Será el tiempo de los susurros callados o la parcial desintegración de las voces que nos han venido poblando. Heme aquí en la ciega altura, en la indiferente altura del monitor y las teclas. Dispuesto a volver escritura, a grabar en la hoja que será impresa e imprecisa, el descubrimiento de una relación. Y las relaciones no vienen solas, porque de lo contrario no serían relaciones. Primer párrafo capítulo último, en la mañana a medio solear, porque todo está fríamente calculado para sus ojos.

Esa fue la escritura rápida de la mañana que no es esta noche. Miércoles. Día de las brujas. Noche en que me doy cuenta de que he ido perdiendo, en el capítulo anterior, la manera de la escritura que a la forma inga de narración quiere acercarse. No fácil es escribir el credo de la manera en que los credos no se presentan sino que se viven. Cosa que allá fue escrita, que la vida se vive y que los presupuestos no se hacen manifiestos o que las maneras son inconscientes. Y no son consientes las maneras, algunas, entre los inga que conocí. No conocen los significados de las figuras del chumbe y no creen que conserven las maneras de los que en el Putumayo viven.

Identificación por conveniencia, no identidad. Quizás el más notorio hecho es que siendo inga o indígenas, con el carné del cabildo acceden a servicios gratuitos de atención en diferentes hospitales y centros de salud, es útil ser indio para tener partos asistidos a un precio muy bajo. Ser indio es útil en la labor a la que se dedica la mayoría de los más viejos, la medicina tradicional o la venta de productos curativos de medicina alternativa, conocimiento que algunos de los jóvenes que conocí quisieran continuar, pero que en más de un caso es sólo parecer del momento en que, por la presencia de un estudiante de antropología, los mayores (los tíos) se vuelven el centro de atención. Ellos, sin embargo, aprenden a hacer algunos de los remedios. Otros indios son reconocibles solamente en la ocasión de la enfermedad grave o de la herida mortal que los empuja a los centros de salud. Esos otros son indios que venden ropa para bebé y maletas y que son estudiantes de bachillerato que se parquean en las esquinas, con sus amigos "blancos", a piropear a las

viejas que pasan, a tomar trago y a fumar. Indios que juegan al fútbol los domingos por la mañana en parques de mala fama. Indias que lucen minifaldas y pantalones apretados y que buscan entrar a estudiar en las universidades públicas. Los inga de Bogotá han crecido en los barrios en los que han vivido; rodeados del desempleo, de los amigos que conforman combos, entre los que hay atracadores, borrachos, drogadictos, metaleros y buscadores de fortuna como raspachines futuros o pretéritos. Han crecido en barrios como el primero del que hablé. Mucho se parecen a mis amigos de adolescencia los amigos de ellos. Por supuesto, ellos también.

No es en los favores que la identificación provee en donde hay que buscar las bases de la identidad cultural, es en las maneras. Porque como sus padres, muchos de los jóvenes son grandes bebedores de casi cualquier licor del que por estos barrios populares que habitamos, se tenga noticia; ser bebedor con gente inga es tomar como ellos toman. Y también practican mañas menores de embustero, "a usted lo están trabajando", me han dicho con una mirada fija que espera que en mi cara se dibuje el reconocimiento de alguna desconfianza por la mala suerte que anhelan, esté padeciendo; aprenden los apodos de todos sus paisanos y saben decir "el tío" y "la tía", para referirse a quienes sólo ellos saben que lo son. Aprenden a escuchar el raro español de sus padres y aprehenden que es una manera que con los conocidos se usa, que es la manera de hablarle a quien está en confianza. Saben, también, escuchar a sus padres y entienden, no hablan, el idioma de ellos. El que no aprendí.

Escribí, en el primero y segundo capítulo sobre el mundo al que han llegado los inga, el mundo en el que han crecido sus hijos. Este es la ocasión de algunas de las maneras que comparten. Sin embargo, por razones que serán explicadas, hablaré, casi todo el tiempo de los inga mayores -35 a 40 años en adelante.

El tiempo que a los inga rodea de maneras es el de las ventas diarias en San Victorino o el de los largos trayectos que los llevan a conocer los barrios populares de Bogotá o el de los buses intermunicipales que los llevan a los pueblos que de feria andan. Salir a las ocho o nueve, exhibir el sayo las chaquiras y las pomadas y las hojas en bolsas que serán vendidas a quienes puedan convencer de la eficacia de esas cosas, pero más fácilmente a quienes en la eficacia de esas cosas crean. Una forma

de ver eso con relación al tiempo de los relojes es la de que el tiempo de los inga en Bogotá depende de los ritmos que impone el comercio de productos curativos.

Estar parado al costado de la iglesia de San Judas Tadeo, de la que aún no he dicho que así no se llama sino que así se conoce, iglesia que es la de San Juan de Dios, estar parado a su costado durante horas, ahora que se han vuelto centro comercial y que no pueden instalar las casetas rojiamarillas en la acera de la vía pública, durante horas, de once a cinco, de nueve a cuatro o de ocho a seis, en el silencio propio de ellos en ese sitio y en la mayoría de los sitios porque lo contrario, hacer el ruido que caracteriza a los vendedores ambulantes blancos, es considerado "hacer propaganda" (hacer propaganda, sin comillas, es hablar mierda y llamar la atención ruidosamente, es embaucar), y hacer propaganda es cosa de los profesores, estar parado con los collares de chaquiras, pesados collares de chaquiras, repletos de azabaches, con los folletines de remedios populares en las manos, con el maletín, muchas veces negro y pelado y polvoriento y a medio cerrar, estar parado con las pomadas estratégicamente dispuestas entre los folletines, con la tabla que,



Foto 5 Maletín

forrada de roja (azul también) y aterciopelada tela, exhibe anillos collares folletos dijes manillas y más azabaches, estar parado durante horas con esas cosas mostradas mientras ocasionalmente una señora pregunta por el valor de un azabache y ellos, indiferentes dan el precio y dejan ver que saben cosas que a ella le podrían servir, como decirle que si lo quiere rezado o así nomás, estar parado mientras los buses de la décima y los vendedores de la décima hacen el ruido que hacen, y la gente pasa apresurada, estar parado ahí sería una oportunidad para escribir que el ritmo de los inga que en ese sitio se hacen, así, tan callados, es el de una cinematográfica toma en la que un personaje quieto y anonadado se extraña ante la rapidez con la que se mueve todo a su alrededor, el mundo se acelera a su alrededor; pero ese personaje no está solo en el anonadamiento, hay otros, como él, que cuelgan de la tabla bolsas con hojas secas de alguna planta que tiene el don de curar dolencias. Salir a la calle a extrañarse y aprovecharse de la extraña forma del rostro y el traje para vender y comprar.

Eso sería el tema de un escrito largo acerca del ritmo del que se queda de pie junto a una concurrida iglesia y frente al barullo de los carros de público servicio que hacen alharaca a los semáforos. El ritmo de quien se sienta sobre un guacal de plátano que cubre con un plástico, al lado de la droguería, para que el que no quiera de una quiera de otra, se sienta sobre el guacal y mira al frente, o al lado al otro anciano compañero, Tronco Viejo y Águila Negra, más viejo el último, rodeados de una masa de gente que va a la plaza o al Cartucho o de allá viene o anda por ese centro sucio buscando la rebaja que lo satisfaga. Ritmo del que espera; confiado en la oscura fuerza de las creencias que ayuda con algo de vestido y de sabiduría aprehendida. Casi, pero no hemos llegado (quizás no lleguemos) al temor que le teme a la fuerza. Miedo, será. Quedémonos en la imagen de las imágenes del cine; consideración que sería la de las duraciones... o la de los ritmos, mejor. El ritmo de esas manecillas, no allegro, más bien lento. Acelerado por la ocasión que significa la llegada del posible comprador; es la oportunidad de la diferencia y de la semejanza. Comprador e indio saben que hay un indio que sabe; ambos creen que podría funcionar.

Otra será la descripción, describir es pintar con palabras, que serán escogidas de entre las que el lenguaje ha dispuesto para tales fines, de

los inga atravesando barrios y barrios con la pesada carga que es su cargamento. “Casiar”, es el verbo que usan, que como, con su imaginación media, usted se imaginará, no conocen el computador ni el diccionario. Casiar, ofrecer de casa en casa. No en todas. Casiar, ofrecer de tienda en tienda, casi todas, porque no habremos de olvidar la azarosa circunstancia de la tienda cerrada o no vista. Casiar, salir desde temprano siete a ocho y media para llegar al sector de los barrios que serán caminados calle a calle, por grupos, últimamente grandes (de más de diez personas), de gente inga equipados según las maneras del equipamiento inga. A saber, según la observación media, una tabla, de

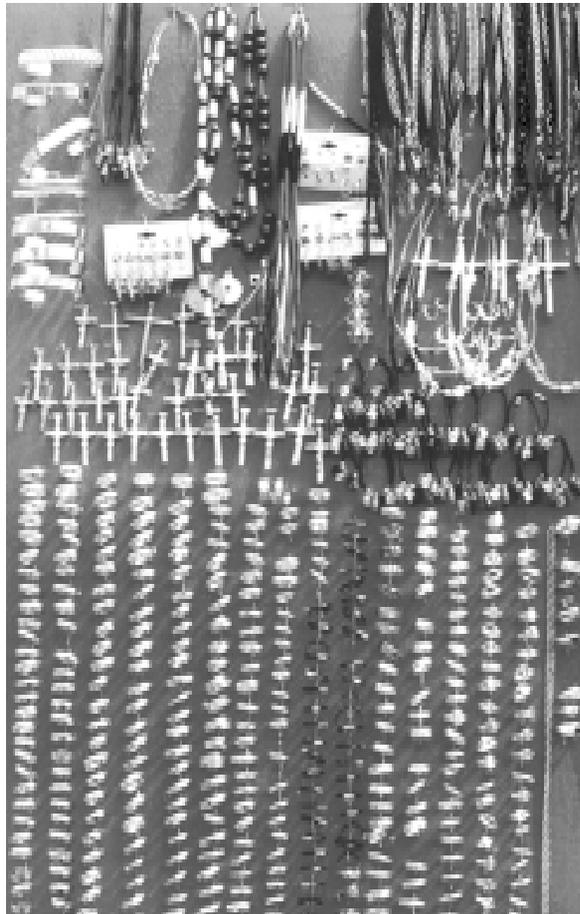


Foto 6 Tabla

la que tendrá que aparecer una foto al menos, una foto indicando la particularidad de la disposición de los objetos por clases, un maletín como de médico rural (otra fórmula, pero es que no sé cómo más nombrar a los maletines que también podrían pensarse de visitador médico o de vendedor puerta a puerta de electrodomésticos -grupo ladrón, decíanle en la parte alta de San Cristóbal-, pero invariablemente, como usted no hace mucho debió haber leído, maletín en mal estado), un buen número de collares de chaquiras colgado, por ser collar, del cuello, del que penden numerosos azabaches, de los que llegado el momento serán rezados o conjurados, un sayo, ruana tradicional, a veces en mal estado, viejo y descolorido, otras no tanto, y guardados entre el maletín o en una bolsa, paquetes de plástico con hojas secas, frascos con riegos o remedios, y, siempre, uno de aguardiente con chonduro, que huele como a perfume por el perfume que de la corteza del chonduro se desprende. Grupos de personas caminando por los barrios populares de la ciudad ofreciendo en silencio, con el mero gesto que indica la presencia de la tabla y las hojas secas y los sahumeros y la callada mirada del indio mudo que al barrio le da vueltas.

Vendedores pedestres, no propaganda, no ruido que sale de la garganta, más bien el ruido de los sayos y del perfume de los varios elementos que se conjugan para rodear a esas personas de un particular olor, que en alguna de las variaciones de la identidad que son en boga, podría denominar, para introducir un concepto que se ajuste a la realidad, identidad olfativa o identidad de olor, pero que no. También en diurnas horas, no después de las cinco, por los relojes o más bien por la ausencia de luz solar, dejan los inga que casean de caminar y buscan en bus volver a donde viven. ¿Cómo caracterizar ese ritmo?. Será el de los pasos acompasados o acompañados por los pasos que se acompañan, ellos caminan en grupos. El ritmo de la venta que llega y que no llega, manecillas arrastrándose en la noche, dedos palpitando y rostro quemado por el excesivo sol o por el viento desaforado. No hablemos de ritmos que lo que pasa es que ellos llegan cansados.

Y en el local, los que lo tienen, se aburren. Por eso, algunos, se salen a la décima a desaburrirse y vender más, parados más o menos como ya escribí. Abren entre diez y once, acomodan los productos de la manera en que los acomodan, después almuerzan y siguen esperando las

ocasiones de vender para bienhacerlo. Cierran casi a las siete. Los puestos no son siempre atendidos por los dueños. Ellos se ocupan en la preparación de los remedios o en salir a la décima o en irse a los pueblos o en quedarse tomando en sus barrios o en sus casas; son los hijos y las hermanas y los ayudantes ocasionales, entre los que la mayoría son familiares cercanos, quienes muchas de las veces atienden los puestos abigarrados de productos de desconocidos orígenes y de múltiples usos. Quienes se quedan aburridos y expectantes entre el montón de cosas multicolores deben sufrir las diferentes duraciones temporales que el joven Hans Castorp fue descubriendo en una montaña mágica; esperar y des esperar y olvidar y asombrarse y perderse de pensamiento por los numerosos afluentes que son de nuestro río otras vidas. Así también podría pensarse para los que se asolean sobre la décima. No serán sus ocupaciones de un reconocido tinte académico si alguno llega a cuestionarse la naturaleza de la duración y por ahí arriva a la cuestión del tiempo, no son tuyas las maneras del joven Castorp. Consideraciones más bien escépticas son las que sobre eso se escuchan, las de los ríos en pendientes elevadas que no dejan ocasión de descansar, El tiempo no rinde; así de contradictorios somos todos. Por eso, por lo contradictorio de sus afirmaciones he dicho y escrito que los inga en Bogotá viven un tiempo fragmentado porque, dado que sus narrativas son tiempo (como todas), y que hay maneras de blancos para con blancos, incluso para con los inga jóvenes, y maneras para con paisanos y personas cercanas, viven, según la ocasión, en el río de Heráclito o en el del chumbe, en el tiempo de los relojes o en el del tejido, en la vida sin orillas del mercado o en la vida que es el río tejido, que sin orillas es muerte.

Es por eso, también, que escribí, en una corta frase que no aspira ser recordada, para eso la voy a repetir, que los inga de Bogotá viven todo en un permanente estado de gracia social (ver Rosaldo, 1990). Porque la gracia social ocurre cuando las normas se flexibilizan. Y tienen que flexibilizarse cuando a un blanco afanado se le quiere vender, no podemos hacer vida social con todo el mundo. Y en este mundo de aporriados y aprovechados y de desconfiados no se puede dar papaya. Las normas se flexibilizan y la gracia social es permanente.

Párrafo digresión para, sobre las digresivas oraciones de la escritura, escribir: ¿Cuánto hace que leyó que no puedo olvidar que escribo?

Pues olvidarlo no puedo y me interesa que usted tampoco. No caigamos en la adoración de las palabras así sea hablando que las discutamos, otra cosa es asumir lo que del mundo están las palabras diciendo. La condición de las palabras habladas es el aire que las trae y las lleva y las caras que las acompañan y las posturas del cuerpo. ¿Cómo es que lee usted? Esta es otra clase de riqueza y es otra clase de ilusión. La escritura reflexiva no debe ir más allá de la primera letra que se imprimió. Esta no aspira a ser escritura reflexiva ni reflexiva etnografía; la última, acaso salga de la infancia nuestra; más lejos cuándo. Estoy intentando la honestidad pero esto es un artificio; Hay cosas que prefiero callar, Fito; y yo, cuando lo digo. Pero, como ya escribió Borges y nosotros (los que en algunas líneas nos podremos entender) nos confesamos, todo son fórmulas. Nada nuevo, por la razón que es esa, será escrito. Por eso también me pesan estas demasiado repetidas palabras de los inga en el mundo de las ventas populares; creo que he podido dibujar en el fondo lo fundamental de la situación en los dos primeros capítulos. Volvamos; sin embargo.

También hay quienes tienen un consultorio en asuntos de los que ellos saben, como doña Pastora, de quien ya escribí. Ella está todo el día en la casa porque es en la casa en donde el consultorio funciona. Doña Pastora tiene 92 años y casi no puede caminar. Podrá alguien imaginarse sus duraciones. Yo no. Nunca pude hablar con ella. Ese indio no sabe, dijo el día que nos conocimos mientras tomábamos aguardiente y cerveza de la manera en que ellos toman aguardiente y cerveza. Este indio no sabe. Intuyo, ahora, no sus duraciones sino su manera de recordar.

Es una cosa que a veces está casi al alcance de la mano pero la mano se ocupa en las teclas y la cosa se va. ¿Cómo es que recuerdan los inga? En todo caso la ilusión o el espejismo o la aparición o el ruido que en una noche me llegó y no ha dejado de llegarme cuando se le viene en gana, ha sido causante del delirio antropológico-simbólico que por tan ricos senderos, pero no son senderos, me ha tenido transitando, pero no es transitando. La cosa es que ya nada dejo atrás porque intento estarme devolviendo. No es devolverse, tampoco, lo que ocurre. ¿Será tener conciencia de la eternidad del presente? Llegar a esas cosas por los indicios de los restos de un simbolismo del que aquí, en Bogotá, pocos inga saben, es una buena justificación a las palabras que lee us-

ted, aunque este delirio sea sólo mío tiene sus buenas intenciones no tan ocultas, lo que importa es la gente y es con la gente que es posible conocer. Una vez esto último lo escuché de la boca de Vasco, era que si no se camina no se conoce, a él se lo enseñó otra gente; yo lo aprendí de él y lo aprehendí caminando, no sólo ese centro y ese barrio en el que viví, sino viviendo y viéndote, querida, caminando y conociendo. Esa ruta del conocimiento es más cierta y aunque no deja de tener su carga de odioso altruismo es, por ahora, preferible.

He dicho y he escrito, y cuando lo vuelva a escribir lo volveré a escribir y cuando usted lo lea lo volveré a decir, que la del tiempo no es cuestión de duraciones. En sentido amplio, por lo menos, es tampoco cuestión de ritmos. Por eso no es del ritmo inga en Bogotá de lo que trata la relación establecida. También escribí, ya no sé si aquí, aunque si debió ser aquí porque siempre estoy aquí, viaje místico, que un trabajo de cuestionarios no era conveniente y no será conveniente porque aparte de ocupar a la gente en cosas que poco interés le merecen, tienen ya las respuestas posibles. Mediante entrevistas estructuradas que preguntaran por el relato de un día en la vida de... no hubiese podido llegar a apreciar la dimensión de la manera inga de relacionar los acontecimientos porque los estaba pidiendo en un orden que ellos también manejan. Tampoco en una relación detallada de las duraciones de las diferentes actividades diarias; estaría describiendo ritmos, acelerados o desacelerados pero ritmos, y su inconveniente radica en que, rápido o despacio, es el relato de una sucesión de acontecimientos que, vuelvo a escribirlo, no corresponden a la naturaleza del tiempo. Hay que vivir y si nada encontramos es porque no sabemos hacer amigos. O porque compartimos todas las maneras, excusa que no es suficiente para la primera valencia.

¿Es posible hablar de una identidad inga entre quienes así se reclaman y viven una economía capitalista en diversas ciudades del país? Sí. La pregunta no pide explicación, la explicación es lo que he venido intentando. ¡Claro! Quién no tiene cultura; quién, con sus padres, no comparte maneras. Y no es el sayo ni la bolsa con los remedios. La identidad cultural es la evidencia del sistema de relaciones con sentido que son compartidas por un grupo de personas. Eso lo escribí ya, también. Y esas personas son amigas, están organizadas en cabildo, se conocen,

se enteran, se ennovian, se casan, se hacen padrinos y madrinas de bautizos primeras comuniones confirmaciones matrimonios, se acompañan cuando mueren, se invitan, se emborrachan, se pelean, se reconcilian, se llaman hermanitos, se acuerdan de la familia en Venezuela en Panamá en Costa Rica en Cali en Cúcuta en Sibundoy en Santiago. Se relacionan según sus maneras de relación. Según sus maneras de relación estuve viviendo entre una familia inga que vive en Bogotá. No pobres, que son la mayoría, pero sí inga. Donde se comparten las maneras hay identidad cultural. Son entonces, como en el esbozo se nota, muchas las caras de la identidad cultural.

Escribiré que de las muchas caras que son de un tema tan vasto como el de una cultura se puede una tomar y dibujar sus lazos con otras. El trabajo de abstracción de conjuntos de esas caras nos llevaría a clasificaciones como la de las categorías fundamentales del entendimiento que, según Durkheim, dependen de las construcciones sociales que las adoptan (cfr. Durkheim, 1993). El trabajo que se propuso quería abordar la forma en que unas personas asumen el tiempo de los relojes; cuestión que era una excusa para acercarse a formas de temporalidad. En habiendo encontrado lo que buscaba, porque el que busca encuentra, me vine dando cuenta de que si se seguía considerando la del tiempo como una cuestión de duraciones el trabajo se volvería trivial porque no llegaría a otro tiempo, que era lo que buscaba, sino que describiría variaciones aceleradas o desaceleradas del tiempo de occidente que en muchas de estas líneas he venido caracterizando. Por eso, porque el tema del trabajo esta delimitado y no quiero hacer un intento de infinito, no todo lo que vi será escrito como tampoco todas las lecturas caben. Esa imprecisión es casi poética.

Tampoco quiere este escrito, entre las innumerables cosas que no quiere, ser un análisis de los chumbes y de las probables historias que estos cuentan y de las marcas de las tejedoras que los tejieron. Aquí relaciono una de las figuras que en los chumbes se encuentran, una figura recurrente e indispensable para contar las historias que aparentemente cuentan los chumbes porque, según el libro de Benjamín Jacanamijoy, "funciona como una especie de signo de puntuación" (Jacanamijoy, 1993) -yo creo que lo que hace es estructurar la narración-relaciono esa figura que en inga se llama Kutey con la manera inga de relatar un acontecimiento.



Foto 7 Kutey

Estando, como están, quebradas y tronchadas las maneras de los inga en Bogotá, no es fácil que un blanco pueda escuchar una historia contada de esa manera. Los blancos que con los indios se relacionan reciben tratamiento de blanco, se le despacha con la rapidez con la que el blanco vive y se le cuentan las cosas con ese mismo afán. Y los blancos las más de las veces, sólo existen en el ámbito de las diarias ventas. Estas historias ocurren entre gente inga, los de más de cuarenta años, que nacieron en el Putumayo y que hablan los dos idiomas, que las arman más fácilmente, que las exigen también. Ocurren en el espacio de la cocina o del encuentro para tomar. Ocurren en la confianza de la casa mientras el trabajo. No en la calle. Ocurren en el Cabildo durante las asambleas generales, cuando el gobernador cuenta que con alguien del SENA estuvo hablando. ¿Deberé escribir que no son conscientes de esa fragmentación? También recuerdo que no conocen los significados de las figuras que en el chumbe aparecen. Póngale un estudiante de antropología explicándole a doña Rosita, 67 años, que ese rombo con rayas diagonales es algo así como el seno de una familia de sinchis o de personas importantes, con poder espiritual.

Otra cosa, más significativa para uno de los objetivos del trabajo que fue propuesto, es que ese símbolo está relacionado con muchas de las facetas de la vida de los inga en su cotidianidad. Reciprocidad. Las que siguen serán las fórmulas que de eso han hablado. Deberé no detenerme mucho en eso porque resultan muy pesadas las palabras atadas a maneras extrañas, que por académicas me cuestan, todavía. Una fórmula que nació durante una de las veces que con ellos estuve tomando, yo no soy un bebedor, y que por eso me hizo escribir alguna vez, que ahora es, borrachera lúcida, es, que si no se devuelve no tiene sentido. Manera mía de hablar de la escrita reciprocidad. Las palabras se gastan. Las palabras se pierden en los retruécanos de los sentidos repetidos. Las palabras sufren la condición de su profundidad y su cotidianidad. Quedémonos en que la fórmula durante la lúcida borrachera escrita es justa para describir algunas situaciones. Como tomar con gente inga, como entablar amistades, como nombrar a los hijos, como tejer chumbes, como contar historia, como vivir, si vida es los recuerdos.

Quien compra el aguardiente no es quien lo reparte. Quien compra el aguardiente lo ofrece³⁵. Da la caja o la botella de Coco Chévere o de Néctar, eso depende de sus condiciones económicas, porque la botella de Coco Chévere vale tres mil pesos y la de Néctar once mil la caja y como nueve mil la botella, da el aguardiente a quien escoja. A mí me dieron varias cajas y varias botellas. En esos momentos se extrañaron mis maneras, porque quien no sabe repartir puede terminar tomándose todo el aguardiente. Hay que servir en la copa, porque es una sola, y brindar esforzándose porque todos los presentes escuchen el brindis; brindar por la salud de los presentes, la de cada uno; después mostrar la copa vacía y, si quiere, puede voltearla; Tomé, decir. Luego empezar a repartir a su derecha. Y el vecino se mostrará incrédulo de que usted haya tomado, ¿Usted ya tomó?, yo no lo vi. Será el momento para que acuda a los posibles aliados que confirmarán que usted ya tomó. Si no brindó o no lo escucharon tendrá que tomar y brindar de nuevo. Quien la copa recibe tendrá también que brindar y que mostrar la copa vacía y que recibir la duda de quien reparte, ¿Si brindó?, yo no escuché. La tercera copa, siempre a su derecha, y de nuevo la duda pero será más fácil

³⁵ En idioma inga no existe la palabra ofrecer, las cosas se dan. El otro sólo puede recibir o rechazar cualquier vínculo posterior.

que declare que el anterior ya tomó, que le toca al que le toca. La copa va de la mano de quien está repartiendo a cada uno de los otros tomadores y de cada uno de ellos vuelve a la mano de quien reparte. Todos toman en la misma copa que va, según sus maneras, tejiendo un imaginario hilo que relaciona al grupo que tomando está. La copa va y vuelve porque si no se devuelve no se establece la relación que las maneras mandan. Un movimiento zigzagueante; mejor, la reiteración de que una relación recíproca se establece. La copa da la vuelta, aunque no es vuelta dado que no están dispuestos en círculo, la copa vuelve aunque no es devolverse porque siendo eterno el eterno presente la copa tendrá que ir como ir debe. No hay circularidad. Será la ocasión de las buenas maneras que siempre es. Ofrecer y recibir y mostrar que recibiose el presente. Dones y agradecidas maneras.

Variaciones hay. Puede empezar repartiendo quien recibió la botella por quien la botella brindó. Y después a la derecha de él o de ella. Reparte en nombre del comprador y hace más entrañable el tejido que el etnógrafo imaginó. Es como un círculo que a punto de cerrarse se hunde en sí mismo, un círculo reflexivo, un hombre mirándose el ombligo o un grupo mirándose las condiciones de su reunión.

Esa es la descripción de la cosa. No confíe en poder tomar adecuadamente cuando tenga ocasión; usted, que, como yo, vive de ocasión en ocasión. Pero es una ilustración que no ilustra; será una degustación aunque el sabor del anís no le llegue; será un adelanto del ritmo que no se mostró, porque habrá de tomar rápido si no quiere que lo acosen³⁶; será, pues, un intento. A más intentos me veré obligado, uno de ellos son los párrafos que nos intentan confidencializar; ya lo escribí, reciproquemos, yo escribo para usted, es posible que esté poblando de palabras su lengua.

Escribí también, pero no sobra resignarse a ser monótono, también lo escribió Borges, que don José, que así no se llama, no olvide que una condición es la de ser historia con inventados nombres, es mi amigo. Y que esa amistad no se acaba con mi partida llorosa de su casa, ahí estaba empezando. Esto ya no es una tarea. Ahora he de visitar a mis ami-

³⁶ No ha sido escrito arriba pero aquí será decir que también es dudoso que, como ellos, usted esté dispuesto a tomar durante dos, tres, ocho o hasta quince días. Quedarse dormido y despertar con la copa de aguardiente esperándolo. O con la recomendación de que se tome esa cerveza así de sopetón, sin olerla, y verá que se pone bueno y podrá seguir. Comer abundantemente, comer gallina, ataulpa, y tomar abundantemente. Yo duré una tarde; eso fue lo más que duré.

gos, con quienes viví. Y he de extrañar la casa verde de perro, cuya foto no se muestra, y de terrazas impermeabilizadas. Y he de volver a verme mirando la ciudad que en las mañanas no es más que un murmullo de imágenes escondidas tras la nube de humo con la que amanece encima. He de volver a comer mutes y a pedir más. He de irme otras tantas veces en la mañana del domingo, bajar lentamente, embutido en la cabina del camión que transporta mi embriaguez y mi callado gesto. He de tomar más tragos y he de llevar algún agradecido mercado. He de escuchar sus preocupadas preguntas por mi casa y por mi novia. Esa es la condición del trabajo que estoy mostrando. Es significativo para su antropológicamente escrutadora lectura que sin amistad previa no hubiera podido allí vivir. Y usted me dirá, cuando lo haga, que así somos todos, que quién deja entrar extraños a vivir en su casa, y yo le diré que claro, pero que esas cosas se olvidan por la justificación que es el afán de conocimiento. Nuestro inocente afán de conocer y de explicar en nombre de la ciencia. Diré, escribiéndolo para que al escribirlo lo diga, que entre ellos la amistad se funda sobre la reciprocidad posible que la relación conlleve. No solamente se devuelven palabras a las bien intencionadas palabras, los dones son de las muchas maneras en que los dones son. No sólo pagué el arriendo, también recibí la comida y también, en lo posible, la brindé. Y mi mamá tuvo que ir, con su esposo, a mostrar el agradecimiento. Por eso ellos también aquí vinieron, por eso allá hemos de volver. Aquí ya no hacemos tareas. Allá tampoco las hicimos.

Estando relacionada la dicha figura que en el chumbe aparece con las maneras de relacionarse, o con las buenas maneras que las maneras mandan, están relacionadas, también (¿y cómo no?), con otras figuras que en el chumbe aparecen y de las que una mirada no rigurosa podrá dilucidar puntos de vista sobre el sentido general de la existencia. Solamente me referiré a tres de esos diseños, como los llaman en el libro de los chumbes, y a la manera, costumbre de las manos, en que son tejidos los chumbes.

Vientre devuélvase (Uigsa Kutey). Puede notar que kutey significa devuélvase. No devolverse ni retorno. El vientre está simbolizado por un rombo que puede tener motivos diferentes tejidos por dentro según a qué clase de vientre se refiera. Vientre es vientre femenino y es casa, el sitio de la convivencia, el hogar; “simboliza a la vez el lugar donde se

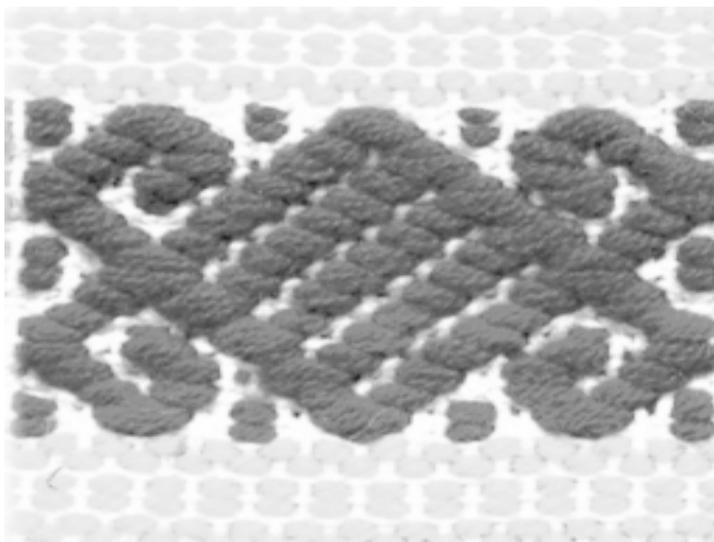


Foto 8 Uigsa Kutey

inicia la vida (vientre-estómago de mujer) y Suyu (lugar) de convivencia de los hombres” (Jacanamijoy, 1993). La combinación del vientre con el kutey simbolizan el seno familiar, “padre, madre e hijo, y el hijo a su vez padre, madre, hijo, así sucesivamente en el ciclo infinito de la familia” (Jacanamijoy, 1993). Aseveración de la que es posible extraer consecuencias. En principio, creo inconveniente relacionar el término Kutey con ciclos. Lo que en esa figura está implícito no es que el ciclo de la familia sea interminable, sino que la familia siempre, en todo presente, debe acomodarse a una manera, a la manera de la familia primera, la que siempre ha de ser la de nuestros padres. Por eso, intuyo, los hijos, tradicionalmente, reciben los nombres de los abuelos, de los padres de sus padres; pero con mayor recurrencia, reciben los nombres de los padres de sus madres; los hijos, a su vez, serán padres y madres. La figura representa el seno de una familia compuesta por padres y madres, sus hijos e hijas y sus esposos y esposas, y por los hijos de esos matrimonios. Estos últimos, sin embargo, son ya parte de otro Uigsa Kutey al momento de casarse. No hay un ciclo, se conserva la misma familia, o la misma manera de la familia. Un nieto que como el abuelo se llama no es el nieto de él, sino, conforme a su manera, es él.

Por eso es posible que exista la idea de una vida vivida correctamente, es la vida que está en constante relación con el pasado. Pero siendo que uno es su pasado, podría ser su propio abuelo o su tío abuelo, la vida vivida correctamente debe ser vivida en el presente que es la suma de los pasados que siempre se actualizan por el sólo hecho de nombrar, o de recordar su nombre. La constante relación de la vida con el pasado es experimentada de manera inconsciente por la persistencia de las maneras. Esa persistencia es, como debe indicar su nombre, la siempre presencia. He escrito, con ninguna originalidad, que las maneras son eternas. Por eso no creo que vuelvan a empezar, sino que están dispuestas como deben.

En otras líneas ha sido sugerida una relación de la que ahora, por verse empujada en esta dominical tarde-noche, escribiré. Poema fue citado, de Quevedo³⁷, que, según las citas del libro, retomado por Manrique (de quien no habrá cita), equipara vidas con ríos y con mares muertas. He de escribir, también, que la poesía me ha tentado. Por eso será, o porque la relación que me atropelló me parece demostrable, que en los símbolos del chumbe que representan al río y a la muerte, presiento los atisbos de una filosofía práctica de la vida.

Siendo escrito lo que fue, escrito será lo que sigue: en las aguas tejidas de ese río, talvez por la poética, no mentirosa, mirada, no sólo mía, recuerde a Heráclito (y después a todos los que con él nos embarcamos), en el tejido río de los chumbes veo una cifra de la vida; o veo la vida cifrada. No es río de aguas impredecibles, como ninguno; es, presiento, menos tormentoso; es, acaso, río de aguas que en su fluir no dejan de ir cada vez que van, a cada una de las orillas que lo orilla. Es un río que no permite el olvido y antes que fugarse, comunica. Es

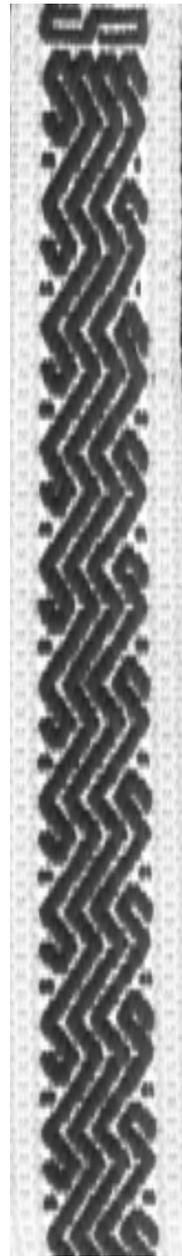


Foto 9 Río

³⁷ "...Antes que sepa andar el pie, se mueve camino de la muerte, donde envío mi vida oscura: pobre y turbio río que negro mar con altas ondas bebe..." (Salmo XVIII de Quevedo y Villegas, 1994, 27).

un río de aguas que talvez zigzaguean pero no zigzaguean, aguas que posiblemente vacilen pero que vacilando no están, son aguas que sufren las maneras de las aguas; mejor, es un río que sufre las maneras de los ojos que las ven y las de las manos que lo tejieron. Las aguas de este río son variaciones alargadas de kutey. Así como son variaciones las correctas maneras de una vida inga. Quien se devuelve no se está devolviendo, está experimentando la naturaleza del tiempo. Un río tejido según las maneras de la vida, que es río.

Por poética no deberá ser menos ajustada la escrita apreciación. No son los inga quienes relacionaron las cosas estas, hemos sido todos en el arremolinado presente que nos ocupa. Ellos han tejido chumbes, ellos han contado historias, ellos han devuelto más de lo que yo he dado; ¿Por qué esas vidas no pueden ser ríos de persistentes y recíprocas relaciones entre personas y acontecimientos?

Son impensables ríos sin mares. Usted dirá que del mar los chumbes no tienen figura. Y los chumbes no tienen figura del mar. Pero sí de la muerte. ¿Sabrán ellos que a la mar los ríos van? La muerte es muerte del vientre, uigsa uañui. "Siendo el rombo, suyu (lugar) de convivencia de los hombres, el mundo con sus cuatro puntos cardinales. El rombo se desintegra en cuatro partes, simbolizando el fin de la vida de cualquier ser humano" (Jacanamijoy, 1993). Entonces la muerte sólo es muerte cuando un suyu se desintegra o cuando quien muere se

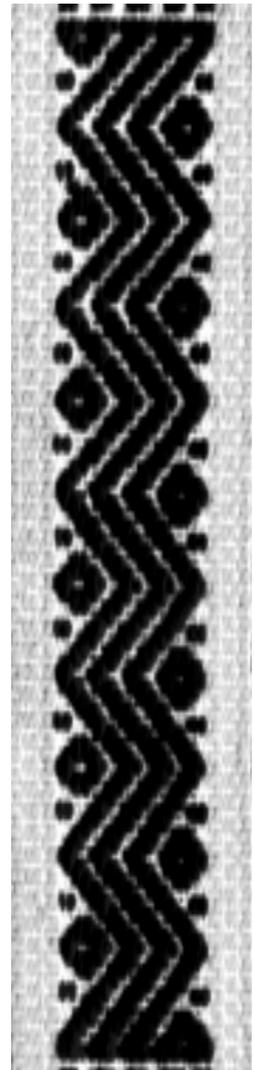


Foto 10 Muerte

desintegra del suyu. Recuerde, conmigo, que el seno familiar repite su forma por las maneras que son la vida, como la costumbre de nombrar y como el no bien entendido sistema de filiación paralela, cuestión que no será mía. Me interesa que sea notorio que una muerte es la cesación de las relaciones que era una vida, por eso una muerte sola no acaba con la vida, ellos no lloran a sus muertos. La vida es vida de una familia extensa

porque la muerte es muerte de una familia extensa; una familia extensa sólo puede morir por la muerte de las maneras que la hacen eterna. Una muerte es muerte cuando muere la base de la reciprocidad que es la familiaridad; en Bogotá, entre ellos, se llaman hermanitos. Los inga de Bogotá hacen parte de la extensa familia que conforman, no sin disputas, no sin preocupaciones. Me interesa también que sobre el poema de Quevedo volvamos. Si mar fuera esta muerte, que desintegración es del suyu, si fuera mar sería como un río sin orillas, ya lo leyó. O como un río de aguas continuas, sería el río de la fuga irremediable por la que todo pasa y todo se termina. O es la condena de la continuidad, que es la del río de las aguas improbables, las que nuevo nombre tendrían cada vez. Una muerte que es vida sin reciprocidad o sin devuélvase; o que no es río y, por eso, es muerte.

Ambos hemos escuchado o leído acerca de la dicha reciprocidad andina. Nada nuevo a lo fundamental de la relación se agregaría si continuásemos. Por eso hasta ahí.

El sinuoso río se alarga, se despeña y se acelera por la ocasión que es la de la fecha última. Hoy es lunes. Nosotros, los que en ríos tormentosos vivimos, acelerados en este mundo de innovaciones diarias. Ya otra cosa ya otra cosa.

Descripción con transcripción de parte de una entrevista. Tejer una figura del chumbe. No será un ejemplo de la ocasional narrativa inga porque, como escribí, esa es manera de los viejos inga, entre ellos o en la confianza de los sitios de la confianza. La entrevista fue con Asunción, inga de treinta años, tejedora de chumbes; mejor, de manillas y de bolsos y de cintas para el pelo y de uno que otro capisayo. Artesana en Bogotá.

Asunción: "ah yo no traje mi, mi chumbe hoy. Lo que pasa eses e de solamente kutey. Haber, mire por ejemplo paracer un chumbe ... estos son los símbolos que utilizamos. Los que somos artesanos sabemos qué significado tiene todo esto... así es e la manera de enseñar a la gente, a nuestra gente paracer chumbes. Entonces, por ejemplo acá hagámole con este. Estes una figura como de un árbol, ¿verda?... bueno tonces hagamos aquí. Tenemos, se cuenta en pares, tenemos, dos, 1 2 3 4 5 6 7 8 estes de nueve pares. Sea nueve pares son nueve, dieciocho

³⁸ Para representar una chulla usaré II De color gris es rojo y de color negro será blanco. Los rojos son los que coje, los blancos son los que deja.

chullas, osea uno, dieciocho unidades. Entoces, cojemos, aquí, cojemos, dos 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18, 18 chullas son nueve pares. Bueno. Ahora nos dicen. Si vamos a cojiendo esta, este ritmo, todo esto se agarra ¿verdá? Todo este se agarra³⁸.



Ahora vamos cojiendo de par a par. Este par es la que cojo, este es la que dejo [rojo, blanco], este es la que cojo [rojo], estes la que dejo [blanco], la que cojo la que dejo, la que cojo, dejo... hasta completar los dieciocho.



Ahoraquí dejo dos. Y cojo todos menos los últimos dos.



Ahora, aquí voy a dejar dos cojo dos, [blanco, rojo] dejo dos cojo dos, dejo dos cojo dos, ahí va... así. Ya.



Ahora dejo cuatro cojo diez y dejo cuatro.



Ahora ste par es la que dejo, cojo... este es la que dejo, este es la que cojo este la dejo así...



Ahoraquí, ahora dejo seis cojo seis y dejo seis.



Ahora es la que cojo, estes la que dejo, este es la que cojo este la dejo, cojo... así...



Ya. Lo, la final. Aquí, son 1 2 3 4 5 6 7 8, ocho cojo . Aquí dejo ocho y cojo dos y las otras las dejo. Ocho.



Hasta ahí vamos hasta aquí, ¿verda? Bueno ahora, si yo quiero, porque aquí dice que eeee. ¿cómo es? El kutey es un ciclo, que se va de una figura si se quiere coger otra figura se puede hacer la otra figura ahí. Pero entonces la la nuestra es, vengo hasta aquí, que es esta parte, ¿sí?, pero si yo quiero hacer la la figura esta si de aquí quiero hacer la figura esta [un vientre, uigsa, partido y al cabo, regenerado por la reiteración], qué debo hacer. De aquí, de donde estoy, desta parte de aquí, tengo que nuevamente regresarme de aquí acá,


 de aquí acá,

 desto aquí,

 ahhh?, acá,

 aquí,

 hastacá,

 acá,

 yá


estes el regreso. Toces estees el ciclo de de regreso entre las figuras. Eso es lo que yo te trataba de decir. Entoces, si aquí quiero colocar otro otro oo otra figura, supongamos esta, entoces de aquí, ya empiezo hacer nuevamente la figura desde aquí hasta acá. Y si regreso, quiero regresarme nuevamente hacer esta figura entoces de lo último tengo que regresarme a lo primero. Eses el ciclo que se va."

Esa fue la explicación. Para tejer chumbes hay que estarse devolviendo. Después de terminada la fase primera tendrá, quien teje, que recordar lo que antes hizo y empezar a hacerlo en inverso orden, pero al derecho. No está poniendo al revés el mundo ni, creo, está completando ciclos (a pesar de lo que dice Asunción, ella recuerda lo que en el libro de los chumbes leyó), está haciendo lo que en la ocasión se debe, que es lo que hizo ya, que vuelve. No se está devolviendo porque no es una línea el presente. El presente es tan ancho como el mundo, todos los presentes le caben. La conjugación de "coje, deja" que tejiendo está en cada ocasión es la misma que antes hizo pero no la está haciendo ahora, ni antes, la está haciendo porque en la manera del tejido es la que va en ese lugar. ¿Cómo habría de contar historia el chumbe si no se teje una historia que, por ser memoria, siendo la manera el tiempo (manifestación cultural), está ocurriendo en el tejido? No se devuelve en una

línea temporal sino que está yendo como va el tiempo. Va en todos los presentes, va tan ancho como el presente, va en la ilusión de la memoria que siempre, como todo, ocurre en el presente. O va, desde el presente a comunicarse con todos los presentes. O siempre tiene presente.

“Según decimos los ingas el “arte de tejer” tiene relación con “el arte de vivir” por lo tanto con “el arte de tejer la vida” a través de unos elementos que se constituyen en una especie de amuleto o contra, mediante los cuales se honra y se protege un determinado lugar: Kaugsay suyu yuyay. El chumbe, al rodear el vientre de la mujer, donde se inicia la vida, configura un espacio cuyos símbolos muestran el pensamiento de mi pueblo.

“Este chumbe, narra los acontecimientos con el lenguaje, toma como base la figura geométrica del rombo (vientre) del cual se desprende la territorialidad enmarcada por el tiempo. Este acontecimiento significa: “el tiempo de los lugares espirituales y fértiles””.

Benjamín Jacanamijoy Tisoy³⁹

La memoria es una forma de registro de la experiencia. Como la experiencia es todas las formas talantes guisas suertes de registrarla, la memoria es la experiencia; o es una de sus formas, la más común. La apreciación temporal es en las formas de relacionar los acontecimientos; o el tiempo es la relación que entre acontecimientos, rescatados por la memoria, establecemos. Esas relaciones que entre acontecimientos podemos llegar a establecer responden a la manera del tiempo, o a las costumbres que son del tiempo. Por eso las maneras de los ríos son sus propias maneras: las maneras de los ríos cuyas aguas redondean otras piedras y las de los ríos que son todos el mismo cada que ríos son. Las memorias son tiempos, son maneras de rela-

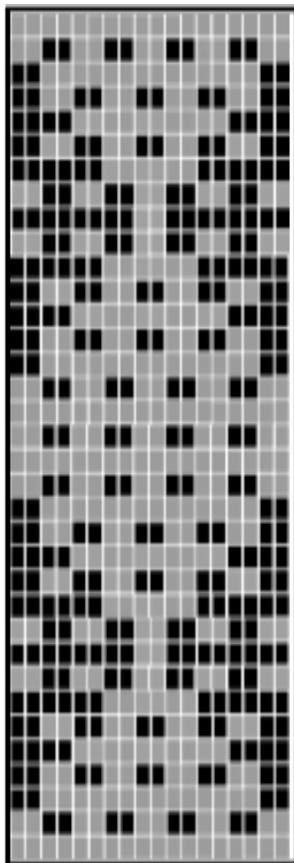


Foto 11 Abstracción del tejido

³⁹ En la Programación para el Octavo Congreso de Antropología en Colombia, Universidad Nacional de Colombia.

cionar acontecimientos -y se vuelven costumbres de las bocas. Tenemos los relojes y los ríos de la fuga y los ríos que siempre son aguas y las maneras de los tejidos y tenemos otros modelos de los que no sé. Sólo nuestro dos. El tiempo de los inga, el de sus narrativas tejidas en hilos y en palabras, puede ser pensado a partir de dos modelos: el río, que es la vida; y el tejido, que la vida es. Eso he venido intentando. Ahora transcribo una de las conversaciones que tuve y que grabé con don José.

Agosto 22 de 2001. Transcribo:

Don José: boa seguir porque si no me gana este trabajo. Ya voy en buenas condiciones, ya lo brillé la alcoba mía. Y llegué tarde. Ya me vine almorzando. Ahora lavar botella empacar... ya ya voy en buenas condiciones.

Yo: almorzando se vino?

DJ: si... yo, yo comí almuerzo completo; la carne le di al Florentino la carne estaba malo. Carne sudada pero muy duro. Para para Florentino si él tiene buena dentadura... (risas) seguro. No me gustó la carne, ella me sabe hacer bien cocinado, ese sies, ese sies bueno.... (pausa larga) el el el abuelito, is questá grave en Putumayo. Onde se muera... le toca ir. Yo no puedoir cómo porque para dejar las casas? Siempre me toca quedar quedar cuidando las casas... llamaron hoy...el primer timbre que lo llamaron por la mañana... larga distancia.

Y: questá enfermo?

DJ: si.

Y: el abuelito de la María

DJ: abuelito. La nuera o sea la mamá de la María está está en Putumayo cuidando al enfermo. Pasaron derecho no pasaron por aquí. De Venezuela. Que que que papá de María quedó en Venezuela y la mamá se fue a visitar y le tocó quedarse allá porque ta grave. Y lo llamó a la otra nieta, como María ya se fue a mirarla, a la otra nieta llama Mariza, la hermana mayor de María, que le dijo, Maritza también neisto mirarla, entonces le llamaron a Venezuela, Mariza también que vaya. El mismo abuelito es que le dijo, María y Florentino ya me vinieron a mirar, ahora me falta la Mariza, esque le dijo. Como a las dos nietas lo crió, entós se acordó que van a mirar, mejor dicho a despedirse. Así está la noticia... grave grave está. En caso pase algo, el mismo rato toca en tierra lo que

se sea, mejor dicho questé en agonía ya le toca marchar de aquí. Ya ve yaya ve que novavivir entós como ya se conoce la cara todo.

Y: y eso ahí quién sabe. Ya todos saben o el médico o o ?

DJ: médico de todo pero la mayoría por la edá todo lo acaba. Lo acaba. Y es que tiene, total la edá completa que tiene ochenta y cinco años. Hoy llevaron para, hoy llevaron para Sibundoy.

Y: al hospital?

DJ: la... únicamente onde los médicos a nosotros, a nosotros no es la costumbre, sin nosotros... aquí aquí en la capital sí nos hacen hospitalizar onde nosotros no... lo miran y uno uno el paciente tiene derecho de llevar. Aquí es el que se muera en la casa de una vez a medicina legal. Allá allá lo ques el campo no, allá no hay nesidá de medicina legal nada. Notaría, la misa de la parroquia, no es más. Si acaso siacaso le llamarán los médicos de Pasto que fue intoxicadoo algo, eso si necesitan siempre, pero en el cementerio no más lo rajan. Así llegó así está.. María está amargada amargada orita... sí. Y Dios quiera no pase nada qui juera cerca no importa... está lejo... de aquí a Cali 12 horas. De Cali a Pasto ocho horas, veintioras. Veintidós oravintitres oras pongamos asta la casa. De Pasto allá se gasta dos oras y media. Stá tá grave porque taba malo mal lo pasaron derecho la mamá de María se..lo pasando no pasó visitando a la hija. Asistá así con esa noticia nos llamaron.. y madrugado... sí. Esa e la primera llamada que contesté... la eso... primero han de haber llamado allá y después lo llamaron pacá. La nuera a de haber dicho, Aviseme, avise a mi suegro también, pa que sepamos todos. Peroetós allá mismo, la misma familia sabe que nosotros tamos aquí, no tenemos a quién dejar... las casas... no tuviera, tuviera pagando un apartamento algo así pues eses fácil cerrar y irse. Pero ahora estas casa acá quién se deja, pa cuidar quién lo cuida... mi trabajo todos los días esto lavar botella... yo estoy amañado.

Inesperadamente la conversación recién iniciada se vuelca sobre el matutino acontecimiento de la llamada desde el Putumayo. El abuelo de María, la esposa del hijo favorito de don José, está enfermo de gravedad. Don José inicia una explicación que teje hechos varios: fue el abuelo quien crió a María y a Maritza; la mamá de María, que vive en Venezuela, está en Putumayo cuidando del enfermo; el papá de María se quedó en Venezuela; Maritza fue solicitada por el abuelo quien quiere despedirse de ella; Maritza vive en Venezuela; la mamá de María fue derecho al Putumayo

desde Venezuela, no pasó por Bogotá; María y florentino, hijo de don José, ya fueron a visitar al abuelo; en caso de que muriera, don José no irá pero si será obligación de su hijo y de su nuera. Tras mi pregunta él habla de los hospitales y las muertes de allá y vuelve sobre la maturina llamada y la tristeza de María y los lazos familiares y el inconveniente de viajar y dejar solas las casas. Vuelca la conversación acerca de su trabajo que es el de lavar botellas, que es con lo que empezó la conversación.

DJ: no tuviera, tuviera pagando un apartamento algo así pues eses fácil cerrar y irse. Pero ahora estas casa acá quién se deja, pa cuidar quién lo cuida... mi trabajo todos los días esto lavar botella... yo estoy amañado.

Y: ya no le tocandar como antes

DJ: nooa antes antes tocaba cargar no le digo cargando tocaba andar hasta montañas, campo, ofreciendo ofreciendo, en partes no, sea pa vender o pa no vender, puede ser a la loma que aiga dos casas así toca subir, a ofrecer. En parte nolo no lo compran mierda, en parte compran en parte le dan un tintico siquiera (risas). Ahorita estamos en una gloria. Ya, ya decimos que sufrimos aburridos siacaso mala venta. El resto ahora ya no hay sufrimiento. Alterior Venezuela andamos, la montaña de Venezuela campos de Venezuela andamos también. Y los que nos cogió acá la noche, en parte, en parte había una peña menos mal com` un rancho, y... si llueve nos dentraba a gotera tocaba fumar, fumar cegarrillo tabaco para, para que no acerquen los animales... las culebras. Y al otro díalas seis de la mañana otra vez seguir caminando(risas). Por esoes que la Concha dice, Ya no más, no andar más mejor.

Y: porque usted quiería irse pa Venezuela otra vez.

DJ: yo sí, yo sí quería ir pero ella dijo que no más. No más, Para qué vamos dijo. Pues a mí amí mestán a mí me invitan: el suegro de, el suegro de mi Florentino porque allá tienen casa carro todo. Me invitan porque como somos los mismos Jajoyes pero ya de otra familia. Entós a mí me quieren por, por el Florentino por ser suegro de la María, la María ha dicho quemos tratado bien, toes me me invitan pero yo pa qué me voy, si me invitan pa nuestra tierra Putumayo allá sí me voy, cuando pasan ellos que van hacer alguna fiesta allá si me voy, pero pa Venezuela pa qué. Venezuela tienen, tienen dos casas tienen, uno tienen en Mérida onde viven, otra tienen en Vigía... Vigía Vigía es un pueblo, un estado

mejor dicho. De Vigía se gasta como dos oras o dos oras y media para Mérida. Entóes yo ta estoy, nosotros tamos olvidados de marchar en Venezuela más. Como ya dijo la mujer que no entós pa qué! Pa qué tanto afán mejor dicho. Mejor joderse aquí nomás (risas).

La conversación se va por los sufrimientos del trabajo de antes en oposición a lo cómodo que resulta su actual trabajo, recuerda cuando caminaron toda Colombia llegando hasta Venezuela a donde don José me había dicho días antes que quería volver. Pero su opinión ha cambiado porque su mujer no está de acuerdo. En Venezuela, dice don José, viven los suegros de Florentino, quienes lo aprecian por haber tratado bien a María, quienes viven bien allá, pero en todo caso, así lo inviten ya no quiere ir. Vuelve sobre su satisfacción actual y sobre lo cómodo que es ahora su trabajo.

DJ: Como ya dijo la mujer que no entós pa qué! Pa qué tanto afán mejor dicho. Mejor joderse aquí nomás (risas).

Y: y aquí ya no se jode tanto

DJ: ya no se jode tanto. Pero pero ya uno mismo sabe qués lo que se vende yaí se trabaja despacio, siquiera que aiga pa la comida. No es otra cosa más. Anterior si nos tocó sufrir de verdá. La juventú de anterior fue que luchamos sufrimos, la juventú de ahora poco sufren, poco sufrimiento hay. Porque ya los papases ya somos más capacitados con qué mantenerlo anterior no, anterior era grave. Anterior decían, paisanos, indígenas decía que, Esa gente que tal parte fulana de tal son ricos, que tenían una buena casa pajiza por dentro amoblado bien pintado, decían queran ricos. En ese tiempo tendría porai, los ricos tendría porai unos 60mil a cien mil pesos si acaso. Y decían propio millonario (risas) Allá hay minga, decían. Minga quería decir, tocaba ir a a a ir a trabajar deshierba de maíz lo que el trabajo que aiga ya, allá le dan una tarea comunos cinco diez metros, acaba eso ya tiene buena comida con carne mute chicha bailar (risas). Eso era la minga (risas). Y en ese noo no había grabadoras nada sólo tocadisco vitrola;... pues a onde hay a onde tengan es música los ricos pues que hagan minga entoes ya decían, A allá si vamos porque allá tienen vitrola allá sí nos hacen bailar allá tienen buena chicha. (risas).

Y: y bailan en parejas o bailan cada uno...

DJ: eso es el que el que el que si quiere baile eso si no hay necidá de parejas iá es baile de indígenas. Ya si quiere bailar con la, si puede bailar

con la comadre puede bailar entre hombres entre mujeres el que agarrar... si. El que baila baila y el perezoso se quedó sentado. (risas). Ió si me dio pereza pa bailar allá.

Y: ah sí en el Lurdes si no bailó.

DJ: bailé poquita baile de carnaval nomás poquito. El resto que no jalaban que bailen no sé que iá bravos nos levantaban, No, estoy malo un pié. (risas), Tengo la pata hinchada... y y eso era mejor dicho. Si uno no quiere bailar. Y si no nos levantan... (pausa larga) y y la mamita viene por la mañana o por la tarde..

Y: no eso no se sabe porque es que tiene está vendiendo comidas por la noche. Entonces pues no se puede venir porque se queda sin vender las comidas.

DJ: ahora las vende por la noche?

Y: está vendiendo como unas cinco seis comidas que lencargan. Por encargo.

DJ: bueno, cinco seis comidas. Pueden ser diez comidas siempre alguna cosita de ganancia con esta situación questá. Sirve.

Y: tonces pues ahora por eso es que no ha podido venir.

DJ: y más clar y y más no dice que la cocinera senfermó?

Y: no pero ya estálentada. Hoy volvió.

DJ: ya hoy volvió?

Y: sista mañana yo llamé. Porque si hubiera seguido enferma me había tocadoestar allá orita.

DJ: le tocaba ir ayudar usted

Y: si.

DJ: ah iá. Mejor, mejor quesialiente. Porque un trabajador hace falta. Para mesera es fácil, más fácil.

La conversación continua sobre mí. Es posible que ante mi falta de preguntas en el último pedazo la conversación discorra sobre algunos aspectos que no tienen imagen. O que la imagen de la conversación sean mis asuntos que, como se muestra, a don José le interesan.

Algo así como recordar la relación recíproca del pasado con el presente. Algo así como recordar que cuando hablamos no estamos solos. Usted me dirá que siempre el pasado es en relación con el presente que lo recuerda. Y que siempre quien habla supone a quien escucha. Pero

eso, la relación recíproca que es posible vislumbrar de los inga con el pasado y entre los pasados, y entre los participantes de una conversación, pone de presente que los acontecimientos sólo son en la relación que establecen con quien los recuerda, que los recuerda en las relaciones que entre ellos establece, relaciones no exentas de la manera de relación que debe ser, y que por eso los acontecimientos dejan de suceder en la fuga de los sucesos para ser acontecimientos que hacen parte del tejido que es la memoria de quien recuerda, o que es el tiempo de quien recuerda. Y que sin reciprocidad no es posible el diálogo. Si la manera de recordarlos es así, así es el tiempo que los registra. Si la manera de comunicarse es así, así es la vida. Un tiempo que no es fuga sino que es tejido de relaciones recíprocas por las que los sucesos⁴⁰ no existen para darle existencia a los hechos que al ser significativos están siempre presentes. Un río que es vida por la comunicación de las vidas que establecen relaciones persistentes. Los nombraría pasados o los nombraría acontecimientos si no tuviéramos la carga de irremediables y fugaces que nuestro tiempo irrecuperable les da. La nombraría familiaridad si no tuviera conciencia de que entre ellos los compadrazgos y las amistades se basan en lazos muy fuertes que suponen antes que amistades verdaderas alianzas. ¿Cómo nombrar a las puntadas del tejido que en su relación forman el tiempo entre los inga? ¿Cómo nombrar a las puntadas del tejido que en su relación forman la vida entre los inga? Devuélvase, no siendo devolverse ni retorno, es una voz que se dirige a un interlocutor, no es un concepto, es parte de una relación.

Párrafo que es dos. Enroscándose dos hilos del mismo tejido para encontrarse en la frase última. Nuevo artificio, etnográfico acontecimiento por el que pretendo un extrañamiento. ¿Qué es esta mierda?, diría quien lo dijera. Yo. O usted.

Los acontecimientos hacen parte del tejido narrativo que se va construyendo por el narrador pero que no está completo sin la adecuada participación del interlocutor. Por eso creo que las conversaciones que tuvieron conmigo estuvieron, casi siempre, faltas de mi adecuada participación. Yo, sin embargo, lo intentaba. Pero mis recursos eran limitados. Apenas si podía recordar los hechos que iba hilvanando, apenas me devolvía sin convicción. Ahora, en las sueltas líneas que usted debió

⁴⁰ Los sucesos son los que se suceden.

pescar a lo largo del larguero que son los capítulos, intenté dejar imágenes sueltas que en otro presente se debieron haber agarrado. Esto es un tejido sin figura pero con la intención de no dejar comentarios sueltos. Al menos tendrán su oscura repetición. Esta es la profundidad de las palabras, esa ilusión es su condición.

El devolverse en el tejido que es la narración, que es, también, el tiempo, no es la evidencia de ciclos, más creo que es la evidencia de que en todo presente deberá tenerse en cuenta que las cosas no están sueltas y que por eso deberán atarse nuevamente, o que siempre están presentes. "Sólo nuestras madres y abuelas saben tejer al tiempo las formas, los hilos y los pensamientos" (Jacanamijoy 1993). Será que ellas son conscientes de la eternidad del presente. O será, como he comprobado muchas veces, que son ellas quienes mejor, más próximas a sus maneras, cuentan las historias.

Es la ocasión del final. No tinto. Domingo y pucheros y saudades. Esto no es Santa Rosa de Lima, barrio con muchas casas de gente inga o en donde ellos viven. Aquí es Fontibón. Mesa de computador con papeles, pilas de grabadora, cuchillo, botella de gaseosa sin vela, zancudos sedientos rondando computador en proceso de envejecimiento, Este equipo ya está caduco, Ya otra cosa ya otra cosa, Si señora Conchita, ya otra cosa.

Entrevista del 26 de abril de 2001, una de la tarde, con José Chasoy.

ANEXO

Deberá leerse lentamente. Las eres y las erres suenan como las de cachaco. Se articulan en el mismo punto pero se arrastran o se hacen fricativas. Los puntos suspensivos representan pausas largas de las que el ruido de la calle no fue registrado en la escritura. Como en inga hay sólo tres vocales es común que la e y la i del español sean mezcladas, también la u y la o. Será un ejemplo de la narrativa y de la apreciación primera de ella. Será un ejemplo de la fuerza temida y deseada de la que en el texto sólo se mostró alguna frase intencionalmente suelta. Será el registro, no tan místico, de una experiencia mística.

DJ: Paprender el castellano me mentré paaaa pal convento. Pues ahí pues el padre de de de Pasto menseñó todo. Y ai como ya sabía la medicinentoes me me me puse a recorrer. Aprendí castellano allá bien todo y dije iá con esto sirve después iá uno andando ya va viendo las cosas todo. Eso es. Del convento me salí deeee... de 16 años, me puse andar. 17 años. De ai me vine, en ese tiempo como no había carro casi. De ai me vine a pié pa Popayán. En Popayán puse a trabajar con las midicinas y todo. En Popayán, después me vine pa Cali, a pié también. Había carro pero a pié. Me gustabandar a pié. Y descalzo. Y así llegué a Cali, y en Cali me duré viviendo porai, porai trabajando ahí sin clientes usamente [solamente] preparar las midicinas y continuamos... alentando los enfermos. De Cali viajé porai, por Tuluá, Palmira toesa vaina.

Y: todo ese lado conoció...

DJ: Tuluá, Cartago poallá todo. Yo pasándome a pié, capisayo y cusma. De aí pues me vinea Pereira Armenia pié.

Y: todo ese tiempo anduvo a pié?

DJ: Todo a pié. Por andar, por conocer tierras. Ese tiempo era sano pues, no es como ahora. Todo sano ahí tranquilo en los cáminos. Comida gratis dormida gratis, se gozaba ese tiempo... claaaro. Ya de ahí de... de Armenia duré un rato. Deee de Armenia pa Pereira, de Pereira depués paArmenia, de Armenia pa Pereira; así. A pié. Porái teníamigos tenía clientes vendiendo los remedios porái. Bien comido y no tenía que pagar.

Y: No tenía esposa?

DJ: Nada nada ese tiempo era todavía... claro solo... Después ya me vine pa Ibagué. Y ahí en Ibagué estuve poallí, estuwen Ibagué. Toes ya mecontré con otros paisanos. Un día... me invitaron a tomar, yo no quería, yo esto, esas horas, no tenía vicio. Nada de vicio.. me iba para. Meiba cada cada nada para pa Putumayo, cada. Cuando después, ya menseñaron a, me me me invitaron a tomar que camine camine, ques no se qué, quees que ustésevangélico yo no se qué (risas). A tomar aaaaá, de ai pacá me aprendíal vicio. A tomar carajo. A vicio vicio vicio, ía me durén Ibagué. Ya mencontró un primo. Y el primo me dijo, Ái ái primo usté questáciendo acá quesque no vala casa, camine vamos andamos, andar los dos. Tos yo sabía trabajar propaganda manejar culebras y todo. Ya. Vinimos pa... pa Girardó porai trabajando en Tocaima, Viotá todoeso trabajé propaganda. Plata... aí; ya me llevó pa Duitama Sogamoso todoeso anduvimos trabajando todo. Deái me dijo camine vamos... vamos paaaa, palado e Soratá Capitanejo y todo eso pues ía... por aiá en Captanejo Santander encontramos más amigos y todo... juventud aí, más me pusieron a brindar cerveza y todo... mientras es'el que me llevó poallá, el primo se perdió de nos. De buena buenas, me dejó. Ái jueputa dije ahora yo por aquí sin conocer, cómo hago pa ir a los mercados y todo ijuepurca vida. Dije bueno ía nooo nooo no no conozco pueblos pa donde irme a coger. Ai dije ahora y de aquí ío que hago carajo me devuelvo pa dónde me voy. Y aí los otros me dijo, No se afane José, me dijo, No se afane José, aquí pps aquí somos paisanos con ustes to, aquí nos ayudamos para que quiera ir a a a trabajar vamos air. Ah bueno qué. Siga tomando. Por allá en Capitanejo comoai tanto tanto guarapo, había ese tiempo, quien sabe ahora. Puro guarapería... cerveza... aguardiente tamién de todo. El chirrinchese era severo querresna después dese tomaba uno. Pero ese tiempo sacaban bueno. Buen chirrinche... anisado, bueno... y barato. Estuve estuve tomando en en la en la cantina

de de deso de mujer. Hágale, decen, al guarapo (risas). Guarapo y coma y comaeeee, poallá matan más es cordero, chivo, chivo más, comen, el chivo. Buena carne, bien asao claar. De ahí ps, estuvimos de ahí a otro me dijo, Ahora camine vamos pa Málaga, de Málaga tuvimos porái trabajando en Málaga. Y ahí me dijo, Oiga camine vamos pa Cúcuta. De acuerdo. Vamos pa Cúcuta arrastramos, allá tenía un tío, Aaaai tío es que me da remedios pal primo paracá... Y ahí me canse deeeee, ahí me dieron jartar, Estoy mucho jartar.

Y: cansó de tomar?

DJ: yo lo dije yo me separo con esa gente carajo. Me voy me voy pa Bucaramanga sin conocer. ¡Eh! Llegué a Bucaramanga. Ahí más paisanos, más viciosos, vicios pa tomar. Mero tomando mero tomando deso... carajo. Otro otro primo, él ya está muerto. Dije, Qué hacemos primo, mero tomando... dije pues camine vamos pa San Gil. Llegamos a San Gil... paisanos ahí que lo mismo jartando aaaaaa. ¡Na! No lo mismo, mero tomando, lo mismo, mero tomando. Después el primo se arrimó, Oiga José qué vamos hacer, vamos hacer un truco vamos a ir ia vamos a saler deaquí, vamosair pal pa pa Putumayo. Vamos air pal Putumayo porque ya nos estamos mero toamando. Teníaos una caja sí de grande. Dividido ahí con dos colebras, cuando ió tenía negocio. Y vivimos es sin qué vender ni nada, dije vamos hacer un truco llenemosaaa piedras en la caja de cartón encima ponemos camisas todo y después... ahí yo llevaba el truco, Usté lleva las cajas lo ques de vender lleva, yo el truco estaba bien. Vamos a saber a salir a... con ciudao con cuidao queloson quesoson puros vidrios de partir, allá onde bajemos le pagamos a ver si baja todo bien pa partir eso... (ríe) El ayudante con cuidaaado subiendo lleno de... en Barbosa le digo, Aquí, quedémonos usté vaya salga corriendo con lo ques, conloques de vender con lo que tiene de vender, ió me quedo aquí. Ió me me bajé bajé cara de culebra llevaba ahí. Y de vender qué tenía, lo gaste todo. Él se quedó, yo no cómo aaarreglarían esa vaina es que le tocó empeñar (ríe). Yo puallá me metí porái, para salir al al lao del carro que sale, tos llegué a una casa ofrecer pomadas esos questaban eee, Siga siga siga, me dijo, siga. Allá me dieron allá me dieron desayuno, bien desayunado todo y iá me compraron pomada, linimento y ai compraron. Yo dije, Ónde lo encuentro, ió me voy por la caseo, sirve pastar. Como lasss dos de la tarde nos encontramos ya él sin qué

beber, todo manos vacías (risas), ¡Juepuerca me toco luchar casi casi nos damos puño como por... se pelió. Ya ve quése ha hecho. Treinta, le dije, como treinta mil pesitos ha hecho. En ese tiempo era plata treinta mil pesos. Ahh, me dijo, estamos bien. Tos vamos a buscar piezaquí vamos a quedar. Y así fuemos trabajando propaganda y todo. Lá surtimos más todo. Surtimos y ái si iá fuimos... para Popayán en carro de Popayán nos llegamos pala. De allá ió tengunos clientes tos vamos air porái porái haber porái hacer alguna medicina. Porái fuimos iá duramos quince días. Deái fuimos pa Putumayo. Ya yo ya no me amañé allá, me sentí como frío y pa pa... pa coger machete pa trabajar pues nooo, dije no aguanto y ái me vine de de una vez (ríe). Pa sembrar maíz pa, cualquier machete pala tocaba coger... yesto no me (risa). No, yo me vine. De ái yo me yo me voy cada dos años, pero ahora ái... mayo... mayo... ya en junio me toca ir. Tengo queir a tomar yagé porque eso hace mucha falta ahora. Enseñado a tomar yagéso hace falta.

Y: y acá no se consigue?

DJ: Noooo pos, si consi... tratraen... pero a veces traen bueno, a veces traen muy muy rebajao, muy rebajao. Echan otra otras vainas, rebajan, no obra lo mismo. Cambio que venga puro puro yagé eso si obra. Puro yagé pa tomar pa curarsel cuerpo para... ver. Eso... eso ilumina mucho... muchas cosas. Usté toma con fé... intención e es mirar a ver quién le estáciendo mal lo estáciendo bien... todoeso lo revela. Pa eso se toma... pa curarsel cuerpo. Yo me tocó durar cinco años en el monte con dos caciques, stán muertos iá, que me los que menseñaron. Muy buenos eran unos caciques deverdádeverdá. Eso nooo... cuando ió mestuve aprendiendo no, allá no arrimaba... no dejabarrimar mujeres. Pa cocinar uno mismo losquestén aiáprendiendo. Cocinar carne de todo, pero cocinado asao todo pero sin sal. Paque pueda pa poderse concentrar paprender de la medecina. Ese tiempo era duro paprender. Ora ya... ora todose ha cambiado. Dígame ái... casi pa sesentaños questoy aprendiendo yo. Sesenta. Uno llamaba Meguel Peraján... el otro Benito Jojoa... eso eran de Mocoa. No eso Benito Jojoa era de de caquetá Amazonas, inga. Yachagente en inga se dice yachas, esos eran verdáverdá yachaginte. Verdáverdá salían... ellos cuando tomaban tomaban yagé ellos volvían en tigre. O sea por cuando ellos querían hacer algún maldá volvían en culebra. Esa gente sí sabían verdá eso no. Se trasformaaaaban

ellos, ellos mismos. Ellos decían, cuando tomaba yagé, decían, No asustar. Ecían no asustar uno como que cerraba los ojos y cuando véia ya en la puerta estaba saliendo un coleeebra. Entós uno ya sabe quellos estabn haciendo mal alguna parte estabiendo mal que... a veces, No asustar, pero como que uno cierra los ojs, cierto cuando ve está bramandun tigre encima del del techo. Tiene que tener fuerza y.. valor... y la fé. Todo. Esoes una cupadita nomás y con esouno le le le lemborracha, le muestra cosas. Como ellos han rezado bien, bien rezado, bien conjurado..... Si... eso es... De aí pa Mocoa me fui... y ya pal convento me llevaron las curas... ahh usted quería el azabache pa usted?

Y: no, para mi mamá

DJ: sies pa sies pa su mamá entonces... [fin de la entrevista]

Diario de campo, abril 26 de 2001

Las experiencias místicas se han vuelto así con el tiempo transcurrido desde ellas. Hoy me ha ocurrido lo que alguna vez contaré como la revelación de un conocimiento desconocido que opera en mi vida desde este momento, cuando aún con el olor de los riegos que don José Chasoy me rezó mientras chupaba los males y escupía una catarata de bondades sobre mi cuerpo sentado y ante mis ojos anonadados. En este momento, en esta iglesia, quizás por la conjugación de los hechos que llevan a conformar una situación inolvidable, aunque no sobra escribir las impresiones, hechos, digo, como que alguien apagara la luz del segundo piso del restaurante de doña María y en cuyas paredes los cerros enrojecidos de esta ciudad están pintados, aunque también está la rana pero esa no importa, importa que alguien apagó la luz mientras don José me contaba que los yachas que le enseñaron las cosas del yagé se podían convertir en tigre y en culebra y entonces, con la precaria luz que del mediodía de la calle entraba a nuestra habitación crepuscular, los ojos de don José tuvieron un nuevo brillo y una nueva forma, más poderosa y más sabia o más enternecida con los recuerdos de una época dorada; como ahora se me antoja su rostro, dorado. Dorado no sólo por el sol y los años sino también por el pasado en el que se hallaba. Pasado que se hizo presente por haber sido ahora y, más aún, porque don José me regaló una purga que se inició por el rezo del azabache que mi mamá me pidió que le consiguiera y siguió con el dulce aroma

de los líquidos que guarda en unos pequeños frascos y que huelen como al aliento de un sabio anciano. Esos riegos son aliento, como soplo, como esputo bienhechor que se evapora en mi piel y en mi cabello. Y como antropológicamente hablando esas cosas ya fueron descritas esta es una antropológica descripción para quien deba después leerla. “Esto es un recuerdo de José Chasoy”.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, A., Buitrago, B., Pérez, D. Aspectos psicosociales de la comunidad indígena inga asentada en la zona centro de Santafé de Bogotá. Monografía presentada a la escuela de Psicología de la Facultad de Ciencias Humanas y de la Sociedad de la Universidad Incca de Colombia. Santafé de Bogotá, 1993.
- Agreda, Antonia. Hacia la construcción de nuestro manual de convivencia del Cabildo Inga de santa fe de Bogotá. Santa fe de Bogotá: Ministerio de Educación Nacional de Colombia, 1998.
- Argüello Sanjuán, Reineira & Romero, Graciela. El Yacha un hombre que es conocimiento. Monografía presentada para optar al título de antropólogas. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Antropología. Santafé de Bogotá, 1998.
- Barth, F. Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales. México: FDC, 1976.
- Borges, Jorge Luis. Artificios. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- Borges, Jorge Luis. Ficciones. Buenos Aires: Emecé Editores, 1956.
- Borges, Jorge Luis. Obras Completas 1975-1985. Buenos Aires: Emecé Editores, 1989.
- Bourdieu, P. El Sentido Práctico. Trad. Álvaro Pasos. Madrid: Taurus Humanidades, 1991.
- Bourdieu, P. Meditaciones Pascalianas. Trad. Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Braudel, Fernand. Escritos sobre historia. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Bukowski, Charles. Peleando a la contra. Barcelona: Anagrama, 2000.

- Carr, Edward. ¿Qué es la historia? Barcelona: Planeta de Agostini, 1984.
- Castells, Manuel. La Era Informativa: Economía, Sociedad y Cultura. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1999.
- Cela, Camilo José. El asesinato del perdedor: novela. Barcelona: Seix Barral, 1986.
- Clifford, James. Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna. Barcelona: Gedisa, 1994.
- Colombia. Ministerio de Gobierno. Los dos huérfanos y las culebras fueiteadoras: cuentos en inga. Meta: Ed. Townsend, 1972.
- Congreso Nacional de Antropología (1989: Villa de Leyva). Memorias del simposio medicina tradicional, curanderismo y cultura popular en Colombia de hoy. Villa de Leyva: Instituto Colombiano de Antropología, 1989.
- Durkheim, Emile. Las formas elementales de la vida religiosa. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- Elias, Norbert. Sobre el tiempo. Trad. Guillermo Hirata. México : Fondo de Cultura Económica, 1989 [1984].
- Garay, Gloria & Pinzón, Carlos. "Inga y Kamsa del Valle de Sibumdoy". En: Geografía Humana de Colombia. Región Andina Central. Tomo IV, volumen 3. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.
- Gros, Christian. "Ser diferente por (para) ser moderno, o las paradojas de la identidad. Algunas reflexiones sobre la construcción de una nueva frontera étnica en América Latina", en revista *Análisis Político*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Universidad Nacional de Colombia, No 36 ene-abri, 1999 pp. 320.
- Gros, Christian. "Indigenismo y etnicidad: El desafío neoliberal" en M. V. Uribe y E. Restrepo (eds) : Antropología en la modernidad. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1997, pp. 15-59.
- Guevara, Rubén Darío. "Inga del alto Putumayo: interacción entre identidad y género". En: Revista Colombiana de Ciencia y Tecnología (Bogotá). Vol. 14 # 2 abr-jun, 1996, pp. 23-31.
- Hall, Stuart. "Cultural identity and diaspora" en Williams And Conelly (eds.): Colonial discourse and postcolonial theory. New York: Columbia University Press, 1992.

- Heinz Von Foerster. "Visión y conocimiento. Disfunciones de segundo orden" en Fried, Dora (ed.) : Nuevos paradigmas. Cultura y subjetividad. Buenos Aires: Paidós, 1994.
- Jacanamijoy Tisoy, Benjamín. Chumbe. Arte Inga. Santafé de Bogotá: Ministerio de Gobierno. Dirección General de Asuntos Indígenas, 1993.
- Jansasoy de Tandioy, Margarita. Muscaycuna y tapicuna: sueños y agüeros en inga y castellano. Pasto: Comité de Educación Ing de la Organización "Muscu Runacuna", 1987.
- Labov, W. "La transformación de la experiencia en sintaxis narrativa". En: Cuadernos de Traducción. Serie: Análisis del discurso. Cali: Centro de Traducciones, Departamento de Idiomas, Universidad del Valle, 1988.
- Lévi-Strauss, Claude. Antropología Estructural. Buenos Aires: Eudeba, 1970.
- Lewis, Oscar. Antropología de la pobreza. Cinco familias. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Martínez, Armando y Gamboa, Tito. "La comunidad indígena Inga quiere un cabildo en Santafe de Bogotá D. C." Tesis de Magister en Estudios Políticos. universidad Javeriana. Santafe de Bogotá, 1992.
- Malinowski, Bronislaw. Los Argonautas del Pacífico Occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica. Trad. Antonio J. Desmouts. Barcelona: Gráficas Saturno, 1973 [1922].
- Millán Guzmán, Juliana & Suárez Guava, Luis Alberto. "Territorio e identidad en el Cabildo Inga de Santafé de Bogotá". Trabajo presentado al curso de Identidad Indígena Actual en Colombia", dictado por Luis Guillermo Vasco Uribe en la Universidad Nacional de Colombia.
- Muñoz, Jairo. "Indígenas en la ciudad. El caso de los inga en Bogotá". En: Pobladores Urbanos Santa Fe de Bogota : Instituto Colombiano de Antropología, Colcultura, 1994.
- Panofsky, Erwin. *El Padre Tiempo*, capítulo tercero en Estudios sobre iconología. Madrid: Alianza editorial, 1972.
- Páramo-Rocha, Guillermo. Notas de clase de los cursos de Mito y del Laboratorio de Investigación en Antropología Social. 1999-2000.

- Páramo-Rocha, Guillermo. "Un examen lógico-matemático de la continuidad del tiempo histórico". En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. No. 9 de 1979. U.N. Bogotá
- Pascal. Pensamientos. Madrid: Editorial Sarpe, 1984.
- Pinzón, Carlos. Cultura y salud en la construcción de las Américas. Santafé de Bogotá: Colcultura, Comité Internacional para el Desarrollo de los Pueblos, 1993.
- Quevedo y Villegas, Francisco de. Antología poética. Barcelona: RBA Editores, 1994.
- Rosaldo, Renato. Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social. Trad. Wendy Gómez T. México: Grijalbo, 1991 [1989].
- Saramago, Jose. La balsa de piedra. Barcelona: Seix Barral, 1986.
- Saramago, Jose. Todos los nombres. Trad. Pilar del Rocío.
- Solarte, J. y Buchely, M. Oralidad y medicina tradicional. Relatos de curar y relatos de curación. Pasto: Fondo Mixto de Cultura- Nariño Colección, 1997.
- Sotomayor, María Lucía (ed.) Modernidad, identidad y desarrollo. Bogotá: instituto Colombiano de Antropología / Colciencias, 1998.
- Suárez Guava, Luis Alberto. "El tiempo de los relojes entre los inga de Bogotá: consideraciones sobre la identidad cultural". Proyecto presentado al departamento de Antropología de la Universidad nacional. Octubre de 2000.
- Urrea, F. Estudio sociodemográfico y socioeconómico de la población Inga residente en 7 ciudades. En: Boletín de estadística Dane. Bogotá, enero de 1992.
- Vallejo, Fernando. El río del tiempo. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1987-1993.
- Vasco Uribe, Luis Guillermo. Notas del curso Identidad Indígena Actual en Colombia. Bogotá, 1999.
- Vico, Giambattista. Ciencia Nueva. Trad. Rocío De La Villa. Madrid: Tecnos, 1995 [1744].

